



**CRUDO**

**OLIVIA LAING**

**ALPHA DECAY**

# CRUDO

**Kathy tiene cuarenta años y su vida está a punto de cambiar para siempre: se acerca el día de su boda, el día en que dejará atrás definitivamente su pasado excéntrico y desordenado para entregarse al compromiso, el amor y los planes de futuro. Ahora bien, ¿qué futuro? ¿Acaso cabe esperar algo bueno, a la vista de lo que está sucediendo en el mundo? Mientras Kathy nos explica con minuciosidad obsesiva los preparativos de su enlace desde un enclave idílico en plena Toscana, se ve importunada por pensamientos delirantes, a veces oscuros, que basculan entre el escepticismo y la paranoia. En la Casa Blanca hay un loco que puede desencadenar una guerra nuclear con solo pulsar un botón rojo, y el mundo parece estar entrando en una fase de histeria colectiva de la que sucesos como el Brexit son mucho más que un síntoma preocupante. Este trasfondo nubla el día feliz de Kathy. Sin quererlo, le asaltará la duda constante de si está realmente haciendo lo correcto: dado que todo podría irse por el desagüe en cualquier momento, ¿por qué seguir?**

**En su debut en la novela, Olivia Laing logra capturar el estado de sobreexcitación, neurosis e incertidumbre que rige en Occidente a través de una heroína atípica: una versión contemporánea de la escritora feminista, contracultural y posmoderna Kathy Acker. Así, Crudo se revela como un afilado y feroz diagnóstico del que podría ser el verdadero mal del siglo XXI: la aversión al compromiso, la incapacidad de pensar a largo plazo con seriedad, y el miedo a un futuro que, si pinta negro, es en buena medida porque nada hacemos realmente para cambiarlo.**

Título Original: *Crudo*

Traductor: Fuentes Sánchez, Albert

©2018, Laing, Olivia

©2019, Ediciones Alpha Decay

ISBN: 9788494821097

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: oleole, 05/04/2019

**Olivia Laing**

# Crudo

TRADUCCIÓN de Albert Fuentes

ALPHA DECAY

116

# Una reseña espuria

## Un brillante aturdimiento

‘Crudo’ no es sólo una novela, es un toque de atención, un espejo-antídoto contra el peligroso aturdimiento de la sociedad

Laura Fernández

Babelia (El País) 28 de Febrero de 2019

Dice Chris Kraus, autora de *Amo a Dick*, escritora cuya forma de vida es en sí misma una exploración literario-artística de lo que significa estar viva en un mundo que ha sido muchas cosas antes y será muchas más después, que para entender el presente no hay que escribir *sobre* él sino *desde* él. Y eso es precisamente lo que hace Olivia Laing en su primera novela. Laing toma un puñado de días de distintos meses de 2017 — pequeños *flashes* de mayo a septiembre—, y viaja entre ellos —ahora está justo aquí, y luego un poco más allá, y después, otra vez aquí: el tiempo es un titular tras otro, a veces un tarrito de miel, Roma, Instagram, ensayos que comparan los excesos sexuales de las novelas del Marqués de Sade con la vida en una oficina—, diluyéndose en un *continuum interruptus* que actualiza el flujo de conciencia con el que James Joyce edificó, delicioso delirio mediante, el *Ulises*, y Virginia Woolf, con autoexploración existencial, *Las olas*.

En su fascinante y brillante osadía, *Crudo* propone un ansioso flujo de conciencia para el siglo XXI —sí, se siente *ansiedad* al leer a Laing, pero no es el libro quien la genera, es el efecto espejo: es nuestra vida hoy—, y es uno

en el que, decíamos, el tiempo no existe, en el que todo son llamadas de atención, es el mundo queriendo que estemos pendiente de él sin descanso, que olvidemos quiénes somos, que nos dejemos llevar por el placer de, precisamente, olvidar quiénes somos. ¿Ocurre algo en *Crudo*?> Ocurre todo. Kathy, mezcla de mujeres, o mujer caleidoscópica capaz de contener una pequeña colección de todas las mujeres que la propia Laing, o la propia Kathy Acker —cuyo fantasma está por todas partes—, podrían ser o haber sido, está primero a punto de casarse, y luego ya está casada, y en algún momento pasa por Roma, y por la casa de campo de una amiga, pasea por Nueva York, está en algún tipo de jardín con su ya para entonces marido, Ian, mero atrezo en un mundo en el que se vive estando en todas partes y en todas a la vez.

La ubicuidad del presente esconde la revelación de la novela y la verdadera intención del momento: el aturdimiento. Adicta a los “chutes de indignación de las diez de la mañana, de las tres de la tarde y de las siete de la noche”, la humanidad es más maleable que nunca. Nadie está viviendo su vida, sólo la está viendo pasar, en mitad de un aluvión de información innecesaria e imparable que busca su lugar (y es siempre uno privilegiado) y lo ocupa, restándole, cada día, tiempo a tu tiempo. En ese sentido, *Crudo* no es sólo una novela, es un toque de atención, un espejo-antídoto contra el peligroso aturdimiento, que ya ha sido usado antes y con horripilantes resultados —“fue lo que hicieron los nazis, hacer creer a la gente que todo se movía demasiado deprisa (...) y que, por más desagradable y finalmente aterrador y espantoso que resultara todo, era imposible hacer nada al respecto”—. Si *Crudo* no es el libro del año, debería estar entre ellos. Nada, por el momento, se ha acercado tanto y tan bien al monstruoso presente.

\* \* \*

Reconozco que no es ético ni laudable incorporar a un libro un texto ajeno a la voluntad del autor, pero esta maquetación es *mía y para mi uso exclusivo* (y para algún amigo, raro, al que aconseje su lectura). Debido a esto me arrogo el derecho de hacer lo que quiera. Si este ejemplar llegase a otras personas será debido a un robo informático favorecido por mi nula pericia en la protección de mi Pc. A esas personas les aconsejo que abran el *epub* con el programa *Sigil*, por ejemplo y localizado el capítulo, lo borren con un simple *delete*. Aunque dudo de que se vayan a molestar. Vivimos en unos tiempos en

los que el trabajo más duro al que estamos dispuestos a realizar no puede superar el de pulsar un *clic* junto a un *I like*.

Naturalmente queda la opción muy aconsejable, de comprar el libro en alguna librería

(oleole



Para Ian, por supuesto,  
y para Kathy



**A**L final de este libro el lector encontrará  
una lista completa con todos los textos citados.



*SIEMPRE me han molestado las baldosas de mármol de treinta centímetros de lado que hay detrás de la tribuna de oradores en Naciones Unidas. Yo las cambiaría por grandes placas de mármol.*

# DE TODAS FORMAS

**K**ATHY, y por Kathy me refiero a mí misma, iba a casarse. Kathy, y por Kathy me refiero a mí misma, acababa de desembarcar de un avión procedente de Nueva York. Eran las 19:45 del 13 de mayo de 2017. La habían pasado a clase business, se sentía espléndida, al pasar por el duty free se había comprado dos botellas de champán en sendas cajas naranjas, ese era el tipo de persona que sería a partir de aquel día. La esperaba en la terminal el hombre con el que vivía, quien pronto se convertiría en el hombre con el que se iba a casar, quien pronto, presumiblemente, se convertiría en el hombre con el que se había casado, y así hasta la muerte. En el coche, el hombre le dijo que había cenado con el hombre con el que ella, Kathy, se acostaba, y que les había acompañado una mujer conocida de ambos. También habían tomado champán, le dijo. Se rieron mucho. Kathy se quedó callada. Ese fue el instante en que su vida dio un brusco giro, si bien el hombre con el que se acostaba no rompería con ella hasta pasados otros cinco días, en papel membretado. El no consideraba que dos escritores debieran vivir en pareja. Kathy había escrito varios libros: *Great Expectations*, *Blood and Guts in High School*, supongo que habrás oído hablar de ellos. El hombre con el que se acostaba no había escrito ninguno. Kathy estaba cabreada. Me refiero a mí misma. Yo estaba cabreada. Y entonces me casé.

Dos meses y medio después, antes de la boda, después de tomar la decisión de casarse, Kathy se encontraba en Italia. La habían interrogado en el Registro Civil, no supo dar la fecha de nacimiento de su marido, pero nadie pensó que ella, o él, fueran víctimas de la trata de personas. Optaron por una

ceremonia civil, ella insistió en Maria Callas porque no le gustaba quedarse a medias. Hoy, 2 de agosto de 2,017, estaba sentada bajo un avispero en el Valle de Orcia. Habría podido sentarse en muchos otros sitios, pero se había aficionado a aquellos avispones. Ayer le habían caído dos encima de la pierna, follando todavía. Era un buen augurio, le dijo su amigo Joseph cuando se lo explicó por email.

Tenía montada una buena rutina. Primero nadaba veinte largos, lo que le servía para despabilarse. Luego se tomaba un café y colocaba una tumbona debajo del árbol de los avispones. A las diez le pedía a su marido que le trajera otro café. Era la primera vez que tenía marido, pero aun así sabía cómo funcionaba el asunto. ¿Kathy era maja? Dudoso. Lo que le interesaba era ponerse morena, mirar Twitter, ver si alguno de sus amigos estaba disfrutando de unas vacaciones mejores que las suyas. A su lado, su marido estaba enrollado en una toalla verde, quitándose el bañador mojado. Todo era más bonito que en casa. No solo un poco más bonito, sino profundamente, como si todos los materiales hubiesen sido reinventados por una especie más inteligente. Sin quererlo, Kathy y su marido habían terminado veraneando con los superricos.

Naturalmente, no lo parecían. Ni siquiera lo intentaban. Se comían su espuma de patata con gesto contrito y se pringaron de passata y de gelato de ciruelas y cardamomo todas las camisetas que tenían. Había un servicio de lavandería pero se asustaron al ver lo que costaba. Siempre les quedaba la opción de ponerse ropa más oscura o quizá encontrar una lavandería en Roma.

Era un día radiante como ninguno. Algo raro había ocurrido en el cielo, no estaba despejado ni nublado, sino algo a medio camino. La luz no estaba concentrada en el sol, estaba en todas partes a la vez, como si estuvieran dentro de una bombilla halógena. Kathy tenía dolor de cabeza. Internet estaba revolucionado porque el Presidente acaba de echar a alguien. Ser contratado, divorciarse, tener un bebé y ser despedido, todo en diez días. Como una mosca de la fruta, escribió algún bromista. 56.15a likes. No le vio la gracia por ningún lado, o quizá sí la tenía.

Kathy no tenía padres, lo que no era impedimento para que la siguieran incordiando. Pensaba mucho en ellos. Su madre se había suicidado, su padre había desaparecido antes de que ella naciera. Era huérfana, en el sentido más dickensiano de la palabra. De hecho, su marido la llamaba Pip, a veces la Pip.

Era un hombre muy majo, indiscutiblemente majo, le caía bien a todo el mundo, era imposible que no te cayera bien. Siempre pensé que fuera del mundillo de la poesía también éramos amigos, le escribió su amigo Paul Buck, felicitándolos por la boda, pese a que todavía no estaban casados en el sentido estricto de la palabra, antes de proseguir con una anécdota sobre la vez en que él y Kathy habían perdido la oportunidad de acostarse.

Cada día hacía más calor. Treinta y un grados, treinta y seis grados, treinta y ocho grados. Había incendios sin control por toda Europa. Uno lo había provocado alguien al tirar una colilla encendida por la ventanilla del coche. Kathy se había metido en la piscina y estaba de pie con el agua al cuello, sin pensar en nada. Los deseos llegan tan hondo que no hay forma de sacarlos del cuerpo, había escrito en el último párrafo de su último libro. Se le había metido agua en un oído y cada hora más o menos se le destapaba un momento y entonces algo emergía de su interior como un grumo espeso de chicle, como un calcetín. Era desagradable, la sensación de que algo la presionaba por dentro, tiraba de ella hacia abajo. En el bar, su marido leyó una lista con todos los clientes famosos que había tenido el chef del hotel. ¿Quién es Rachael Ray?, se preguntó su marido. ¿Quién es Gloria Estefan?

¿Quién es Peyton Manning? Kathy no sabía quién era Peyton Manning, pero le ayudó con el resto de nombres.

He aquí lo que comieron. Comieron panecillos de porchetta y porchetta con rúcula. Comieron una especie de crema de yogur espolvoreada con lavanda y unos merengues diminutos. Comieron carré de cordero, bacalao negro y pici con ragú de cerdo. Saltaba a la vista que estaban engordando. ¿Te has fijado —le preguntó ella— en que aquí las mujeres son todas más jóvenes que sus maridos? Aquello era como un club de segundas esposas. Personalmente, ella era la tercera esposa de su marido, de forma que por lo menos en ese aspecto no desentonaba en absoluto.

Lo que Kathy quería en ese momento era complicado de explicar. Quería tener tres o cuatro casas para así poder mudarse entre ellas. Lo que más feliz le hacía era viajar, como si fuera un juguete de cuerda, y quizá los momentos de máxima felicidad eran cuando deshacía las maletas o compraba un billete de tren. Le gustaba entrar e instalarse, y también cerrar la puerta de golpe. Quería escribir otro libro, evidentemente, y quería encontrar la forma de no situarlo en ningún sitio. Encontrar un no lugar como los espacios interiores del

cuerpo, un no lugar como las zonas muertas de una ciudad. Era una neoyorquina, no estaba hecha para vivir en Europa, y por supuesto no encajaba en absoluto en un jardín embarrado de Inglaterra. La maleza era inquietante, las polillas y el moho le ponían los pelos de punta. Lo que de verdad le gustaba eran las lagartijas, no solo por sus patitas diminutas y veloces, sino por lo excepcionalmente secas que eran. A Kathy le gustaba la sequedad, siempre había sido la suplicante, pero ahora que por fin había conseguido poner un poco de orden en su vida había descubierto que tenía un don insólito para mostrarse esquiva, como si se hubiera convertido finalmente en uno de los múltiples hombres que había perseguido por Berlín, Londres o San Diego. En los noventa, cuando era joven, había llorado y se había hecho cortes en la piel a la mínima oportunidad, le encantaba hundirse en la más absoluta miseria, pero ahora se había secado, se sentía serena, morena y plana como una tostada que nadie quiere, no exactamente apetitosa, no deseable, pero sí alimento para alguien, una paloma por lo menos.

¿Era esto hacerse vieja? A Kathy la preocupaba envejecer, no había tenido en cuenta que la juventud no era un estado permanente, que no siempre sería una muchacha bonita y desesperada que sabía hacerse perdonar. No era estúpida, solo avariciosa: siempre quería que fuera la primera vez. Cuando pensaba en la gente con la que había poblado su juventud se moría de vergüenza. Esos años de juventud habrían podido ser mucho más glamurosos, mucho más elegantes, pero inexplicablemente había preferido llevar ese corte de pelo tipo casco, ir con un peto a todas partes, y los minutos habían pasado sin que hubiera sabido atezar mortalmente al tiempo. Ahora se sentía serena, pero vieja; ahora estaba buena, pero arrugada. Mi vida es delicada (más delicada que mi coño), le había escrito a un novio no hacía tanto tiempo. He abortado once veces, le dije a alguien más, lo cual ni siquiera era cierto. Kathy siempre estaba mintiendo, mentía desde niña, con su melena pelirroja que a nadie llamaba la atención. Cuando empezó a caérsele el pelo por el estrés que le provocaba vivir con su madre, dijo a sus compañeras de escuela que su conejo se lo había comido. En esa escuela, tenían un juego en el recreo que consistía en que todas se hipnotizaban y luego elevaban el cuerpo de una de ellas solo con los meñiques. La niña a la que había que hacer levitar tenía que estirarse primero y entonces las demás la apretaban con todas sus fuerzas

contra el suelo. Después, levantarla era tarea fácil. La ingravidez era otra de las facultades exclusivas de los más jóvenes. Luego empezabas a arrastrarte ruidosamente por el mundo como las latas atadas a un coche.

Lo que supuestamente debería estar haciendo Kathy era organizar su boda. Se aplicó a la tarea mirando fotos de Instagram y dejando comentarios desagradables. Qué ordinario, decían ella o su marido. Sillas y mesas, servilletas, qué ordinario todo. A ese paso terminarían celebrando la boda en un aparcamiento.

Kathy amaba a su marido. La noche anterior les habían obligado a hacer una lectura juntos, lo cual no era exactamente de su agrado, pero aun así le gustó escuchar los poemas de su marido, como si alguien estuviera hurgando con una llave en la cerradura del lenguaje, está atascada, está atascada, y, de pronto, pudiera pasar al otro lado. Por algún motivo que se le escapaba, había tres psiquiatras en la lectura, uno de los cuales muy eminente por lo visto y otros dos de Sheffield, todavía en bañador. Un hombre de aspecto distinguido estaba sentado al final de la sala y abrió el turno de preguntas. Hay esperanza para todos, dijo el hombre, inexplicablemente. Esa noche, durante la cena, a Kathy le tocó sentarse a su lado. Felicia, Felicia, dijo el caballero, aquí tenemos a la escritora. Felicia tenía la mandíbula prieta típica de los muy ricos. Kathy se refugió en su entremés, una rodaja blanca seguramente de pescado, y esperó a que el momento pasara.

Mañana tendremos cuarenta y un grados, dijo su marido. Eso son 106 grados Fahrenheit. O sea que cuando la gente de la India y los países del Golfo Pérsico tiene temperaturas de cincuenta grados es que hace muchísimo calor. No me extraña que se mueran. Casi treinta grados Fahrenheit por encima de la temperatura normal del cuerpo. Su marido llevaba una camiseta rosa y la pierna izquierda, que se había quemado a principios de esa semana, se le estaba empezando a pelar. Un taladro se puso a perforar en alguna parte. Kathy lo apuntaba todo en su cuaderno y se asustó de pronto al pensar que quizá iba a agotar el presente y verse en la vanguardia, sola en la cima del tiempo, lo cual era absurdo, pero ¿no piensas a veces que es imposible que surquemos todos a la vez la verde simultaneidad de la vida, como tiburones súbitamente visibles en una ola que rompe? Seguramente, la aceleración de su pensamiento presagiaba una migraña, seguramente. En Twitter decían que una fotógrafa china había desaparecido. La última vez que se la había visto había sido en el

funeral de su marido, que había ganado el premio Nobel de la Paz y luego había pasado el resto de su vida encarcelado. Kathy había visto una foto de aquella mujer, con unas gafas de sol bien ajustadas al rostro. En fin, que había desaparecido. Y el gobierno chino había publicado un comunicado que se le había quedado grabado en la cabeza, algo sobre esparcir las cenizas en el mar, ¿hicieron bien? Cuando las acusaciones contra Jimmy Savile alcanzaron cotas de verosimilitud indiscutibles, alguien arrancó su lápida de madrugada y la trituró para convertirla en grava para pavimentar carreteras. Eso tampoco es que le pareciera bien, pero así era como lo recordaba Kathy. El polvo de Jimmy Savile podía encontrarse ahora en cualquier parte, podía estar adhiriéndose a los neumáticos de los coches y alejarse sin prisa pero sin pausa de Gran Bretaña, especialmente a bordo de ferris. El mal era un tema de interés para Kathy, no era aprensiva, había trabajado varios años en un antro de estriptis en Times Square, los apetitos y las miradas muertas no le eran desconocidos. En aquellos tiempos hacía un número inspirado en Santa Claus, cualquier cosa para no caer en el tedio, y liberaba sus tetas planas como huevos fritos ofreciéndoselas al mundo. No sabía nada de la vida si no había inspirado una buena bocanada de ese aire bravo, que olía a meados, oh, Kathy realmente había visto de todo. Quiero saber por qué el presidente de Estados Unidos siempre es un putero y nunca una puta, escribió Zoé Leonard en un poema famoso y muy reproducido, y a Kathy le parecía que aún hoy era una pregunta pertinente, por qué había gente que siempre compraba pero nunca vendía.

Tenía cuarenta años. Había tenido cáncer de mama dos veces, casi nunca había estado libre de alguna enfermedad de transmisión sexual, pasaba más tiempo en la clínica genitourinaria que en la sala de estar de su casa. Había sido dueña de varios apartamentos en varios países, vendía y compraba, trataba de aprovechar los cambios de tendencia en el mercado inmobiliario, pero casi nunca acertaba. La gente la fotografiaba a menudo, había abandonado su viejo look, ahora no llevaba la cabeza rapada, era una auténtica rubia de bote. En la habitación, vio colgado el vestido de Chanel que había comprado en una tienda de segunda mano, demasiado calor para ponérselo allí, una estupidez haberlo metido en la maleta, aunque le quedaba la esperanza de Roma. ¿Hace calor en Roma?, le preguntó a su marido y él le respondió resoplando. Quizá el vestido era un desperdicio de espacio en la

maleta, pero y qué. Al día siguiente se suponía que iban a cenar con un famoso cantante de ópera, justo allí, en las colinas toscanas. El hombre de aspecto distinguido pasó a su lado, haciendo ruido con sus sandalias. No está mal esta vida, dijo. Es estimulante. Esa noche daba una fiesta de togas romanas y le preocupaba hacer ruido. Kathy se había quejado hacía poco al dueño del hotel de que unos clientes hacían volar un dron sobre su tumbona. No le gustaba que la espieran y tampoco le gustaba el sonido de aquel aparato, que al principio había confundido con una abeja especialmente agitada. El dueño le dio la razón, tenía muchos huéspedes famosos, nombres que reconocías inmediatamente, y pensaba que esos drones no pintaban nada allí. Y entonces Kathy pensó que ella misma era una especie de dron y que quizá lo que estaba haciendo, describir a toda aquella gente en su librito, no era precisamente cortés por su parte. Pero al mismo tiempo le gustaba imaginarse a sí misma volando con sus ojos compuestos, suspendida en el aire, en suspenso, recopilando datos. Justo aquí hubo bombardeos aéreos, le había dicho su marido. Era un experto en bombardeos, pero no sabía, según le dijo, que los estadounidenses hubieran bombardeado a la población civil en Italia. Ha sido una sorpresa enterarme de que los americanos destinaron tantos esfuerzos a bombardear y ametrallar a la población civil, dijo. Y a los niños también. Era sabido que mucha gente había muerto justo aquí, de muchas nacionalidades y tendencias políticas distintas, soldados, partisanos, prisioneros de guerra, campesinos, refugiados, la gente muerta de hambre que había venido a pie desde Roma y Siena y esperaba delante de la puerta a que les dieran de comer. Unos días antes se había celebrado una boda en el hotel y, antes de comer, Kathy se había sentado a tomar una cerveza mientras observaba a unos floristas de Florencia montar un complicado medio arco de rosas de color rosa. También los observaba un anciano cuyo padre había muerto tiroteado ahí mismo, en la plaza, en el último año de la guerra. Había una placa que lo recordaba, debajo de la cual se colocaría más tarde la novia para el retrato oficial de la boda. Así era la historia, así funcionaba todo, ahora estaban arrancando todos los techos de los setenta para que el edificio recuperase su aspecto medieval, con la única salvedad de unas duchas con efecto de lluvia. Era inútil, era una locura, el estropicio que provocaba el paso del tiempo. Una carreterita blanca que cruzaba el valle, allí había empezado todo, pero se podía transportar casi cualquier cosa por aquella calzada, cadáveres o niños con tubas o un Ferrari remolcado por una camioneta.

A la hora de comer, el hombre de aspecto distinguido y su esposa se sentaron a la mesa de al lado. Una vez más, el hombre se le acercó. ¿Dónde van a casarse?, preguntó. Kathy no sabía cómo se había enterado de que iba a casarse y, francamente, no es que la boda la tuviera entusiasmada. Imbécil, musitó para sus adentros. El hombre se llamaba Henry, ni siquiera hacía falta que se lo preguntara, resultaba evidente. Henry se pasó un rato refunfuñando sobre los ministrables de la oposición laborista, diciendo que eran unos zotes redomados. Felicia dijo que había rechazado el título de dama. No me sorprende, ya la habían pasado por alto un par de veces. A Kathy le gustaba mezclarse con gente bien informada, no habría sido una buena espía, no retenía nada, era como un coladero. Lo único que quería era picotear un poquito. Henry era guapo. Le recordaba a un zorro traidor en una película de Disney. Un hombre gordo y bajo llegó al bar y saludó a todo el mundo por su nombre.

Mientras observaba los preparativos para la boda, se le olvidó por completo que ella también iba a casarse en pocos días.

Hasta había comprado ya el vestido, un Isabel Marant, demasiado corto, nada sorprendente por ese lado. Algunos conocidos suyos, amigos en realidad, estaban sorprendidos y dudaban de que Kathy estuviera dispuesta a compartir el primer plano el tiempo suficiente para pronunciar sus votos matrimoniales. Una vez había echado físicamente a otro escritor del escenario, y tenía en su haber un montón de jugadas todavía más delicadas.

Esa noche del 3 de agosto de 2017 ocurrieron muchas cosas. Por ejemplo, Kathy conoció a uno de los mayores donantes del Partido Demócrata. De hecho, era el segundo donante importante del Partido Demócrata que había conocido en esos dos últimos días. Tienen una relación muy estrecha con Hilary Clinton, le había comentado alguien. El donante tenía una hija extraordinaria que se llamaba Dahlia y era la persona más serena que Kathy había conocido en toda su vida. Llevaba un vestido muy ceñido, hecho con tiras de crochet de distintos colores fuertes —azul, amarillo y negro— y le sentaba de maravilla, de verdad que estaba guapísima. Tenía diecinueve años, veinte como mucho, y dominaba la conversación como una tenista de talla mundial, sacando con fuerza y devolviendo todos los golpes. Estupendo, decía cariñosamente cuando un adulto con gesto nervioso le participaba información sobre su país, vida o trabajo. Estupendo. ¡Siguiendo! Le habló a Kathy sobre la importancia de la política, y también sobre la importancia de la ingeniería, así

como sobre las formas distintas pero parecidas en que ambas actividades podían transformar el mundo. La madre de esa muchacha se acercó para participarle que ella también estaba escribiendo un libro, aunque avanzaba muy despacio porque vivía a caballo de Los Angeles, la Toscana e Israel, y tenía que ocuparse de varias casas, además de su trabajo en la industria del cine y después de haber dedicado todo un año a trabajar como voluntaria en la campaña de Hilary. Lo que de verdad le apetecía a Kathy era que le contaran chismes sobre la fiesta fallida de la noche de la no victoria electoral, pero no parecía que fuera a caer esa breva.

La conversación derivó a la alimentación kósher. En el Bar Mitzvah de mi hermano, le dijo Dahlia a Kathy, el hotel no quería servirnos la tarta después de la carne. Y nosotros, que si era una fiesta, y ellos, que si su hotel era kósher. Al final encontramos una solución. Conseguimos que nos sirvieran la tarta a medianoche. Sí, no podíamos quedarnos sin tarta.

Después de eso, Kathy se enzarzó en una trifulca con un artista, un escultor que calzaba sandalias de cuero y que en algún momento de esa noche se había hecho un corte en la pierna. La sangre le chorreaba por el tobillo, pero nadie más parecía haberse dado cuenta, de modo que Kathy no dijo nada. Discutieron sobre Wordsworth y Europa. Kathy tenía réplicas muy apasionadas sobre lo que aquel hombre decía y por qué estaba equivocado. El rosé se le había subido a la cabeza y le había soltado la lengua. Creía firmemente y lo sostuvo con convicción que los británicos siempre habían odiado a los Europeos. Como Ana Bolena. A esa zorra afrancesada la había detestado todo el mundo. Kathy también estaba segura de que el Campo del Paño de Oro era una de las claves de su argumentación, aunque a decir verdad no recordaba ni la finalidad ni los participantes de aquel encuentro regio. Sea como fuere, su marido se inclinó sobre la mesa y dijo sin el menor atisbo de gentileza que estaba completamente equivocada y, como su marido siempre tenía razón en todo, Kathy no tuvo inconveniente en plegar velas y pasar a otro tema de conversación, esta vez sobre el mundo editorial. Aquí se hallaba en un terreno mucho más firme, aunque a esas alturas el alcohol ya había hecho efecto y todo el mundo empezó a repetirse y sacar conclusiones absurdas.

Se fueron pronto. Tenían planeado asistir a una cena importante, pero su marido había empezado a quejarse dramáticamente y con sentimiento de unas

náuseas que creía relacionadas con el cerdo que les habían dado a la hora de comer, de modo que al final no asistieron a la cena, lo cual les hizo sentirse a ambos como unos seres despreciables. Kathy no pegó ojo. Se cambió de cama un par de veces. Un avispon se había quedado enganchado en la parte interior de la mosquitera. El aire acondicionado removía el aire de la habitación sin enfriarlo. A la mañana siguiente, su marido se despertó y dijo: cada vez que me giraba en la cama, soñaba que tenía que darte una cajita que se desintegraba. Hacía calor, todo era perfecto, era casi ahora.

\*

Desayuno. Tres triángulos de sandía, una taza de café, un yogur, un tarrito de miel. Así fueron las cosas. Otros huéspedes tomaron crostata de fresa o croasanes integrales o, dios nos libre, huevos preparados de cinco formas distintas y una selección de fiambres. La gente togada iba apareciendo, resacosa y triunfante. Hola Barry, hola Lordy. Me he despertado con un orzuelo. Me duele horrores. No, es la primera vez que tengo uno, por qué narices me sale uno hoy. Habían celebrado sus festejos en una carpa en la terraza. La carpa seguía allí, vacía y mustia, con los postes engalanados de hiedra y florecillas pálidas. Estaban hablando sobre el bloque de apartamentos que se había incendiado. Bajaba por la autovía de Westway y lo vi, todo chamuscado, dijo la mujer del orzuelo. ¿Cuánta gente murió? ¿Ochenta, ochenta y cinco? Todavía no lo saben. No encuentran cadáveres cuando el fuego alcanza esas temperaturas. ¿Y los huesos? Creo que utilizan la dentadura. El marido de Kathy se metió varias uvas en la boca a la vez. Estaba escuchando una conversación distinta, entre uno de los huéspedes y un abogado italiano. Me crié en una familia católica, del Opus Dei, así que no me extraña, dijo el abogado. La mafia, dijo el huésped, y el abogado se encogió de hombros con olímpico desdén.

Unos minutos después, Kathy sopesó sus elecciones vitales estirada en una de las tumbonas. Aceptables. Tenía cuarenta años, lucía un pequeño diamante en la mano derecha, contemplaba una montaña, nadie se interponía en aquel momento en su camino.

Estaba completamente sola, aunque absolutamente rodeada. La noche anterior, antes de salir, había tenido una conversación seria con su marido a propósito del matrimonio. No me gusta la cercanía, le había dicho ella. Pero

por qué, insistía en preguntarle él. ¿Cuál es el motivo de ese rechazo? No era algo que tuviera motivo, salvo quizá en el mismo sentido que el motivo de la alergia al polen son las flores. El caso era que no paraba de estornudar y a diario necesitaba siete horas, semanas, meses o años de total soledad, para rastrear el fondo del océano, por eso pasaba tanto tiempo en internet. Así que te gusta hablar pero te enfadas cuando la gente te habla a ti, le dijo su marido de malos modos, pero tampoco era eso exactamente. Simplemente, no sabía adaptarse a tener a alguien al lado, especialmente durmiendo. Estaba en el borde mismo de la cama, lo hacía lo mejor que podía. En dos semanas tendría que pronunciar las promesas oficiales, en un lenguaje tan bochornosamente áspero y posiblemente jactancioso como el manifiesto laborista que Ed Miliband hizo gravar en piedra. ¿Y dónde estaba ahora esa estela de piedra?, se preguntó. ¿También la habían convertido en asfalto? ¿Todas las carreteras de Inglaterra estaban hechas de monumentos que se habían vuelto tóxicos para la ciudadanía? Lo buscó en internet. La Estela de Ed descansaba en el jardín de un restaurante de Chelsea. Prometo controlar la inmigración, prometo casas para comprar y políticas en el mercado de alquiler, me comprometo a que la sanidad pública dedique el tiempo y los cuidados necesarios a la población, me caso con un país en que la próxima generación gozará de niveles de vida más elevados que la anterior. ¿Cuánto tiempo creían que iba a durar? Kathy quería que la sanidad pública durase eternamente, por supuesto, pero estaba casi convencida de que cuando fuera una anciana cada cual tendría que buscarse la comida en los contenedores de basura y guarecerse de un sol insufrible y abrasador. Todo estaba decidido, caso cerrado, no había esperanza. La semana antes de salir de Inglaterra, un glaciar del tamaño de Manhattan se había desprendido de la plataforma de hielo Larsen C y había empezado a desplazarse a la deriva. El golfo de México estaba repleto de peces muertos, había una acumulación de basura flotando en el océano tan gigantesca que tardarías una semana en cruzarla a pie. Kathy trataba de controlar la adicción de su marido a la secadora de ropa, nunca viajaba a ningún sitio que estuviera a más de ocho horas de vuelo, pero incluso tumbada allí seguramente estaba expoliando los recursos naturales de algún sitio. Qué despilfarro, qué crimen, destrozar un mundo con tantísimas especies de flores distintas. Kathy odiaba vivir el final del mundo, pero al mismo tiempo no podía evitar que le pareciera interesante el espectáculo de la gente, ella misma incluida, tirando piedras contra su propio tejado.

Como había soñado con él, Kathy le había enviado un email a su ex amante. Era un mensaje ligero, solo quería hacerle saber que lo estaba pasando bien. Sol de justicia en la Toscana, dijo radiante. Yen a vernos cuando vuelvas. La última vez que lo había visto había sido en el bar de un cine. Ella se había tomado una cerveza y él, un café. Tengo que irme, dijo él. Voy a tomar el té con el rey de España. No se lo creyó, pero al volver a casa lo buscó en Google y comprobó que el rey de España estaba efectivamente en la ciudad. De eso hacía ya varias semanas, y además solo le había escrito un par de frases, pero aun así su ex le respondió como si hubiera estado dándole la lata sin parar durante los tres meses anteriores. Le trasladó su ignorancia sobre la región italiana en la que se encontraba y su preocupación por los incendios forestales, y por último le proponía quedar en otoño. Voy a desaparecer un tiempo, concluía. Kathy había hecho de sus continuas desapariciones toda una trayectoria, una vida y un arte, y le sublevaba que alguien la eclipsara en ese terreno. Estoy EN OTRO PAÍS, le gritó a su marido. YO YA HE DESAPARECIDO. ¿Por qué intenta siempre SUPERARME EN DESAPARICIONES? Estaba realmente cabreada. ¿Por qué te sulfura tanto Sébastien?, le preguntó su marido razonablemente. Ella procuró explicárselo, no era que lo echara de menos exactamente, o que le gustara exactamente, más bien tenía la impresión de que Sébastien siempre veía la jugada antes que ella.

Una vez había hecho una película con un hombre con el que tenía/no tenía una aventura. Se titulaba *Blue Tape*. Kathy se había mostrado absolutamente inexpugnable, no había renunciado ni a un centímetro, ni a un milímetro de terreno. Tenía todos los ases, le había chupado la polla mientras él tartajeaba, se aturullaba, y luego había dirigido sus movimientos mientras se hacía una paja aceptable, así no, así no, más deprisa, más arriba, más preciso. Al final, el hombre terminaba hecho un desastre y ella se sentaba en el sofá, serena y victoriosa. Y ahora creía que tener éxito en una relación amorosa era eso.

Potencia y hielo, sus semejanzas. Quizá a Kathy se le estaban derritiendo los bordes, quizá se estaba subsumiendo, quizá tenía que madurar, quizá ser una persona adulta debía de consistir en eso, un glaciar desplomándose en una bañera. ¿Por qué necesitas ganar en todo, Kathy? ¿Por qué lo ves todo como una puta competición? Había estudiado en una escuela privada muy exclusiva, siempre olía un poco mal, era la niña más inteligente de la clase quitando a dos. Que eran gemelas, figúrate, con melenas rubias que apestaban a dinero.

La escuela era una mierda, la escuela era malísima, quería ser la mejor sin discusión, sobre todo porque no le caía bien a nadie y casi no le dirigían la palabra, pero las gemelas, las gemelas eran prodigiosas, dotadas de un talento natural, y además tenían esa pátina de buenos modales multilingües que solo se obtiene con el dinero. La familia de Kathy también era rica, pero de una forma más caótica y agarrada, como su abuela, por ejemplo, que era quien controlaba los gastos, o su madre, que era casi como una vagabunda, una fracasada que se paseaba por los grandes almacenes Barneys o por el hotel Plaza de Nueva York, iba a las típicas tiendas donde un muchachito francés fruncía los labios y te decía *non*, repugnado al ver el primer conjunto de ropa que te probabas, y *aiiaii madam* al verte el segundo, sin que importase cómo te sentaba. Su madre lo compraba, siempre lo compraba, eran los años ochenta, lo compraba Cada Vez Sin Excepción. Es de Alaïa, Kathy. Es de Comme, Kathy. Es un cuello chimenea con mangas de murciélago, Kathy. Me lo voy a poner para la comida. Más tarde, Kathy lo cogía del armario de su madre y se lo ponía para ir a la escuela, se mordía las mangas en clase de matemáticas, sacaba un sobresaliente pero no el mejor sobresaliente, sopesaba su futuro. Aquel no era exactamente el futuro que se había planteado de niña, pero después de los años de Times Square sabía que podría haber sido mucho peor.

Lo que le ocurrió a su madre es que se cortó las venas en la bañera. Lo que le ocurrió a su madre es que había tomado habitación en un hotel todavía bastante bonito, en otros tiempos muy exclusivo, aunque por entonces venido a menos, le dio una propina al botones, charló con el personal del turno de noche y por último se metió una sobredosis en la habitación, sin pagar la cuenta. Kathy se pasó dos días, quizá dos semanas, histérica, llamando a todos los hospitales, tratando de localizarla, antes de que sus familiares se dignaran a contárselo. Así era su familia, personas distanciadas las unas de las otras, separadas por enormes sofás tapizados de silencio total. Cuando murió su abuela unos años después, de causas naturales, Kathy pensó que iba a heredar un buen pastón; de hecho, mucha gente pensó que había heredado un buen pastón, pero estaban totalmente equivocados. Sobrevivía a base de trapicheos varios y de los libros que escribía, y se las apañaba como podía, pero los días de abundancia habían quedado atrás, eran cosa de los demás, y ya no eran asunto suyo.

Su marido se le arrimó en ese instante y le preguntó si había escuchado a

esa gente durante el desayuno. Habían dicho: ¿Dónde está David? David está en la habitación buscando el pasaporte y el dinero. Cada vez que se hospeda en un hotel los guarda en un escondrijo distinto y luego no es capaz de encontrarlos. Voy a dejar los billetes en la última hoja de mi cuaderno rojo, continuó su marido. Quiero que lo sepas. Se había pasado toda la mañana en la recepción, intentando comprar los billetes de tren a Roma. Al final lo había logrado, después de las varias llamadas telefónicas en múltiples lenguas que había tenido que hacer, y le mostró orgulloso la hoja impresa con los billetes.

Esa tarde fue cuesta abajo ligeramente. Comieron y esperaron debajo del árbol de los avispones a que les trasladaran las maletas desde su tercera a su cuarta habitación. La tercera había sido completamente corriente, un simple apartamento, pero en la cuarta los devolvieron a la cumbre del lujo. La habitación estaba diseñada como un loft de Nueva York que alguien hubiera colocado debajo de unas vigas a la vista y un tejado típicamente toscanos. El cuarto de baño era enorme y tenía una puerta de cristal. Confieso que esta tampoco termina de convencerme, le dijo su marido cuando ella se lo comentó. Kathy se quedó dormida y se despertó al oír lo que le pareció un trueno pero era en realidad más movimiento de maletas. Cogió su portátil y echó un vistazo a internet. Casi de inmediato le molestaron dos cosas. Una era un artículo sobre un pintor que le gustaba firmado por un crítico al que detestaba. La otra, un perfil en una revista estadounidense sobre una novelista. Lo que le molestó especialmente fue una comparación entre el último libro de la novelista y una historia oral de Chernóbil. Pero las historias orales imaginarias de la autora están en exquisita sintonía con las formas que tienen las personas de victimizarse las unas a las otras, decía la reseña. Si había una palabra que aborrecía era esa, *exquisito*. A Kathy, la guerra nuclear le parecía un tema mucho más decente que las familias nucleares. Kathy era una mujer vanguardista, clase media en desbandada, no le gustaba la burguesía. Qué puto calor hacía, tenía cosas mejores que hacer que leer sobre los marcos de las ventanas que la gente instalaba en sus casas. Se estiró en la cama y contempló las tejas a la vista. ¿Qué hacer entonces?

Su marido había empezado un soliloquio sobre los cereales Oat Krunchies. Eran unas galletitas de avena como una almohada con aire dentro, de modo que al morderlos crujían y se pulverizaban. No estaban muy buenos, a decir verdad. Oh, vete a tomar por saco, estúpida. Inglaterra, por supuesto. Lo

siento, solo estaba señalando algo que no me ha gustado en Twitter. Bueno, ahora tengo una foto de tu cuello estirado, es bonito. Le encantaba cuando su marido se ponía a divagar. A veces se lo encontraba en casa haciendo algo complicado, quizá horneando pan o preparando una salsa, mientras hablaba solo en voz baja, tal cual se estuviera contando confidencias, dándose órdenes y ánimos a sí mismo, como si fuera un niño pequeño, solo que sin parecer en absoluto ridículo. Si esto era el amor, se lo quedaba, acostada desnuda a su lado, ambos jugueteando con sus móviles. Antes, él había pedido un helado con acento italiano y no dio crédito cuando Kathy le dijo que lo había pedido en inglés. Él sabía hablar italiano, solo se había despertado con mal pie.

Allí todas las mujeres tenían marido. Kathy no pasaba mucho tiempo con heterosexuales, no sabía que hubiera tantos y que todos fueran tan parecidos. Blancos, los hombres mayores, las mujeres más jóvenes. Había conocido a una mujer en el bar, habían cruzado alguna mirada, seguramente había terminado diciéndole hola y la mujer lo había aprovechado para soltarle un rollo interminable, como si la estuvieran entrevistando para un documental centrado exclusivamente en su vida y los tiempos que le había tocado vivir. Le habló de la escuela de su hija, de la escuela de su hijo, le habló de la casita que tenía en Sloane Square y de su finca en Warwickshire, es estupendo, pronunció marcando las sílabas, que los niños tengan un sitio donde corretear. Se compadeció de los padres que contrataban a preceptores para sus vástagos y luego pasó a describir el preceptor de su hijo como un tipo de preceptor completamente distinto, porque les había aconsejado dejar que el niño expresara fielmente quién era por dentro. Aquella mujer era como una muñeca, como una niña satisfecha con el pelo bien cepillado, parecía imposible que fuera madre, pero allí estaban sus hijos, asomando desde distancias huérfanas de afecto. Kathy tenía los mismos zapatos

que la niña, pero de un color distinto, se sintió incómoda, así era imposible estrechar lazos con esa mujer. Tuvo una sensación tan vivida del paso de la luz del sol entre las ramas de un roble que más tarde pensó que la mujer se lo había descrito, pero no, tan solo era un emoji, la lectura visual que se activaba en su cerebro cuando alguien mencionaba Warwickshire. El marido de esa mujer se llamaba Boris, había dejado el trabajo, a veces Kathy se lo encontraba cuando iba de camino a la piscina y movía un dedo y le sonreía. Heterosexuales ricos, con propiedades, privilegiados; cuando dijo marido no

se refería a eso.

\*

No siempre había sido así. En Nueva York, Kathy había pasado la primavera en un apartamento minúsculo del barrio de Bushwick. No había puertas entre las habitaciones y cada noche, antes de irse a dormir, desanudaba dos trozos de tela añil para poner una barrera entre la habitación y la cocina. La luz seguía pasando, pero el verdadero problema para dormir era un gatito gris, el inquilino permanente y oficial del apartamento. Era un gato callejero, puro pellejo, con la cola cortada como un conejo. Desde el primer día pareció tenérsela jurada. El gato manifestaba su disgusto llorando y rompiendo vasos, y un día se comió su invitación al preestreno de la retrospectiva que el Met dedicó a *Comme des Garçons*. Una noche metió las patas en su bol de agua y lo estampó varias veces contra el armario de la cocina. No es que Kathy tuviera una vida muy variada. Solo quedaba con amigos y hablaba por los codos, pero aun así le apetecía dormir por la noche. La cosa se alargó cinco días. Vomitaba en la alfombra, esparcía cuajos de arena empapada de pis de su arenero por todo el suelo y luego se subía con ellos a su cama, le cubría la ropa y el portátil de pelos y polvo. ¿Estaba enfermo? Su pelaje había perdido el lustre, se le veían los huesos en los costados, la despertaba a las dos, a las dos y media, a las tres, hasta que Kathy estaba tan agotada que se daba de bruces con las paredes y una vez se enganchó el dedo con la puerta de la ducha, con sangriento resultado. Todo estaba sucio, había moho en las juntas, grasa en los fogones, mugre de Nueva York, nada demasiado grave, tan solo ocho generaciones de gente viviendo en el mismo cuchitril. La llave del armario se atascó en la cerradura y tuvo que arrancar la puerta de los goznes con un cuchillo de cocina. Otro vez, cuando volvía a casa, la llave del portal se partió en dos en la cerradura. Los cuerpos: el suyo no estaba en su mejor momento. Todo el mundo había venido a Nueva York para la feria de arte de *Frieze*, se encontraba cada dos por tres con Matt, vio a Charlie y a Rich. Vio a gente a la que no había visto en años, gente de Londres, gente del mundo del arte como Tom y Nicky. Era como si todas las puertas estuvieran abiertas y pudiera colarse en casi cualquier habitación, estaba tan contenta y cansada, con un sarpullido de granos alrededor de la boca, tomaba demasiados cafés, una tormenta la sorprendió en la primera avenida, corría por la calle saltando

entre charcos, bajo un aguacero tan fuerte que sus zapatos tardaron dos días en secarse. Al final, el dueño del apartamento se avino a que un amigo suyo cuidara del gato. Lo único que le pidió a Kathy fue que se lo llevara en taxi. Reunió el arsenal de posesiones del gato, el arenero, la arena, las galletas y los boles. Metió dentro un ratón de goma mordisqueado y se puso a buscar el gato. Estaba durmiendo en una repisa. Se subió a un taburete y lo bajó, mientras le iba clavando las garras. Luego, en el taxi, vomitó ruidosamente en su transportín y maulló desesperado. Mientras avanzaban a paso de tortuga por el puente de Williamsburg, el taxista le dio la lata con el pitbull que tenía un amigo suyo, pero ella tenía ganas de llorar de pena por la infelicidad de aquel gato, por el estado calamitoso en el que se encontraba. Cuando regresó al apartamento, fregó el suelo y llevó toda la ropa de cama a la lavandería, y esa noche durmió en una cama limpia como un Kushner, como un rey.

Estaba todo el mundo, aquello era un pueblo, era una maravilla. Kathy fue a desayunar unos huevos con Sarah, Matt se pasó a verlas, luego fueron caminando los tres a Abraco para verse con David. Charlie estaba en el Standard con Paul, estáis todos hablando muy *brittish*, dijo el otro Matt. Joseph había llegado antes, estaba en su época de llegar antes que nadie, siempre se le adelantaba. A las tres, le escribió. Léelo, es para echarse a llorar. ¿Ves cambiada Nueva York?, le preguntaba la gente. ¿Tienes la impresión de que ha cambiado? Hacía un año que no iba, la temporada más larga que había pasado fuera de la ciudad. Coincidió con la semana en que iban a recortar el Obamacare y todo el mundo hablaba de las «condiciones preexistentes». David llevaba un anorak con la cremallera subida hasta el cuello. Estoy tan gordo que ni me veo el cuerpo. Una vez, David y Kathy se habían pasado la tarde entera discutiendo hasta el último detalle cómo se suicidarían en un apartamento prestado de la calle 46. Estaban tan tristes los dos que fue como una piedra de toque saber que había una forma de borrarse del mapa. Pero aquí estaban todavía. La barba de dos días que adornaba su mandíbula era blanca y seguía caminando de puntillas como un niño pequeño. En el flequillo de Kathy también asomaban algunas canas, un pequeño mechón blanco. Se cortó el pelo en el cuarto de baño, bajó la basura.

Estaba caminando por la Primera Avenida cuando saltó la noticia de que habían despedido a Comey. A media tarde del 9 de mayo de 2017. Cari le escribió un mensaje de texto: Niña, Twitter está que arde. Todo el mundo

decía que el país se había convertido en una república bananera, durante la cena Jim dijo lo que me alucina es que dentro de unos años todavía hablaremos de esto, de lo que estábamos haciendo cuando ocurrió, pero entonces sabremos cómo ha terminado todo. Pidieron pollo Zsa con ensalada, comieron foie gras, tomaron cervezas y Riesling, estuvieron toda la noche riéndose, esa noche en que el presidente despidió al director de FBI, estaban asustados y asqueados, Jim dijo se está cagando a lo grande en nuestro país. Todavía hacía un poco de frío, antes se había comprado un helado de menta en una bodega y el cajero chino no había entendido la palabra emplastos, ¿quiere decir tiritas? Tenía los pies en carne viva por culpa de unas deportivas nuevas, unas Nike nuevas que se había comprado esa misma tarde en Barneys. Le parecía que el calor no terminaba de llegar nunca, aunque cuando Mare, su amado Mare, dijo que era la primavera más bonita que había visto en su vida, ella le dijo que era verdad, que era preciosa, tan verde y excesiva, tan floral, exuberante y acicalada. Todos hablaban de política en todo momento, pero nadie sabía qué estaba ocurriendo en realidad. Es lo que pasa con las dictaduras, dijo Alex, la gente solo se entera de las cosas por rumores. Alex era ruso, su abuelo había sido el jefe de guardaespaldas de Stalin, sabía de lo que hablaba, pensó Kathy. Tener cuarenta años era eso, pensó en su pequeña cama mientras sobrevolaba Irlanda, después de que la subieran a primera clase como ya se ha dicho, el puto viaje de una vida era eso.

\*

Era su penúltimo día en Italia. El 5 de agosto de 2017. Su marido había estado en la terraza, le había referido una conversación con el eminente psiquiatra. Solo doy segundas opiniones, había dicho. Trabajo en el filo de la navaja, no puedo equivocarme. Mis pacientes son gente rica, autocrática, psicótica, acostumbrada a tener un control total de la situación... ¡Oh, mira! Allí está la lagartija. A su marido le encantaban las lagartijas. Esta era verde, como un elegante cocodrilo, y movía las patas como un ciclista pedaleando. De vez en cuando se detenía, erguía la cabeza y olisqueaba el aire. Ahora había girado la cabeza por encima del hombro, y su vientre, más pálido, había quedado expuesto. Su marido estaba fascinado, parecía hechizado. Es que me encanta, dijo. Es un milagro poder contemplar una lagartija durante minutos enteros. Ahora vuelve aquí. ¿Qué está haciendo ahora, detrás del tronco de ese

árbol? Seguramente se ha vuelto a esconder en ese parterre de flores, ¿no crees?

Kathy siempre había tenido relaciones insatisfactorias, y la relación insatisfactoria que tenía ahora era con el sueño. El sueño era un amante reacio. Se tumbaba en la cama y esperaba a que viniera, caliente, impaciente e insegura. Bastante se había escrito sobre el sueño. Era una maravilla, el momento en el que estabas a punto de derrumbarte y caer del otro lado. Pasó una mariposa con machas que parecían teclas de piano. Había estado boca abajo en su tumbona, con la mejilla apretada contra una toalla mojada. Quería coger el sueño, pero en vez de ello pensaba todo el rato en cosas que la preocupaban, como el pedófilo al que los servicios sociales habían instalado en una casa de su vieja calle. En esa época, Kathy salía con Sébastien, fue él quien se enteró de que era un pedófilo y también fue él quien la mantuvo al día a medida que se desarrollaba el caso. Al principio, parecía que se había hecho una montaña de un grano de arena, pero luego pareció que se había silenciado un asunto importante y de una desagradable gravedad, es decir, que el pedófilo de marras seguía viviendo, feliz o no, en la misma casa y que se paseaba en bici por las mismas calles que Kathy, un poco desaliñado y afligido, pero a fin de cuentas suelto. La última vez que se había visto con Sébastien, la puso al día del tema, hacía semanas que no se acordaba, dijo él, pero como sabía que iba a verte me informé. Kathy se sintió un poco incómoda al ver que los tenía tan relacionados en su recuerdo, pero lo cierto es que también se sentía incómoda en esa época cuando Sébastien se acercaba a su ventana y le daba informes cómicos sobre dónde podía encontrarse el pedófilo. Se le ocurrió pensar que quizá no se le daba bien juzgar a la gente. El problema, lo sabía, y de hecho lo había puesto por escrito, era que le gustaban los mentirosos, la gente esquiva, le gustaba ver lo que le contaban, le gustaba que la impresionaran y sorprendieran y decepcionaran a todas horas apareciendo donde nunca se los esperaba, se sentía exactamente de la misma forma cuando observaba a una lagartija desaparecer en una grieta o rendija antes invisible, había algo en ella que aplaudía cualquier instinto de libertad, por muy inoportuno que le resultara personalmente. Al pedófilo, no obstante, quería verlo entre rejas, era contraria a las cárceles en un noventa y nueve por ciento de los casos con esa única excepción. Estaba a favor de cualquier expresión de la sexualidad, lo único que la escandalizaba era la falta de consentimiento,

sobre todo teniendo en cuenta que por lo menos había un millón de personas que querían, que se ponían muy calientes fingiendo que no daban su consentimiento, así que no había ninguna necesidad. Solo eran imágenes, dijeron algunas voces en defensa del pedófilo, como si los pequeños cuerpos representados no fueran reales, no existieran, no hubiesen sufrido.

Fue a la piscina y nadó rápido. En la esquina, junto a los escalones, había mucha arenilla. Era posible y, de hecho, muy probable que la culpa fuera suya, porque había desobedecido sistemáticamente la norma de lavarse los pies antes de entrar en el agua, así como la norma de no nadar antes de las ocho de la mañana o más allá de las siete de la tarde. Nadaba cuando le daba la gana, y de noche no se molestaba en usar bañador. Que se jodan los ricos, enarbolaba su culito blanco como una bandera contra ellos.

Le sorprendió pensar que ella también era esquiva hasta cierto punto. Pongamos sus novelas. Le gustaba robar las vivencias de otras personas, mangárselas al por mayor. Soy Toulouse Lautrec, soy un monstruo absolutamente abominable. Soy demasiado fea para mostrarme al mundo. Soy Laure, la colegiala, pensaba que no me habías visto porque soy superinvisible. Nazco pobre en Saint Helens, en la Isla de Wight. 1790. De niña, casi no tengo de qué comer. Detrás de ella, una chavala australiana estaba hablando por teléfono con su madre. Es un pueblo del siglo XI, no es muy acogedor para bebés, es precioso, no, de verdad, esto es precioso. Llevaba unas zapatillas con plataforma plateadas y Kathy la odiaba porque el día anterior le había birlado su tumbona, había levantado su toalla y sus libros de la lona y lo había tirado todo al suelo, en serio. Leí un artículo que decía que es bueno dejar que los bebés lloren hasta que se duerman solos, me preocupa un poco que Laura vaya a tragarse esos cuentos chinos. Ajá, dijo once veces. Exacto. Oh, joder, ahora se pone a hablar de su aumento de pecho. La inflamación debería bajar en unos cuatro meses, si dentro de cuatro meses siguen pareciéndome demasiado grandes para mi gusto, puedo operarme una noche y listo, es una intervención nada invasiva. Creo que preferimos hacernos una casa antes que comprarla hecha. ¿Qué edad tendría? ¿Veinticuatro? Igual volamos a México el 2,1 de septiembre. Bueno, la fecha no es inamovible. Jamaica, ¿te parecería bien Jamaica? Todo era siempre lo mismo, era el mundo hablando. No tenía sentido odiarlo, o sí lo odiabas, pero hacerlo era más de lo mismo, sumar otra vocecilla petulante a un coro indecentemente multiplicado.

# NUDOS

**K**ATHY no lo pasó bien en Roma. Hacía demasiado calor, el aire acondicionado del taxi se había estropeado el viernes, hoy era domingo 6 de agosto de 2017, aquel taxi era un ecosistema independiente de aire pegajoso y húmedo. Se tumbaron los dos desnudos en la cama del hotel y resoplaron. Luego, salieron a dar un paseo que por casualidad derivó en ir a misa. Kathy había dejado de ir a misa en algún momento de los años ochenta, se olvidó de hacer la genuflexión al entrar y luego se santiguó con la mano equivocada. Delante había dos monjas con unos hermosos velos diáfanos. El cura dio un sermón en italiano en el que pudieron discernir varias veces la palabra WhatsApp. Kathy se sintió conmovida, y luego acalorada, y luego irritada, y luego le dio un ataque de claustrofobia. Habían reservado mesa para cenar y no le apetecía tener que aguantar eso. Se puso de pie y se dirigió discretamente a la puerta. Había unos niños haciendo el zángano en la nave lateral, aquello no se parecía en nada a Saint Joseph's en torno a 1983.

En el restaurante, Kathy y su marido tuvieron una bronca tremenda. Empezó porque Kathy cogió dos ciabattas de prosciutto e higos de su plato y las puso en el suyo. Su marido tenía cuatro, eran enormes, como unos cojines harinosos, y estaban a la misma temperatura desagradable que el salón. Su marido se puso furioso, pero la furia de Kathy, como siempre, fue de mayor envergadura y menor ambigüedad. La mantuvo en las mismas alturas durante varias horas, hablando entre dientes y mirándolo despectivamente, todo el número. Además, le había entrado un dolor de barriga insoportable, no era descabellado pensar que podía desmayarse, había luna llena, pero su marido

ni siquiera era capaz de seguir el puntito azul en Google Maps, y se encorvaba sobre el móvil con la boca pasmada. Le odiaba, odiaba cualquier muestra de ternura o dependencia, quería mudarse a un cubito de hielo en un vaso largo de acqua frizzante. En fin, pudieron hacer las paces, después de desterrarlo al vestíbulo del hotel y sudar sola durante cuarenta y cinco minutos mientras examinaba el mundo a través de su bola de cristal: Twitter.

Ahora estaban volando e Italia era como una coliflor que se hinchaba a lo lejos, derramándose en la luminosa amplitud de un mar muy azul, con una cintilla verde junto a unas playas que parecían de cristal hirviendo. Un avión pequeño y blanco se movía raudo en un estrato distinto de aire. En el aeropuerto, Kathy se había convertido en una entendida en camisetas. Solo Me Gusta La Gente Positiva. Hola Cariño, Feliz Primavera. La mejor camiseta que había visto en su vida fue en el pasillo de precocinados de un Waitrose de Brighton: Bueno, no se va a chupar sola. Un chico brasileño se le había acercado allí mismo, con las manos temblorosas, todo el cuerpo temblando, y le había preguntado si quería acostarse con él. Kathy acababa de rodear a nado las ruinas del West Pier, despedía algún tipo de energía salvaje, una persona a la que su seguridad personal o los peligros emboscados le importaban una mierda. Todavía se acordaba de la sensación que tuvo al llegar a mar abierto, cómo la arrastraban y golpeaban las olas, la intuición de aquel enorme esqueleto de metal justo por debajo de la superficie, y las jácenas que sobresalían como dientes de tenedor. Debajo de ella, el mar. Debajo de ella, una cordillera con su propia armada de cremosas nubes.

A veces arrastro a mi amante a la sombra de un *sotoportego*, dentro de un oscuro *corte*, y le robo un abrazo voluptuoso. De vuelta en casa, de vuelta en Inglaterra, Kathy estaba leyendo sobre Venecia. También había leído un artículo humorístico sobre el maquillaje para vaginas y el principio y el final de un ensayo en la *London Review of Books* sobre unos jóvenes que habían escapado de Mosul. Nunca había visto a nadie tan asustado como aquel grupo de jóvenes que habían escapado de Mosul y esperaban a que las fuerzas iraquíes los interrogaran para comprobar que no fueran excombatientes de Estado Islámico. Dos hombres en edad militar entraron en una tienda para someterse al interrogatorio. Dos horas más tarde, se los llevaban ensangrentados al hospital del campamento en sendas camillas. Había en la actualidad, pensó Kathy, un problema en lo que respectaba a encontrarle el

sentido a las cosas. Siempre había sido un problema, pero antes el ángulo ciego era más grande. Hacía diez años, quizá incluso solo cinco, era posible no prestar atención a las atrocidades, creer que ese tipo de cosas sucedían siempre en otra parte, en un orden de la realidad distinto del tuyo. Ahora, quizá como consecuencia de internet, era como si el ángulo ciego se hubiera vuelto muy pequeño y se moviera de forma imprevisible como una canica. No podías confiar en él. Podías irte de vacaciones, pero sabías que a esa playa terminarían llegando cadáveres, si no hoy, entonces coincidiendo con tus vacaciones o después.

Las cosas que se tiran no desaparecen por arte de magia era un eslogan ecologista que Kathy había interiorizado hacía varias décadas, y por eso tenía que buscar casas para varias decenas de botellas, latas y botes de productos de limpieza casi vacíos que había acumulado en sus distintos armarios, pues consideraba que era mejor cumplir con su parte en lo que respectaba a la custodia de aquellos recipientes antes que tirarlos al vertedero en el que no tardarían en vivir todos.

Se estaba mudando de casa, finalmente y de forma inequívoca se iba a instalar con su marido. Hacía casi un año que estaba viviendo en la casa de él, más grande y considerablemente más deseable, pero había conservado la suya, primero por su anómala necesidad de disponer de escotillas de soledad/huida, y luego porque necesitaba un sitio donde poder tirarse a Sébastien. Ese picadero no debe de salirte barato, le había dicho Joseph cuando se lo contó todo en la avenida A. Estaban en el Yucca, una cafetería que les gustaba. Cada vez que volvía a Nueva York, bajaba por la avenida A muerta de miedo de que el Yucca hubiera chapado. De momento resistía, no como el Gracefully, el French Roast o el sauce delante de la del Ninth Street Espresso de la avenida C. Siempre se sentaban en la terraza, una vez les había increpado una bruja ucraniana, acontecimiento que Joseph nunca se cansaba de intentar transformar en una bendición. En fin, el sitio era agradable, los huevos rancheros les salían especialmente cremosos. Y Joseph tenía razón, el alquiler del picadero costaba un ojo de la cara y, una vez que el picador había hecho mutis, había llegado el momento de deshacerse del picadero.

Kathy había sacado todas las cosas que le gustaban de verdad y le sorprendió ver el escaso afecto que sentía ahora por aquel hogar tan querido en el que había vivido casi a largo plazo. Tiró varias cosas a una bolsa, tiró la

bolsa al cubo de la basura, sacó el cubo rodando a la calle. Esos trastos no eran curables, no los necesitaba, estaban rotos, eran insalvables. El seis por ciento de sus bienes ya había ido a parar a una de las tres tiendas solidarias, estaba soltando lastre y empezaba a sentir un poco esa euforia mareante que solía apoderarse de ella después de vomitar mucho. Se sentía immaculada, incluso. Despojada de calcetines desaparejados, botes viejos de quitaesmalte, bolsas de cristales de sosa que otros inquilinos habían abandonado. Los cristales de sosa estaban sin abrir. Recuperó las bolsas y las metió en el coche.

Un detalle curioso: empezó a oír voces. Ya le había pasado tres veces en algo así como seis días y era como si sintonizara con una frecuencia en la que se oía el susurro de una voz humana, justo por debajo del umbral de las palabras audibles, una especie de murmullo exaltado, un tono comunicativo y esquivo al mismo tiempo. Al final, la línea se cortaba. Le había pasado una vez estando tendida en su tumbona con la mujer del aumento de pecho detrás. En esa ocasión la voz le recordó a un sortilegio y no estaba desprovista de maldad. Por un instante, pensó que aquella mujer la estaba maldiciendo de verdad, antes de darse cuenta de que llevaba puestos unos auriculares y que quizá le llegaba el sonido. La vez siguiente, también en Italia, oyó fuera de toda duda a su marido murmurando algo y se despertó de golpe, descubriendo que no estaba en la habitación y que, en efecto, cuando lo interrogó después, había estado en la piscina. A veces la mente de Kathy se aceleraba más de la cuenta, era muy agradable y, casi siempre, el preludio de un ataque de migraña. No le preocupaban esas voces. Eran tan solo el acompañamiento indeseado a un cambio en su forma de vida, un ascensor auditivo que la llevaba a otro piso.

Llovía a mares, llovía como si alguien vaciara cubos de un líquido desconocido sobre la ciudad. Kathy lo empaquetó todo y corrió varias veces hasta el coche, cargando sus bienes. El cielo era verde y centelleaba. Yendo en coche a casa, su marido le dijo que cuando se mudó a un piso para el solo en los noventa, después del interminable final de su matrimonio, se quedó sentado varios días entre las cajas sin abrir, sintiéndose absolutamente deprimido. ¿Por qué?, preguntó ella, pero él no estaba seguro. El agua golpeaba con tanta fuerza el techo del coche que rebotaba hacia arriba, el aire estaba lleno de agua que se movía rápidamente en múltiples direcciones, provocando

pequeñas explosiones blancas.

Kathy estaba eufórica por poder dormir otra vez sola, le encantaba viajar a través de los sueños en su gran cama blanca. Nazco loca en el Barbican, escribe en su cuaderno, apoyado en el edredón. Estoy loca como una cabra. Podría llevar mejor mi doble vida sexual en San Francisco, etc. Sueña con cabañas, con un árbol que es el mundo que es su espalda.

Por la mañana, recibe la llamada de un jefe de ventas de una inmobiliaria. Le ofrece un piso en la Golden Estate Lañe de Londres, Inglaterra. Kathy mira las fotografías. Es un piso de un solo ambiente, en la que hay una cama de matrimonio, una silla amarilla, seguramente Eames, y un aparador G-Plan. Reflejado en el espejo, se ve un pequeño escritorio. Desde la cama, puede verse el Barbican, sus característicos balcones girados. Su arquitectura brutalista ha convertido la Golden Lañe en un símbolo por méritos propios, la informa el email, gracias a sus diseños sencillos, líneas depuradas y amplios ventanales. El complejo residencial fue bautizado en honor a la Golden Lañe, el callejón del oro, que se remonta al siglo XIII y dio su nombre a una calle en el solar original. Hay una litografía rosa de un carrito de la compra en una pared. Treinta metros cuadrados, revestimientos de terrazo y puertas correderas. Se plantea comprarlo.

Lo que quería hacer Kathy era escaparse. Mucho espacio de almacenamiento, acceso directo a cuatro de los aeropuertos internacionales de Londres. Cuando como todo el mundo fue anoréxica a principios de los 2,000, estaba llevando a cabo una ofensiva contra la gravedad, era la manzana que saldría disparada hacia el cielo, así de sencillo. Qué agradable dejar pasmados a los filósofos, estallar como un petardo en sus narices. Le gustaría que su historia desapareciera dejando agujeros tras de sí. No hay historia, escribe. Me estoy volviendo loca. Es un grito.

\*

Empezaba a dar la impresión de que el mundo estaba a punto de acabarse. Disfrutaba del agosto, leyó en una web que había abierto para leer la reseña de un libro: los conspiranoicos afirman que podría ser tu último mes en la Tierra. Debajo de la reseña, en una columna titulada «Lo más popular», había un titular en letras rojas: Una mujer comenta en directo su violación a través de Instagram. Una neoyorquina que estaba de viaje en Sudáfrica.

Había besado al hombre y luego había compartido una ducha caliente con él. Fue casi intuitivo, comentó la víctima a *Marie Claire*. Todavía estaba en el cuarto de baño, en la escena del crimen. Creo que ni siquiera me levanté del suelo. No podía parar de escribir en el móvil. Los hashtags de sus fotos de Instagram incluyen su nombre (dos veces), además de África, superviviente, humanitario y culpar-a-la-víctima. En una de las fiestas de cumpleaños de Joseph, casi nos peleamos por el número de veces que cada una había sido violada. A mí me han violado tres veces, dijo Gerry, y alguien respondió con dulzura: ya lo sabes, no hay dos sin tres. La primera vez que Kathy coincidió con Gerry, y de hecho también la segunda y la tercera, creyó que era una drag queen y en todo momento la trató de hombre. Fue justo al principio de la batalla por los pronombres, y Kathy se enfadó un poco porque Joseph no paraba de corregirla. Al final la verdad se impuso, aunque lo cierto es que Gerry era una sacerdotisa y estaba más allá de todo género, era la más veterana y deslumbrante *club kid* de la ciudad.

Pero lo más preocupante era Trump y Corea del Norte. La gente decía que no iba a pasar nada, pero como la gente, y por gente se refería a los expertos en la materia, no había sido capaz de predecir ni de lejos la escabechina del último año, dudaba de su fiabilidad. Decidió echar un vistazo a su Twitter para comprobarlo. Era peor de lo que esperaba. Estaba retuiteando noticias de la Fox New sobre cazas en la isla de Guam que podían entrar en combate esa misma noche, pero también se tomaba un tiempo para poner a parir al *FailingNewYorkTimes*. Mi primera orden como presidente fue renovar y modernizar nuestro arsenal nuclear. Ahora es más fuerte y poderoso que nunca antes

Esperamos no tener que utilizar nunca esta fuerza, pero ¡siempre seremos el país más poderoso del mundo! ¿Cuándo? ¿Cuándo había hecho eso? Echaba de menos a Obama. Todo el mundo echaba de menos a Obama. Echaba de menos tener la sensación de que el tiempo era algo serio y menguante, no le gustaba vivir en el presente permanente del id.

Dado que el mundo estaba a punto de acabarse, ¿debería estar haciendo algo más con su vida? Faltaban nueve días para la boda, iba a visitar el estudio de una artista que hacía unas esculturas de porcelana muy fructíferas y devastadoras a partir de cuerpos que se metamorfoseaban en flores y flores

que se metamorfoseaban en cuerpos. Le encantaban esas piezas, parecían osarios y también decoraciones de tartas caras, como nadadoras de sincronizada en el abismo de los condenados. Podía hacer eso o cualquier otra cosa, podía comer pollo en el cumpleaños de Lauren y enviar una reseña, podía proseguir con su pequeña y cultivada vida, recoger las dalias, poner espalderas a las que no se habían caído, daba igual lo que hiciera porque sabía que, fuera lo que fuese, no iba a durar mucho.

Kathy no era muy aficionada a las teorías de la conspiración. Aunque fuera bastante paranoica, no le gustaba adherirse a nada, pero aun así estaba bastante convencida de que alguien movía los hilos entre bambalinas. Alguien estaba enriqueciéndose con todo aquello, sabía que era así. La inseguridad alimentaria, la escasez de agua, el hundimiento de las instituciones, la gente pobre y desesperada, todo ello era una forma estupenda de ganar dinero fácil, de montar lo que Gary Indiana describió una vez como la montaña fecal freudiana. Angustiada, inquieta, con un dolorcillo constante en la rodilla izquierda, Kathy empezó a detallar las cosas que tenía sobre la mesa, un baúl de dormitorio que, al igual que el resto de la habitación, había sido de la exmujer de su marido, una escritora famosa que había muerto el año anterior. Crema para talones agrietados Flexitol, cartera Comme des Garçons, botella casi vacía de agua mineral verde comprada en Sainsbury's. Trampa para polillas, gafas de sol, taza para los bolis Pantone 7461, diez piedras, un anillo sin gracia que había comprado en un mercadillo hacía muchos años, quizá incluso diez. No había polillas en la trampa para polillas, solo una mosca pequeña. ¿Se morirían? Con toda seguridad. También estaba su móvil, un Nokia prehistórico que le había regalado su amigo Matt, y su diario, de color mostaza, que le había regalado su media hermana, Wendy, que trabajaba como representante de cómicos, pronto la harían socia de la agencia, muy exitosa ella. Quemaduras, ondas de choque, radiación, así funcionaba la cosa, luego, como es obvio, otras consecuencias secundarias como la violencia, o la falta de comida, o cualquier cosa completamente inesperada. Todo era tan complejo, era alucinante hasta qué punto podían soportarlo a diario. La ciudad entra en pánico, escribe Kathy. ¡Los terroristas van a tomar el control! Escribe las cosas más terribles que se le ocurren, se imagina a sí misma en un cuarto minúsculo y se deja violar y apalear, pero no logra atenuar su angustia, el mundo está tan triste, desaparece en un instante, en una nube de humo.

Quizá te estás muriendo y ya todo te da igual. No tienes nada más que decir. En la nada, en lo gris, las islas casi desaparecen bajo el agua. Está escribiendo el argumento de *Cayo Largo*, lo está haciendo lo más deprimente que puede, esbozando un paisaje para el fin del mundo. Todo trozo de carne, todo coño. ¿Se está volviendo repetitiva? Había cosas que antes podías hacer pero ahora ya no, faldas cortas, pero en forma de frases. Si le gustaban los tatuajes era porque le gustaba que las cosas se metieran por debajo de su piel y se quedaran allí. En realidad, era la única experiencia de permanencia que conocía. Oh, Kathy, nadie te quería. Oh, Kathy, ahora sí te quieren.

\*

Día 10 de agosto de 2,017. Llega a su antigua casa cuatro segundos antes que los de la mudanza. Día de mudanza, le grita una vecina a la que nunca había visto. No sabía que fueras a casarte. Dentro, le cuenta a un hombre que se llama Alan que hay que quitar la puerta de la cocina para poder bajar la cama a la calle.

Luego quita el candado de su bici, que no ha usado en un año y está cubierta de una gruesa capa de telarañas, y se marcha a pie.

Todo el mundo está en la calle. Un hombre que se llama Stan y lleva un sombrero de paja y un traje sucio la precede en la cola de la oficina de correos. Entra otro hombre. Hola Malcolm x muy buenos días hola Malcolm X Malcolm XXX. Envía un paquete a Italia, elige la segunda opción más barata. En casa, lo tienen todo cubierto con sábanas blancas. Todos toman café. Tienen los estores bajados. Es agosto pero parece otoño, luz oblicua, un olor a podredumbre y fruta madura. Es agradable, pero hace que se sienta mal, como si un montón de noticias viejas estuvieran revolviéndose bajo la superficie, regresando de forma inesperada. La memoria cae como lluvia fina sobre el deseo, el deseo infecta la memoria. En el piso de arriba, Kathy lee la bitácora de vuelo del capitán William «Deak» Parsons, quien lanzó la Little Boy sobre Hiroshima. 03:00 carga final de la bomba, 07:30 acciono interruptores rojos, 08:38 vuelo estabilizado a 32.700 pies, °9:15:3° lanzo bomba. Luego Kathy lee sobre Oppenheimer, luego sobre la hija de Oppenheimer, Toni. Después de su muerte, quiso ser traductora para Naciones Unidas, pero no le concedieron la acreditación de seguridad por el pasado de su padre y terminó quitándose la vida a la edad de treinta y dos años.

Aquí hay una historia, piensa Kathy nebulosamente. Pero podría tomar cualquier dirección, no se trataba solamente de la guerra, o de las mujeres en los márgenes, o de cómo se acumulan las consecuencias a medida que pasan los minutos, primero invisibles, luego invisibles, por fin devastadoras. Se trataba de la idea de permiso: quién lo concede, quién lo necesita. Un ejemplo, ¿deberíamos censurar las imágenes? ¿Y si son fotos malas tomadas por personas malas que no entendían las cosas? Quítales los pinceles, mételos en la cárcel, escarmienta a quien quiera ver su arte. Kathy había ido a ver un cuadro que había causado un gran escándalo. En mayo, había ido con PJ a la Bienal del museo Whitney, que esos días olía poderosamente a mortadela podrida.

El retrato de Emmett Till ni le gustó ni le dejó de gustar. Lo que sí la afectaba mucho era lo que le habían hecho a Emmett Till, pero no si alguien podía o no podía pintar algo, eso no. Los libros de Kathy habían sido prohibidos en Alemania y Sudáfrica, sabía por experiencia lo que era decir cosas tan asquerosas y repulsivas que a todo el mundo le daban arcadas, Kathy era como una drag queen muy amargada, con la pequeña diferencia — ¡¡¡sorpresa!!!— de que tenía un coño debajo del vestido.

Los mercados se estaban desplomando. Todo el mundo estaba de los nervios, incluso, y muy en especial, los operadores financieros. Corea del Norte amenazaba con bombardear la isla de Guam. Kathy sabía algo de Guam porque su amigo Gordon se había criado allí. Gordon, el único hombre al que le sentaba bien de verdad llevar boina, sexi, ceñido, como el tipo de revolucionario Beatnik que escribía poemas pero también sabía pelear con los puños. La cara de Trump con esos ojitos blancos y sudados. ¿Cómo había ocurrido todo esto? Unas ganas desmedidas, asquerosas, de acción, como en el episodio de la Boda Roja, solo que en el mundo real y a lo grande. El problema era que no parecía real. Le daba la sensación de que todo ocurría dentro de su ordenador. No miraba las noticias ni escuchaba la radio, de hecho había encarcelado la tele dentro de un armario que había fabricado a posta para eso. Si se alejaba un poco de su portátil, ¿qué encontraba? Un jardín, abedules, ese Malcolm XXX charlando en la cola. En cambio, vuelves sobre tus pasos: el Armagedón. Un pájaro se había posado en el abedul más alto. No alcanzaba a verlo con las gafas puestas, ni sin ellas. Cuarenta años, no parecían pocos en la historia de humanidad, pero de verdad habría preferido

que todo continuara funcionando como siempre, el agua del grifo, las ballenas de los océanos, la fruta y los edredones, todo el desfile suntuoso, le encantaba, gracias, ojalá que ese espectáculo no acabase nunca.

Pasaron dos días. Dormida, Kathy tuvo un potente orgasmo y se despertó en una mañana gris y decepcionante. Ahora vivía allí, en la casa de su marido; esa era la única cama que tenía; la real, la suya, estaba repartida en varias cajas en un guardamuebles perdido en Cambridgeshire. El día anterior, había abierto la puerta a tres muchachos rumanos, más bien niños, que le habían limpiado las ventanas hasta dejarlas impecables y le habían dejado las encimeras y el suelo de la cocina hechos unos zorros. Le deslizó un billete de cinco libras al mayor de los tres porque le pareció que le abrumaba la responsabilidad de formar a los otros dos en el uso de la escobilla de goma y el paño. La llamaban por teléfono cada dos por tres para decirle que casi habían terminado y ella volvía a su casa y se los encontraba sentados en el jardín, lavando piezas del horno, veinte minutos, veinte minutos. Al final tardaron cuatro horas y media y Kathy tuvo que fregar el suelo ella misma. Entonces, devolvió las llaves, entonces se paseó cabizbaja por la casa, bajo el peso de los recuerdos de lo que allí había vivido, sobre todo sexo, algunas fiestas, muchas noches aciagas sin dormir, la pasión con la que reparaba los radiadores. Sébastien siempre entraba por la puerta trasera, empujando su bicicleta, esto... hola, mmm, ¿nos tomamos un café? Me gustas, le había dicho ella una vez, después de terminar o incluso en plena faena, y él había empezado a mirar la habitación como un loco y gritó ¡Me gusta tu cama! ¡Me gusta tu habitación! Matthew en Año Nuevo, gritándole sin parar a Jonathan, varios meses seguidos, durante sus visitas matutinas. Kathy pensó durante años que alguien le había echado mal de ojo porque solo se le acercaban hombres esquivos, alérgicos al compromiso, distantes, mi supuesto novio, así llamaba a Stuart, pero ahora se daba cuenta de que era ella quien los había elegido a todos, que esos hombres eran un baluarte entre ella y cualquier tipo de exigencia emocional, porque esas exigencias no se le daban bien, no era hábil, sería una de esas mujeres que pasaban de su familia y prodigaban toda su atención al perro. Se sentía vacía. Se sentía vacía y moderadamente histérica, tenía el antojo de hacer algo, pero no sabía muy bien qué. Quería meterse en el coche y largarse a algún sitio entretenido e idealmente caluroso, todavía no estaba lista para irse a la cama. Escribió seis emails, tres por obligación, uno

impertinente, y luego se sintió un poco mareada. Relaciones humanas, ¿cómo? Nunca era sencillo saber cuánto acercarte, cuánto abrirte. Todos los castaños tenían hongos y se estaban poniendo marrones. Había uno directamente en su campo de visión, le hizo sentirse como si el verano ya hubiera terminado, como si la podredumbre ya hubiera llegado. Había regiones de celulitis en la parte superior de sus muslos, había visto estrías en lo que durante cuarenta años había sido un culo inmutablemente flaco, esto la estaba machacando, se sentía asfixiada. Había una línea de tren al final del jardín, ¿podía ser más rotundo todo? Se hallaba a mitad de la vida y viajaba al sur, viajaba a ninguna parte, atrapada entre estaciones como una locomotora averiada.

El caso es que Kathy estaba feliz. Era el mejor mes del mejor año de su vida, lo único que ocurría es que no era nada flemática, tal vez un poco melodramática, hundida hasta las rodillas en su propia ciclotimia. Ve al Homebase, compra un poco de pintura. Pinta tu cabaña. Así es vivir en propiedad, no hay nada más permanente. El fallo que cometía con harta frecuencia era leer las noticias en cuanto se despertaba. Un desfile nazi en Charlottesville, con su ración de antorchas y paramilitares armados, un email del *Guardian*, titular: Familia británica condenada por esclavizar a indigentes y discapacitados; subtítulo: Una banda de Lincolnshire obligó a un mínimo de dieciocho víctimas a trabajar por un escaso o nulo salario y a vivir en la miseria hasta veintiséis años. Le dieron náuseas. Ese tipo de noticias la hacían sentirse desplazada, lo desplazaban todo, cómo ibas a ser feliz conociendo esas tendencias de la humanidad, su talento para la crueldad. Guardacostas libios que ametrallaban a barcos de refugiados y los abordaban para vaciar los bolsillos de los ahogados, Kathy estaba harta, se sentó a su escritorio y escribió Hiroshima en el ordenador, la piel del dorso de sus manos estaba flácida como trozos de periódico mojado, escribió la mayoría de los cadáveres estaban boca abajo, desnudos, con la piel carbonizada, escribió hay unas bolas negras en la arena, escribió una niña intentó sacar leche de los pechos de su madre muerta. Quizá esta última era Kathy, la eterna huérfana, la pequeña menesterosa, pero también era el mundo, un lastre al que no se podía hacer oídos sordos, maldad en pequeños espacios privados y también a campo abierto, flagrante y majestuosa. Como aquello no tenía un final a la vista, bien podía consignarlo también al papel, lo único que quiero es una guerra sin cuartel, escribió con una floritura.

\*

Era mediodía, sábado, 12 de agosto de 2017, se preparó un baño y sacó un libro de la pequeña pila que había amontonado la semana anterior. Eligió un extenso ensayo de un novelista de Nueva Inglaterra, un pornógrafo dueño de una buena sintaxis, un vigoroso gramático. Trataba sobre otro novelista que le gustaba menos, era una fervorosa evaluación de sus frases y alma. Kathy voló a través de palabras como tenis, crema solar y adulterio. El ensayo solicitaba los servicios de Nabokov y Henry James. Entonces, el novelista de Nueva Inglaterra vertía una afirmación asombrosa. Decía que las únicas novelas que valían la pena las escribían hombres y mujeres gay, que son dueños y dueñas del cotarro, que van calles —¡bulevares enteros!— por delante de los demás. La *gaiety*, con ese vetusto término se refería a la comunidad homosexual, lo que permitía adivinar que quizá no conocía a muchos de sus representantes. Y, sin embargo, Kathy estaba de acuerdo. De qué trata una novela sino de cómo te folian.

Esa tarde, decidieron ella y su marido salir a dar un paseo. Fueron en coche al campo, que no era un sitio donde Kathy pasara demasiado tiempo. Caminaron por un sendero en silencio, comiendo zarzamoras que iban encontrando. Una polilla, dijo su marido. O quizá una mariposa. Vieron un coche aparcado en el límite de un sembrado. ¿Cómo había llegado allí? Una sábana o toalla de rayas tapaba las ventanillas. Kathy, que pensaba muy a menudo en el suicidio, se preguntó si los ocupantes del coche se habían quitado la vida, pero luego vieron que estaba vacío. Caminaron un poco más. Oyeron un disparo. Un ahuyentador de pájaros, dijo Kathy con confianza, y vio un pajarillo que aleteaba en el sembrado, convulsionaba y finalmente se quedaba quieto. Había un castillo de pacas de heno y dentro del mismo un hombre con una escopeta. Por eso odiaba Kathy el campo. Por encima de sus cabezas, nubes como globos de helio, como zepelines. Más adelante, otro hombre de negro, corpulento, llevaba de la mano una niña pequeña de larga melena rubia por un maizal. Todo parecía tan poco inocente, no debería haber ido.

En casa no fue mejor, fue peor. Vio el torrente de fotos que llegaban de Charlottesville, paramilitares armados, unos zumbados en ropa de camuflaje y armados con fusiles de asalto. Coreaban Que os jodan, Maricones, ondeaban

banderas nazi, empuñaban antorchas hawaianas para ahuyentar mosquitos que habían comprado en un Kmart, asquerosos rostros de horror pútridos, unos Estados Unidos con máscara de Halloween. ¿Por qué los hombres quieren darte siempre un puñetazo en los morros? ¿De qué iba eso? Las mujeres estaban en los laterales, iban vestidas con camisetas rojas en las que se leía libertad justo por encima de sus tetas. Banderas nazis, pero van en camiseta, qué cutre, pensó Kathy. Chaquetas de aviador y camisas de vestir, chinos con cinturón, pechos blancos llenos de granos. Kathy había empezado a escribir sobre los nazis en 1988, sabía lo que estaba viendo. Hagamos el esfuerzo de comunicarnos sin odio en nuestros corazones, tuiteó Melania o, no nos engañemos, su asistente cuando la cosa ya hacía horas que duraba. El titular del *Daily Progress*: Fuego y furia. Un coche atropelló a una multitud de contramanifestantes, IMÁGENES TERRIBLES retuiteó todo el mundo, una mujer muerta, diecinueve heridos.

Kathy estaba obsesionándose con los negacionistas del Holocausto, especialmente los más jóvenes, que se habían reinventado haciéndose llamar derecha alternativa. Visitaba asiduamente las páginas del *Daily Stormer* y seguía sus foros. El argumento principal parecía consistir en que no había suficientes cámaras de gas, suficientes fosas comunes. Usaban palabras como *calzonazos* y *ochavón*, *marica* también, por supuesto, les encantaban la testosterona y la raza blanca, les angustiaba que les reventaran las ventanillas del coche. Hacían chistes sobre gasear a los judíos, eran como unos niños imbéciles en la escuela, pero con la diferencia de que mataban a gente y estaban en el gobierno, no era un gran momento de nuestra historia, Kathy todavía no entendía cómo habían llegado a ese punto. Se decía que el Holocausto ocurrió en la década de 1940, leyó en una página web nazi, cuando tener acceso a la información era exactamente seis millones de veces más difícil que ahora. Además, todas las «pruebas» eran inaccesibles porque estaban al otro lado del Telón de Acero, así que nadie pudo investigar los lugares donde supuestamente había ocurrido hasta la década de 1990. Y continuaba en la misma línea, hablando de la inexistencia de las cámaras de gas, de la reconstrucción de las cámaras de gas, de la inexistencia de las fosas comunes o de pruebas —con un énfasis sarcástico en la idea de prueba— que fueran más allá de demostrar que unas pocas personas habían muerto de hambre y distintas enfermedades en esos campos de trabajo, que todo aquello

no era más que un *relato* que había sido *amañado*. Domingo por la mañana, 13 de agosto de 2017. Había gente en la Casa Blanca que se creía esa mierda. Sin duda Kathy estaba viviendo en unos tiempos interesantes.'

\*

Cinco días para la boda, cuatro días para la boda. Kathy se desunició de su marido y se subió a un tren con destino a Londres. Estaba atacada de los nervios, ya no recordaba cómo era eso de estar sola, curioso, porque no había mejor representante de la soledad femenina que ella, lo cual era a su vez también curioso, porque le costaba mucho verse a sí misma como una mujer. Un marica con tetas, estadísticamente improbable pero no inaudito, sobre todo en la era del desmantelamiento colectivo del género gracias a ese conglomerado empresarial llamado internet. Lo mejor del cáncer de pecho era la mastectomía doble, pódame las dos, había dicho Kathy, siempre las odié. Pelo rapado, flaca, plana, era un hermoso muchacho sin polla, un mustio Dorian Gray que acariciaba sus joyas. ¿Quién era la drag queen que había guardado un cadáver momificado en su estudio durante años? ¿Dorian Corey? El caso es que ninguna de las personas que le gustaban a Kathy tenía una identidad de género estable. Transicionar, le encantaba la palabra, con esa alusión a una emergencia constante y un punto de destino nulo. Kathy era indeterminada e hipersexuada, una crisálida caliente, de haber tenido polla, más te vale creer que habría sido perfecta, tan buena por lo menos como la de David Bowie.

En King's Cross cogió la línea de Picadilly hasta Holloway Road y caminó dirección norte. Paró en el Costa a comprarse un botellín de agua mineral y se metió por un callejón a la altura de Seven Sisters Road. La artista tenía un estudio sin ventanas. Su obra era muy pura y extraña, había inventado una técnica nueva que le permitía incorporar el movimiento. Juntaba sus esculturas de forma precaria para que, una vez dentro del horno, las piezas se cayeran, estallaran o en cualquier caso se desviaran del diseño previsto por su autora. Las nuevas piezas eran cinéticas y perturbadoras, contenían vísceras colgantes y trozos de bacon, cuero, testículos, una cabeza de asno, finos tobillos de mujer y pies descalzos de muñecas Barbie, pétalos, intestinos, túnicas y distintos órganos internos. No eran figurativas, pero todo el rato le

traían el recuerdo de cosas que había visto, reproducidas de forma exquisita en la tibieza de la porcelana. No había precedentes, quizá un parque que fuera al mismo tiempo una fosa común podría darte una idea más o menos precisa, o una especie de sopa corporal de la que pudiera surgir un mundo blanco en breve plazo. Así de aterradoras eran, así de generativas y toscamente bellas. Las piezas más nuevas tenían un componente que no había visto antes, algo que se parecía a la columna de un delfín muerto. Kathy no lo decía por decir, había visto la columna de un delfín muerto y esa forma aterradoramente dentada y contorsionada se lo recordaba.

Una vez concluida su misión en el estudio, borracha de té en bolsitas, Kathy volvió a King's Cross, donde había quedado con Jenny en el pub. Hablaron del matrimonio, de cómo llevarlo para que no te aplastara con todo su lastre. Creían tenerlo controlado, creían ver una forma de conservar su dignidad independencia autonomía estilo, pero ambas reconocieron que el resultado final era impredecible. Tarjetas con los nombres de los comensales, despedidas de soltero, toda esa mierda daba ganas de vomitar. Ese mismo día, alguien le había contado en algún sitio que algunas mujeres decían haber votado por Trump para no tener que trabajar, en serio, dijo Kathy yendo por la tercera cerveza, ¿no podríamos abolir de una puta vez a la gente y no solo el género? Creo que ya he tenido bastante.

De vuelta en casa, entró en Instagram, Rich desnudo y pálido en los refugios nucleares en ruinas de Orford Ness, los calabacines de alguien dispuestos e iluminados como si fueran un cuadro renacentista. A lo largo de esa mañana se había convertido en una experta en neonazis, se había familiarizado con los Oath Keepers y los 3 Percenters, supo que los polis estaban más chiflados y eran más racistas y malvados de lo que imaginaba, lo que dada su experiencia como vigilante de las actuaciones policiales, desde Rodney King y Michael Stewart hasta Philandro Castile y Eric Garner, solo podía significar que la policía era sumamente racista e injusta. Se había hecho tarde, Kathy estaba en su estudio, escuchaba el paso de los trenes y a un vecino o ladrón que arrastraba sacos de compost en su jardín. Luces rojas, luces blancas, ¿cuánto quieres acercarte al estado? ¿Te importa el estado? ¿Significa en realidad algo el estado para ti? Kathy era una progre de salón, una lerda más, pero también era una motera empedernida, una libertaria, amante del vive y deja de vivir, le importaba una mierda todo, la gente podía

arrancarse la cara los unos a los otros si eso era lo que les apetecía, lo único que era superior a sus fuerzas era un poli racista con pistola, quitarles la ropa y arrastrarlos por la calle como cochinos salvajes, ¿no sería lo mejor? Fuera, un hombre gritaba Abajo el Poder Abajo el Poder con voz resignada. Una nueva camaradería, una plaza verde como un prado en cuyo interior todos podamos ser amigos. Kathy estaba achispada, un poco grogui. Nada hay más difícil de ocultar que la esperanza de Kathy.

\*

Faltan ahora tres días para que se case. Su marido le envía una lista detallada con lo que pretende comprar y cocinar, a la que adjunta un documento de Word con los gastos de la casa, muchos de los cuales merecen una crítica inmediata de Kathy. Doscientas libras al mes por la electricidad, una locura. Virgin TV, se niega a pagar eso, ha sido una *refusenik* de la tele desde que tenía siete años, hay que mantener la compostura. Productos de limpieza, eso vale, Kathy ha entrado en una nueva era. La lista de platos y de la compra es más entrañable, cien por cien típica de su marido. La mañana de la boda, a las nueve y media exactamente, pretende ir al mercado a comprar ingredientes para la ensalada, romero, patatas, calabacines, y fresas (la coma inglesa, después de los calabacines, es cosa del marido) y preguntar si el pescadero abre el sábado. Encargar una lubina, escribe (si no, comprarla entonces). A las once, su marido preparará el aliño para la ensalada, a las 11:10 glaseará la tarta nupcial. Ella le ha insistido en que la compre hecha, pero él cree firmemente que es la única persona en condiciones de realizar esa tarea. Se casarán a las tres de la tarde, aunque eso no figura en la lista. El sábado, el primer día de su vida de casados propiamente dicha, él irá a recoger una pata de cordero y preparará un tiramisú. Estupendo. Kathy estará paseándose y quejándose, se olvidará de meter su plato en el lavavajillas, espíará a la gente por internet, volverá a colgar fotos. Todo el mundo necesita un trabajo, y ella entiende el suyo. 11:10, glasear tarta, qué cariño de hombre. Le ha cogido el gusto a tomar el sol desnudo en el jardín, en un rincón escondido que ella le ha preparado arrastrando varios muebles de jardín no del todo inservibles detrás de la caseta. Le gusta tumbarse allí, con su té y sus galletas, como un lord encima de su toalla de rayas azules que le sirve, según explica, para proteger su trasero pecoso de astillas y hormigas.

Esa noche, del 15 de agosto de 2017, Kathy y su marido fueron a una cena en un descapotable muy sucio. Conducía un viejo amigo de su marido, el tipo no paraba de preguntar dónde estaba el apartamento de Kathy, era un hombre de los años sesenta, orejudo y zancudo, la luz impactaba contra la mugre del parabrisas y casi no veía la carretera, dijo para explicar por qué no se reía de los chistes que contaba Kathy. La luz venía baja como una ola, como una ola rompiendo dorada, y por todas partes se alzaban polvaredas en la estela de las cosechadoras que trabajaban en los campos al caer la tarde. El hombre le estaba hablando de una cagada de pájaro color morado que había encontrado en el capó del coche. Zarzamoras, dijo Kathy. No, dijo él, cerezas. La cena era en una casa de un pueblo que Kathy ya conocía porque había pasado en coche varias veces con Sébastien, de camino a un pub con el que su examante se había obsesionado. El hombre en cuya casa se celebraba la cena era un cocinillas muy bien considerado e incluso bastante famoso, tenía un horno de leña y una cocina de acero de aspecto profesional. Había queso de cabra y tomates, un bol asimétrico lleno de navajas y almejas con unas pequeñas pinceladas de chorizo. Las almejas las había comprado en Selfridge's, después de una visita a la embajada rusa. Los vinos iban cambiando, Kathy ya estaba borracha, sonaba jazz a todo volumen, tenías que sujetar bien tu tenedor.

Pintada asada, salsa de pan, Kathy discutió con el orejudo sobre Trump. Todavía no ha hecho nada, insistía el hombre, y era como discutir con una avestruz sobre el cielo. Hablaron de excavar sótanos para construir bibliotecas, hablaron de revistas literarias, tomaron más copas de borgoña y, luego, de pronto, aparecieron más boles asimétricos, esta vez con melocotones asados y nata cuajada, Kathy se sentía jovial, incluso habría podido darle una palmada al cocinillas en el brazo. Su marido y ella estaban tan completamente borrachos cuando llegaron a casa, tan absolutamente saturados de alcohol, que se quedaron dormidos en la cama con toda la ropa y sin apagar las luces. Kathy se despertó a las dos y se desnudó como pudo. A las seis y media se levantó, subió por la escalera de camino a su estudio y rellenó varios formularios complicados de inmigración para el coordinador de profesores extranjeros no residentes de la universidad en la que Kathy iba a dar clases el siguiente semestre. Pronto iba a regresar a Estados Unidos, pero no se quedaría. Le llamó la atención algo que se movía. Un zorro de un brillante

pelaje anaranjado estaba escarbando en el jardín en busca de lombrices. Correteó hacia la casa y reapareció con un mirlo en la boca. Un breve forcejeo y el mirlo huyó a un matorral. El zorro pareció quedarse perplejo y luego se pasó un rato agitando el arbusto sobre sus patas traseras. Para entonces, su marido ya había aparecido, con una camiseta blanca arrugada y sin pantalones. Notó que tenía el cuerpo muy caliente y lo llevó de vuelta a la cama. Faltaban dos días. Cincuenta y tres horas.

Esa fue la mañana en la que los blancos por fin se dieron cuenta de que el presidente de Estados Unidos era un supremacista blanco, prácticamente lo había reconocido él mismo, el *Guardian* publicó una viñeta de la Casa Blanca con un capirote del Ku Klux Klan sobre el tejado. ¿Por qué se sorprendía la gente? ¿Habían estado sordos? Kathy leyó los mensajes de algunos foros de extrema izquierda, estaban histéricos con los alijos de armas encontrados en Charlottesville. Tengo que contaros algo que quizá no sepáis: en Ruanda, después del genocidio, se encontraron alijos de armas por todo el país. Lo que ocurrió no fue por la estatua de ese general confederado, sino un ensayo para la toma del poder en una ciudad pequeña por parte de un grupo de paramilitares. Lamento traerlo a colación esta noche, pero están trabajando con proyectos de mayor alcance. Por favor, no lo dudéis. No deis nada por sentado.

La gente había perdido la cabeza, pero eso no quería decir que estuvieran equivocados. Se había seccionado esa especie de cable que unía las acciones con sus consecuencias. Seguían ocurriendo cosas, pero no en un orden razonable, era difícil hablar de la verdad porque algunos fragmentos estaban escondidos —el resultado o quizá incluso la causa— y en cualquier caso el espacio entre causas y consecuencias estaba repleto de datos engañosos, estupideces y mentiras. Era mareante, perdías un montón de tiempo intentando aclararte. ¿En algún momento de la historia las decisiones se habían traducido en que ocurrieran unas cosas determinadas, de tal forma que luego pudieras informar sobre ellas? Lo recordaba, pero lejanamente. Mucho había cambiado en aquel año. La gente que estaba en contra de ese cambio solía ser cargante, pero eso no quería decir que no estuvieran en lo cierto. Los nazis, por ejemplo, asesinaron a muchísimas personas que habían dado la lata con el peligro estos representaban. Toda esa gente había dicho cosas inoportunas o paranoicas que terminaron resultando ciertas. Estaban muertos, como también

lo estaban los cínicos e irónicos, y la gente que no quiso comprometerse, la gente que luchó en las calles, y la gente que cerró sus puertas y dentro de sus casas prefirió conservar la cultura. Kathy no estaba segura de lo que haría si al final terminaba dándose esa situación. En su momento, había tenido su fase Black Bloc, se había abierto paso a codazos hasta la primera fila del combate, hombro con hombro con los chicos del pañuelo en la cara, con los lanzadores de ladrillos, pero luego decidió que los odiaba, que eran unos dogmáticos y unos bobos, que todo era un juego por ambas partes. Ahora no estaba tan segura. Dependerá de tu punto de vista. Dentro de una sinagoga o con un velo en un aeropuerto. ¿Qué coño había pasado? Por el rabillo del ojo ve dos libros. *Mother Country* y *Cruel Optimism*. Quizá debería leerlos.

\*

Los días son una escalera. La tarta nupcial está en dos mitades en la encimera de la cocina. Está aprendiendo sola a delinear unos ojos de gato, se ha comprado un *eyeliner* líquido, pero no tiene buen pulso. Quizá los ojos de gato son el reino de las jóvenes de cutis perfecto. En el espejo de aumento, sus ojos se pierden en las profundidades de unos surcos. Su cuerpo no es exactamente el cuerpo que le gustaría tener. Todo ha ido cuesta abajo desde la pubertad, su cuerpo real es el cuerpo de un andrógino de once años, larguirucho y flaco, diseñado para la velocidad. Se prueba su vestido de novia. Hay algo en el vestido que le recuerda a un dinosaurio, probablemente un estegosaurio, una especie de volante inútil. No es que los volantes de los vestidos hayan sido útiles alguna vez, pero este en concreto era excepcionalmente banal, como la vela dorsal de un dinosaurio. En fin, asunto cerrado: se iba a casar disfrazada de dinosaurio y con los ojos mal maquillados. La casa huele a café y paredes recién pintadas. El castaño enfermo es un pequeño incendio sobre el horizonte urbano. Suena la bocina de un tren. Veintinueve horas.

Soñó con Sébastien, soñó que él estaba en una playa con Tracey Emin, y luego soñó que le enseñaba una carta enfadada que le había escrito a otro hombre, a otro novio reacio, y solo después cayó en que Sébastien pensaría que ella tenía la costumbre de hacer ese tipo de cosas, que se le daban especialmente bien. Lo cual era cierto, claro. El día anterior, volviendo en coche de un supermercado Waitrose, le había gritado a su marido, tal como

suena, le había gritado, un ruido sin palabras, Kathy estaba tan cabreada y disgustada que no había lengua que pudiera expresarlo, ¿cuál fue el motivo? Te odio, eres un estúpido, le decía una y otra vez, cuando ninguna de las dos cosas era ni remotamente cierta. Su marido era el hombre más inteligente, agradable y encantador que había conocido, pero Kathy era como un animal salvaje, no sabía qué hacer con el amor, lo vivía como una invasión, un preludio de la pérdida y el dolor, no tenía ni idea de cómo encararlo. Todo el día estuvo preocupada por si a él le daba un infarto, como a la esposa de Hemingway, Pauline, quien murió después de una bronca por teléfono, años después de que se divorciaran. ¿Por qué no podía ser tranquila como el agua? Quiero matarte, eso le había dicho, y le había dolido la garganta toda la tarde. El no soportaba los gritos, no soportaba los ruidos imprevistos, si se caía un tenedor al suelo se crispaba, si se le rompía un vaso, se sentía mal todo el día. No era exactamente que fuera frágil, sencillamente era transparente, y transparentes eran el dolor y el miedo cuando le vencían, y entonces se replegaba sobre sí mismo como una estrella de mar, como una anémona de mar. Kathy había contraído esa responsabilidad, estaba a punto de comprometerse a cuidar de él, a firmar literalmente ese contrato de su puño y letra y viceversa. Por favor, Kathy, hazlo bien. También soñó con una casa señorial, una pila de telas de seda y lino en un jardín, rosa roto y beis. Había cuatro urracas en el abedul, las mismas cuatro urracas que se habían pasado toda la semana a la greña. La probabilidad de lluvia era de un treinta por ciento, el jardín estaba impecable. Cuatro urracas y un cuervo, visiblemente irritados.

Todo iba bien, todo iba bien. En Twitter escribió Mi ineludible paranoia, tu amor por el yogur, parafraseando a Frank O'Hara. Lo dijo como una confesión. Crees que te conoces del derecho y del revés cuando vives sola, pero no es verdad, crees que eres una persona tranquila, despreocupada, o en el peor de los casos melancólica, pero no te das cuenta de lo irascible que eres, de hasta qué punto cualquier nimiedad, que se dirijan a ti o te toquen de una forma que no te gusta, la falta de prontitud en responder a una pregunta, una expresión particular en el rostro, te provocarán un patatús, porque en realidad no eres una persona relajada, porque no has aprendido a limar tus asperezas, a hacer sitio para los demás. Eres una egoísta, una rígida y una reconcentrada, eres como un recién nacido. Kathy se ha despertado con un

remolino en el pelo, Kathy está básicamente desnuda, Kathy se casa en siete horas y media.

# NADAR EN EL AIRE

FUE como si hubiera pasado un año entero en un solo día. 18 de agosto de 2017. Primero, el perro de Mary fue atacado y hubo que llevarlo a urgencias, luego hubo un accidente en la A14. Todo el mundo llegaba tarde, era insoportable, estaba muy nerviosa, su cuerpo se había convertido en un territorio inhóspito del que no podía escapar por más que lo intentara. Respiró en varios sitios. Eso dicen que hay que hacer, respirar. El perro se había hecho un desgarrón en la piel del costado, justo donde la pata se unía al resto del cuerpo, era una herida fea, se recuperaría, pero ahora mismo estaba asustado y dolorido, y lo iban a someter a anestesia general. Kathy quería a ese perro, de hecho era su persona favorita más o menos. Quería que fuera testigo de su boda, aunque estuviera encerrado en el maletero de un coche y no pudiera presenciar la ceremonia. En fin, se perfiló los ojos con rayas negras que le ensuciaron el borde del párpado. En fin, hubo truenos, relámpagos, un chaparrón bíblico. En fin, puso hojas de avellano alrededor de una fuente de porcelana que había sido de Doris Lessing. Glasearon juntos la tarta, discutiendo. Adornaron el glaseado con fresas, Kathy era competitiva incluso en el día de su boda.

Llevaba un abrigo naranja y gafas de sol, no iba a llover, hay que joderse. Sandalias de color lima. Su marido vestía un traje de mil rayas, también iba con gafas de sol, estaban elegantes, bien recortados contra el cielo. Estaban estresados y entonces, de repente, en el aparcamiento, rodeados de coches, se pusieron eufóricos. SIN SALIDA, decía en grandes letras blancas, pero les dio igual, les encantó, si se encontraban allí era precisamente porque buscaban

permanencia, no querían ninguna salida. Kathy se había olvidado el ramo, su amiga Al dijo que iría a buscar uno y así lo hizo, desapareció diez minutos y regresó con diez rosas pequeñas, de un rosa cremoso, atadas con una paja, a saber de dónde las había sacado. Entre tanto, habían pedido que les hicieran unas fotos de carné, solo para meterse de lleno en el rollo burocrático, salieron machacados, gordos y un poco piripis. Había una campana con un cartelito pegado con celo encima en el que se leía CAMPANA, todos se estaban poniendo un poco histéricos, nunca era una buena idea meter a Kathy y Sarah en una misma habitación, iban a reírse a carcajadas durante años. Y entonces salieron, desfilando al son de Maria Callas, sí quiero, y prometo, y miraos, y renunciaré a todos los demás, hasta la muerte. En realidad era un matrimonio más bien abierto, pero sí, lo pensaba de verdad. No había hombre en la Tierra más majo que su marido.

Estuvieron un buen rato fingiendo firmar en un libro con una pluma que no tenía tinta, Kathy no entendía por qué. Luego firmaron de verdad y terminaron. Su marido salió bailando por la puerta, un cruce entre un cancan y una gavota. Bebieron Le Mesnil, se tomaron muy en serio el asunto de la tarta, volvió a llover, el timbre de la casa no paró de sonar, se amontonaron flores rosadas y flores blancas, el suelo se llenó de plantas mojadas y paraguas, comieron melón y pollo, Al tuvo un pastel especial para ella sola. El perro sobrevivió a la cirugía, eso estuvo bien. Los gatos de Sarah también habían estado en la guerra, sobre todo Helix, que por lo visto llevaba semanas con una larga brizna de hierba metida en la nariz. En las pausas entre tormentas, Kathy y Leo salieron al jardín y hablaron del pedófilo, al que parecía que no iban a despedir, o ni siquiera eso, porque le habían dado un chollo de trabajo. Leo estaba cabreado, ella estaba cabreada. Una vez dentro, comiendo más tarta, alguien gritó que Steve Bannon había dimitido. Todos miraron sus móviles. Bruce Forsyth también había muerto, era más viejo que Ana Frank, pero la noticia principal era Bannon. Había dimitido hacía nada, nadie sabía por qué exactamente, estupendo regalo de boda, murmuró Kathy a nadie en particular. Las estatuas confederadas iban cayendo de una en una, a menudo de noche, los alcaldes daban la orden y las derribaban de sus pedestales. Quizá necesitamos un monumento que enumere los nombres de todos los esclavos que podamos identificar, en la tradición del Memorial a la Guerra de Vietnam, dijo la otra Sarah en Twitter. Todo se estaba caldeando, todo se aceleraba por momentos.

A las ocho y media se durmió en el sofá, iba a amar y a honrar, por doquier, indiscriminadamente, esos serían sus lemas a partir de ahora.

Inauguraron su vida de casados acostados en la cama, como de costumbre. Kathy había desconectado, su marido estaba con el móvil. Hablaba sin parar, en parte con ella, en parte para hacerse compañía verbal. Startup-grind ha empezado a seguirme, me pregunto por qué. Se indignó mansamente porque una revista académica había censurado parte de sus contenidos para sus lectores chinos, eso está fatal, dijo, y leyó en voz alta casi todo el artículo del *Guardian* sobre la noticia. Parecía conocer a todos los implicados. Luego encontró el catálogo de una subasta y se quedó enganchado. Cajitas para guardar cosas, objetos de plata, qué más da. Una cafetera de alpaca, no gracias. Lote número 6. Vamos a ver... Oh, creo que es un Julia Ball de la primera época, sí lo es, ¡mira, un Julia Ball de la primera época! En realidad no había nada en el catálogo que les gustara, las piezas no eran de su estilo, paisajes deprimentes del diecinueve y litografías de gallos jóvenes. Su marido salió en coche a comprarle el desayuno, ella sacó las confituras para los dos, ciruela y albaricoque, era una mañana de sábado, se sentían más reales, más legítimos, habían hecho un trueque, habían intercambiado sus territorios, y ahora el territorio parecía mejor y más luminoso, más espacioso. Él estaba en su casa, la conocía bien, pero para ella todo era nuevo, se había sentido incómoda varias semanas, como en un transatlántico, pero ahora por fin estaba allí y le encantaba, de verdad que sí.

No hicieron viaje de novios, en eso metieron la pata. En parte por culpa del perro herido terminaron en varias casas de Suffolk o viajando entre esas casas con el equipaje en el maletero, en una creciente confusión de CD, mapas y catálogos de subastas en el hueco del asiento delantero. Vieron un desfile, tomaron el té, dieron cortos paseos, comieron carne asada. Fueron a una subasta rural que tenía fama en la zona, se pasearon por varias salas repletas de muebles destrozados, cortacéspedes, litografías mohosas, jarrones de porcelana y butacas hundidas, estornudando a casa paso. Ella quiso comprar un tigre de cerámica, él se negó. Objetos en circulación, bienes de mercadillo o de desván, arrastrándose miserablemente entre vidas. Se marcharon antes de que empezaran las pujas.

Esa noche, 2,1 de agosto de 2017, la pasaron en la casa de campo de una amiga. Les dieron centollo para cenar pero no los útiles para comerlo. Lara se

esfumó y regresó con una caja de herramientas de Ikea color naranja y un martillo de carpintero. Se turnaron con el martillo para romper los centollos. Kathy buscó en Google cómo se comía ese cangrejo e informó tras sus pesquisas de las partes que había que evitar. Estaban borrachos. Las branquias se parecían a los dedos de un muerto. Por lo visto, los cangrejos ya no son venenosos o, evidentemente, nunca lo han sido, pero de todos modos no se fiaba. Puso las pinzas sobre la mesa y las golpeó fuerte. Era genial, le habría gustado reventar muchas otras cosas. Golpeó el caparazón con todas sus fuerzas. No pasó nada. Volvió a darle. Apareció una red de grietas. Tiró de él con los dedos, arrancando pedacitos de carne blanca.

Las cosechadoras trabajaban toda la noche en los campos. Cuando se despertó al amanecer, las espigas grisáceas habían desaparecido y solo quedaban los rastrojos dorados, ordenados en relucientes líneas. Caminar esa tarde fue como nadar, el aire tenía la calidez de la sangre, las manzanas caían sobre una tierra que nadie atendía. Cuando pasaba la cosechadora, escupía la cascarilla infatigablemente, levantando una espesa polvareda que avanzaba por el aire como si fuera humo de leña. El gozne del año, recogiendo zarzamoras, sin saber qué dirección tomar. Hablaron de Creta, quizá un avión a La Canea, quizá un autobús, o un taxi. Querían prolongarlo, no querían que llegara septiembre, habían visto un agujerito en el cielo, no el eclipse, sino otro, pero no habían reaccionado a tiempo y ahora, tristemente, todo volvía a la normalidad. Que era qué, jugar con las palabras y ya está, hablar y ya está, desayunar cereales y ya está, lo mismo cada día. Estaba aburrida, quería novedades y calor, quería desengancharse.

Circulaba una foto de Trump mirando directamente al sol, momentos antes o momentos después del eclipse. No había nada en ese hombre que le gustara, pero sí entendía por qué podía apetecerle a alguien mirar al sol a los ojos. Si alguien se atrevía a llamarla con el apellido de su marido le daría un puñetazo. Nada había cambiado. Nada había cambiado. Soñó que abandonaba algo, soñó que tenía las llaves de un apartamento que no era suyo, no paraba de pedir perdón. Era demasiado rápido y demasiado lento a la vez, y el sol bajo proyectaba afiladas sombras detrás de cada terrón levantado del campo. El matrimonio no había resuelto nada, si por nada te referías a la propia Kathy, *dukha* básico, la insatisfactoria naturaleza de la existencia, no había parado el tiempo, todo seguía avanzando en torno a ella. Me gusta mirarte los pechos, le

dijo su marido, y ella no le había vuelto a dirigir la palabra en todo el viaje de vuelta.

Ya en su estudio, se pasó varias horas sopesando las ventajas comparadas entre viajar en avión de Washington a Nueva York o hacerlo en tren, y luego sondeando distintos Airbnb en el East Village. El que eligió estaba a una sola calle de su antiguo apartamento, donde había vivido largos años en zarrapastroso esplendor. La bañera estaba en la cocina, siempre había la leve posibilidad de un escape de gas, internet nunca funcionaba, los vecinos eran odiosos, dormía en un canapé, se pasaba largas horas de su vida tirada allí como un cadáver, mirando el techo y apuntando los elementos constituyentes de sus sueños. Tres cuartas partes de esos vagabundos son negros o puertorriqueños. El hormigón huele a meados mucho más que las calles vecinas. Dijo en un ensayo que aquello era San Petersburgo, pero nunca había estado en San Petersburgo, era Nueva York, eran las 14 × 6 calles que recientemente habían rebautizado con el nombre de Alphabet City.

Ahora, sentada en su sofá, escribió: ¿Cómo empezó América? Para derrotar a América tenía que averiguar primero quién era América. Escribió: Trump, un factor minúsculo en la naturaleza, ya no existía. Escribió: ¿Cuáles son los mitos originales de América? Estaba empezando a emocionarse. Escribió: el afán de intolerancia religiosa creó América o a la Libertad. Alguien estaba aporreando la puerta. El martillo, reventando el caparazón del centollo. Que la abrieran con las manos, eso era lo que quería, pero que lo hicieran según sus términos y dentro de unos límites acordados de antemano. Había reglas, ella las había cambiado. Me encantan tus patas de rata, le dijo a su marido, y puso una almohada entre ambos.

El día siguiente, por puro capricho, se cortó el pelo delante del espejo del cuarto de baño, trasquilándose al azar. Un corte a lo chico, algo a medio camino entre Carlos y Diana, quien en una de las fotos reproducidas en todas partes esa semana parecía un colegial, claramente marica, el más guapo del curso, con un perfil romano, ojos grandes y párpados caídos, no muy lejos de Cary Elwes en *Another Country*. A Kathy le gustaba Diana, le gustaba el histerismo y también el estoicismo, le gustaba imaginársela rondando por el palacio de Kensington con el teléfono en la mano, pasando con cuidado por encima del cable, tal vez con una copa de Chardonnay en la otra mano. Hablando con Freddie Mercury, querido, estoy tan aburrida que ni te imaginas,

pásate, vale, ya voy yo. Convertirlo en una obra de teatro, pero no en plan María Antonieta, nada de pintarla como una niña tan mimada como decían, solo necesitada, dolida e incontrolable. Cuando decidió filtrar su historia, Diana no entendía que el libro no pudiera publicarse al día siguiente, mira qué curioso, aunque también es comprensible, pensó Kathy, quien había despotricado más de una vez contra los plazos de publicación en el mundo editorial. Gente ansiosa, vomitando merengue en el váter de palacio, ¿cómo no iba a gustar el libro? Era desmitificador y quizá por eso todo el país perdió la cabeza cuando Diana murió. Por lo que a Kathy respectaba, ella se había colocado con heroína ese día, después de comprar una imprudente bolsita de *speed* adulterado, pero aun así recordaba la sensación de fiebre, estar empapada de un sudor caliente, todo el mundo aturdido e imprudente, un pasmo general, todos con mala cara. No hacía mucho, Kathy había caminado alrededor del memorial a Diana con un poeta que conocía, no a propósito, simplemente terminaron allí por casualidad, y a ambos les sorprendió ver lo resbaladizo y letal que parecía el suelo teniendo en cuenta la cantidad de niños pequeños que corrían hábilmente por los canales. Más tarde, o quizá fue antes, fueron a nadar al lago Serpentine, una novedad para ambos. El agua era negra y se componía en gran medida de mierda de pato. El poeta dijo ahora voy a ser un chico de verdad y se alejó de ella marcándose un crol muy aparente. Ella miró los edificios, grises en el horizonte de la ciudad, triste y vieja Londres, deslucidos bajo el manto de polen de plátano en suspensión. No había duchas. Le dio igual, se las arregló con un lavamanos, pero al poeta, que más tarde tenía una cita, sí que le importó. Era posible que Kathy se hubiera cortado un lado del pelo más que el otro. Aquello tampoco la preocupaba demasiado, a veces se preguntaba cuándo afloraría por fin su yo más refinado, elegante y capaz, inmaculadamente arreglada, era una mujer bastante tranquila, muy viajada, con el tiempo vas adquiriendo una pátina, pero aun así, lo que se dice arreglada, no iba.

Algo que decía mucho la gente ese año, y sobre todo el año anterior: tal o cual persona olía a basura quemada. Y también: quiero quemarlo todo; a veces reducido a: quemarlo todo. La gente se quejaba de Pepe, la rana de la derecha alternativa, pero a Kathy le parecía que en ambos extremos se manifestaba un impulso destructivo. Había temas más constructivos a los que dedicar tu tiempo. Seguía mu/ metida en su fase de investigación de la derecha. Había

pasado esa mañana, 23 de agosto de 2,017, leyendo un reportaje sobre Dylann Roof, un supremacista blanco con el pelo cortado a lo paje que había masacrado a nueve afroamericanos en su iglesia. Parecía un imbécil descerebrado, como si el odio hubiera arraigado simplemente en terreno abonado, aunque por supuesto aquello de simple no tenía nada. La autora del reportaje había ido a una antigua hacienda esclavista que Roof había visitado antes de los asesinatos. Me acerqué a las figuras que pretendían representar a los negros en su más profundo oprobio, escribía la autora, y me fijé en que no había figuras que pretendieran representar a los amos o amas de la plantación. Acompañaba el artículo una foto de Roof quemando la bandera de Estados Unidos en una camiseta de tirantes Gold's Gym y unos vaqueros lavados a la piedra. ¿Qué clase de república quería esa gente? Una donde nadie pudiera ser distinto y, por tanto, nadie quedara al margen. Venga ya, zorra, ¿de verdad eres tan estúpida? Una república por la que mereciera la pena quemar a once millones de inmigrantes ilegales, como Kathy le había oído decir a un líder del Ku Klux Klan en televisión esa misma mañana. Querían una tierra de leche y miel, el lote bíblico al completo, y también los ríos de sangre y las ciudades ardiendo, la calle de los esclavos a pleno rendimiento otra vez, reanimar a esas miserables figuras de cera que adornaban la plantación. Era como vivir en un cuadro de Philip Guston, era así de estúpido y despreciable, así de infantil, manchas de sangre sobre túnicas blancas, los buenos muchachos de toda la vida haciendo la ronda de noche, armados con bastones, luego un montón de zapatos y chaquetas, y sabes exactamente dónde han terminado sus dueños.

¿Quién es alguien ahora mismo? Un amigo les había ofrecido pintarles un retrato como regalo de boda, dijeron por supuesto que sí. Fueron al primer posado, dos sillas, la gran pregunta fue a qué distancia colocarlas la una de la otra. Kathy estaba totalmente a favor de separarlas, pero el artista aconsejó un hueco pequeño. Les sacó muchas fotos, unas de cerca, otras no tanto. Es una gran responsabilidad, dijo, me va a llevar mucho tiempo. ¿Estáis seguros de que queréis hacerlo? Lo estaban. Kathy había posado bastante, en realidad mucho, a veces vestida, más a menudo desnuda. Su marido estaba menos acostumbrado, aunque siendo sinceros se le daba mucho mejor que a ella quedarse quieto en una silla. La habitación era blanca, con un ventanal al fondo y estantes repletos de botes de pigmentos comprados en Roma por dos

mil liras, una libra al cambio, la pieza, en los años noventa. Le parecieron preciosos, también le gustó el suelo lleno de polvo y ofrecerse a la lente de la cámara. Era exactamente lo que decía Warhol, todo el mundo quiere sus quince minutos de pura atención, el ojo serio e inflexible de la cámara. No tenía ningún interés en poner caras bonitas. Sencillamente, miraba a la cámara, con honestidad y sin seducirla. Tenéis los mismos ojos, dijo David, y sacó otra imagen.

En algún momento, Kathy había leído un ensayo que comparaba los excesos sexuales de las novelas del Marqués de Sade con la vida en una oficina. En ambos mundos, se perseguía la apatía, la jerarquía, la repetición, una burocracia infinita. El artículo comparaba a los libertinos de *Las 120 jornadas de Sodoma* con un consejo de administración, los niños con los becarios y también, de forma bastante atrevida, con el papel A4 multiusos, sin ácidos, en el que el discurso del entorno laboral se inscribe sin piedad. A Kathy le gustó ese «sin piedad». Esa noche el ensayo le provocó un sueño desagradable de zurullos flotando en el agua de una bañera. No es bueno leer sobre coprofilia antes de acostarse, esa era una posible explicación, pero Kathy se sentía en cierto modo sucia o manchada. Bebía demasiado, hacía semanas que no iba al gimnasio, básicamente vivía en el sofá, encorvada y casi sin respirar. Necesitaba aire limpio, verduras, despreciaba el confort, había demasiados pasteles y radiadores en su vida. Dios, el tiempo se le acumulaba en michelines alrededor de la barriga. Tenía la sensación de ir corriendo \$ la zaga de calendarios y compromisos con un cazamariposas, sin conseguir que nada cuajara. Era un par de ojos que se atiborraban mirando las páginas web de hoteles y líneas aéreas, así había transcurrido su semana, a eso se limitaba su horizonte. Hasta que se cansó y compró un billete que salía demasiado temprano, sin tener en cuenta los horarios de facturación, ni el jet-lag, ni el reloj de su cuerpo y toda su experiencia moviendo maletas y cuerpos por el mundo que había asimilado concienzudamente a lo largo de las dos décadas anteriores. Ni siquiera consiguió encontrar un piso realquilado, no quería ir, no quería compartir cuarto de baño, ni ducha con bañera, ni la luz fría y cristalina, ni los espejos. Odiaba viajar, odiaba el pelo crespo y no acertar con el jersey. Estaba en el filo del abismo, temblaba en un trampolín, prefiero no hacerlo, necesito irme.

En veinticuatro horas lo tuvo todo resuelto, vuelos, hoteles, alquileres,

toda la pesca. Siempre era así, abominable, imposible y, de pronto, todo resuelto, sin que valiera la pena pararse a pensarlo. Kathy escribió mails a sus amigos, Matt + Cari + Larry + Alex. Mi sala de estar es tu sala de estar, respondió Larry. Vivía en la avenida C con la calle 9, Kathy estaba enamorada de su sofá. Ella y Karl expresaron su imborrable tristeza e inquietud por Sinéad O'Connor, quien estaba pasando una mala época tal y como quedaba documentado públicamente en vídeos de You-Tube que ninguno de los dos podía soportar ver. Pobre y preciosa Sinéad. Kathy prefirió poner «Nothing Compares 2, U» y contempló asombrada aquella cara de monaguillo. Estaba de resaca, había vuelto a pasarse con el alcohol otra vez, pero esa fase del verano por fin había quedado atrás, coincidieron ambos mientras desayunaban, 25 de agosto de 2,017, enfrentándose dolorosamente al destrozo de la noche anterior, los huesos del pollo en un charco de grasa cuajada, los restos mustios de la ensalada, las trece copas con posos de coñac y vino tinto. Trece, dijo su marido. No tendrían que ser trece, y con gesto triunfante sacó una copa römer sin usar del conjunto. Ahora serían abstemios, desde ese día en adelante rechazarían todas las variedades de alcohol, especialmente el vino, e incluso el champán. Durante una semana por lo menos estarían sobrios, sus hígados encogerían, dejarían de ser tan biliosos, gruñones y gordos. Kathy había engordado un quilo y medio ese verano, puro beber y no ir a clase de yoga, le escribió un email exaltado a su monitor suplicándole reincorporarse. Gente nueva, casada, torneada, reluciente, eterna.

Decidieron aplicarse su nueva ordenanza obligándose a no quedar con nadie durante un día. Llegó la mesa nueva, eso la puso contenta, se quedaron sentados en el sofá esperándola como quien espera en la cola del cine. Luego tuvieron todo el jaleo de colocar las cosas encima de la mesa y quitarlas, cambiarlas de posición ligerísimamente, reorientarlas, consiguiendo que todo encajara perfectamente para luego pasar suavemente la mano por encima de las cosas de forma que no quedaran demasiado perfectas. Después de comer, se retiraron al rincón secreto de su jardín y se quitaron la ropa. Kathy tenía tres libros y un catálogo de Basquiat; su marido se echó la siesta en una tumbona mientras ella iba pasando las páginas. A las tres, se comieron un helado de chocolate y celebraron su primera semana de casados con unos nuevos votos: prometo fregar más; prometo ser menos capullo.

Hacía calor, un tiempo espléndido, había varias mariposas ebrias y una

libélula que su marido alabó como en él era costumbre. Se habían despellejado el uno al otro hablando y ahora necesitaban recargar las baterías con los rayos del sol y el olor primario de la yerba y la tierra. Era ya casi otoño, sin duda, la inclinación de la luz, ese olor maravilloso a fruta madura, podrida. Ciruelas, zarzamoras y las primeras hojas caídas. Los pececillos que habían aparecido de la nada eran un poco más grandes, todos negros salvo uno, que seguramente era una carpa de estanque, con manchurrónes naranja y unos morritos salidos. Muchas rosas. ¿Era posible echar algo de menos? Tenían agua con gas, no tenían nada de frío en sus vestidos de piel, un par de animales, vacas incluso, a los que les bastaba con no alejarse mucho el uno del otro, en el mismo campo. Dejemos que no pase nada, solo un ratito, dejemos que los minutos repiquen en el aire deslumbrante, quedémonos acostados en nuestras camas como dos astronautas, lanzados a través del espacio y el tiempo. Kathy cerró los ojos. Por una vez soltó liberó su angustia.

# TÚ NO

INTENTABA recordar los años ochenta, 1987 en concreto. ¿Qué sabía la gente? ¿Qué ignoraba? Ese era el problema de la historia, era muy fácil describir el decorado y al mismo tiempo olvidar las actitudes mentales, la forma en que te convertiste en una persona distinta según el conocimiento disponible en aquel momento, qué experiencias eran novedosas y cuáles no habían surgido todavía en un marco personal o global. El sida, en concreto, un tema con el que Kathy estaba familiarizada como cualquiera que hubiera vivido en el epicentro del epicentro de la epidemia antes de la aparición de los tratamientos combinados, es decir, el East Village de Nueva York. Se acuerda de las clínicas de salud sexual, las sillas marrones de plástico, los letreros en inglés traducidos al español, se acuerda de la gente muriéndose en la calle, vomitando los medicamentos o luciendo las manchas púrpuras del sarcoma de Kaposi, amigos que se empolvaban las mejillas, amigos demacrados, amigos que intentaban encajar en sus vidas los horarios de su medicación, funeral manifestación funeral manifestación. Lo que no recordaba era qué sabía exactamente la gente en 1988 que no supiera en 1987. Intentaba reconstruir las actitudes mentales, comprender los niveles ambientales de prejuicios y miedo. ¿Warhol murió ese año? ¿Y Liberace? Y si no hubiera estado allí, y si hubiera sido, pongamos, un chico inglés heterosexual, ¿qué pensamientos, impresiones, ideas tendría ahora sobre el mundo?

Era incomputable, pertenecía a reino de la novela, todo ese aparato de conjeturas y suposiciones, con el que Kathy quería tener el menor comercio posible. Escribía ficción, claro, pero la poblaba de lo ya existente, lo

preenvasado y precocinado. Era en muchos aspectos la hija de Warhol, por lo menos la sobrina, una saqueadora de tumbas, una bandida, feliz de saquear cualquier cosa que necesitara, pero también implicada moralmente en la causa: que no había ninguna necesidad de inventar nada, porque podías elaborar cualquier cosa a partir del rebosante yacimiento de lo ya hecho, de lo nada nuevo, como dijo Beckett, y era económico y también elegante servirse del cajón de sastre de lo actual.

Necesitaba más soledad de la que ahora tenía, ya le estaba dando problemas. Soñaba constantemente que se equivocaba de casa, que aparecía en un apartamento viejo, lleno de muebles extraños, en un barrio extraño, con una llave que no abría, porque el sitio ya estaba alquilado, un malentendido, tendrías que compartirlo. Quería una ciudadela. Quería alejarse a nado por una avenida fría y verde. Era como si ya no pudiera ir a ningún sitio sola. La mirada triste de su marido la amargaba, pero también la enfurecía, no soportaba ser la responsable de la infelicidad de nadie. En plan, ¿es que no puedes descubrir lo que te hace falta y luego conseguirlo? ¿Por qué tienes que preguntármelo a mí sin parar? Kathy no se negaba a compartir su vida, pero siempre que fuera según sus propias condiciones. Para la pregunta inicial ¿es Kathy maja?, cada vez parece más probable que la respuesta sea no. No eres tú, le decía a su marido, soy yo, la clase de lugar común que ella prefería evitar. Finalmente entendió a todos los novios distantes que había tenido, el infinito atractivo de la gente que solo estaba a medias contigo. Lo prefería así, prefería estar sola, que le hicieran compañía sus viejas compañeras, la añoranza y el ansia. Siempre le había gustado vivir en una adolescencia perpetua, sin tener que hacerse responsable nunca de nadie.

¿La otra gente era igual de mala que Kathy? ¿Se despertaban algún día dejando de serlo, asustados ante su propia intratabilidad y mal gusto?

Entre tanto el zorro se había metido en problemas. Kathy y su marido estaban tomando el sol, no en el jardín secreto de atrás, sino en la parte explícita habitual. Una mujer gritó Ian dos veces y entró después hecha una furia. Kathy iba en bragas, con una camiseta amarilla sudada, y su marido iba en calzoncillos, subidos y bajados a la vez para aprovechar al máximo el sol. A la vecina le dio igual. Quería hablarles del zorro. El zorro se había convertido para Kathy en un talismán, le gustaba imaginárselo correteando a su aire entre ellos, un anarquista que les rompía las cosas pero no quería hacerles

daño exactamente, y que era consciente de objetos y acontecimientos de un orden completamente imperceptible para Kathy. Le gustaba recordarlo saliendo del manzano, salvaje, desbocado. La vecina dijo que el zorro era el culpable. Le había robado la paja y la dejaba en otros jardines, no respetaba la propiedad privada, era despilfarrador, pródigo, con casi total seguridad estaba en números rojos. Ha venido de un pelo, les dijo, es que se ha comido los pollos de Lorna y Andrea, les dijo. Kathy tenía la tumbona reclinada al máximo, se protegió los ojos del sol con la mano, nunca había oído hablar de esa gente. Su marido dijo que era muy bonito. Antes, su marido había visto una libélula en el tendedero y había dicho: tiene la boca exactamente igual que mi abuela. Esta es nueva. El color es completamente distinto.

Iban ocurriendo otras cosas al mismo tiempo. Houston estaba inundado, había fotografías de un geriátrico en el que varias ancianas en silla de ruedas, todas negras, estaban hundidas hasta el pecho en un agua sucia y parda. El presidente se ocupaba del asunto, había desplegado un arsenal completo de signos de exclamación. Kathy leyó un largo reportaje sobre Ivanka y Jared, estaba cumpliendo su deber como ciudadana, manteniéndose informada sobre la corrupción. No le caían bien a nadie, esa era la idea del artículo. Qué mierda podía importar eso, pensó Kathy, Putin no le caía bien a nadie, la simpatía no pintaba nada en eso, lo que sí importaba era si eras capaz de aturdir a la gente lo suficiente para cambiar todas las leyes, cambiar el sistema de arriba abajo, eso era lo que había en juego. Si eras capaz de indultar a un sheriff corrupto que había tenido la desfachatez de abrir campos de concentración para latinos, entonces probablemente ibas por muy buen camino.

El aturdimiento importaba, eso fue lo que hicieron los nazis, hacer creer a la gente que todo se movía demasiado deprisa como para pararlo y que, por más desagradable y finalmente aterrador y espantoso que resultara todo, era imposible hacer nada al respecto. Había estado leyendo un libro de Philip Guston. En 23 de agosto de 1968, Guston había conversado con Morton Feldman en la New York Studio School. Decía que había pensado mucho sobre el Holocausto, en especial sobre el campo de Treblinka. Las mascareras, decía, funcionaron porque los nazis provocaron a propósito un estado de aturdimiento en ambos bandos, tanto en las víctimas como en los torturadores. Y a pesar de todo un grupito de presos pudo escapar. Imagina cómo debió de ser el proceso de desaturdirte, decía, ver las cosas tal y como eran de verdad.

Ese es el único motivo para ser artista: escapar, dar testimonio.

Kathy captó la idea, aunque notaba que el aturdimiento le iba subiendo por el cuerpo. La velocidad del ciclo diario de noticias, la hiperaceleración de la actualidad, conocía bien esos placeres, por más mareantes que fueran. La gente se acostumbraba a ellos, se volvía adicta a los certeros chutes de indignación de las diez de la mañana, las tres de la tarde y las siete de la noche. Tomemos por ejemplo este instante, del 27 de agosto de 2017.

Precipitaciones HISTÓRICAS en Houston y en todo Texas, había tuiteado Trump. Inundaciones nunca vistas, y llega más lluvia. La valentía de la gente es increíble. ¡Gracias! También voy a ir a otro estado maravilloso, Misuri, donde arrasé en 16.

La demócrata C. M. se opone a grandes bajadas de impuestos. ¡Los republicanos ganaremos seguro! Al día siguiente, salió publicada una foto suya junto a las zonas inundadas, del brazo de Melania, que calzaba unos taconazos de aguja, su melena perfecta recién salida del secador. Estafadores dándose un garbeo. El dueño de la megaiglesia, un pastor supuso Kathy, estaba recibiendo de lo lindo por tener cerrado su templo. Les tenía a todos en sus oraciones, pero como la gente estaba montando tiendas de campaña sobre los tejados de sus casas, era comprensible que estuvieran enfadados con el pastor por no abrir las puertas de un espacio posiblemente amplísimo donde poder dormir.

¿La gente se estaba volviendo más demócrata ahora que las cosas empezaban a ponerse feas? Seguramente no, pero Kathy abrigaba alguna pequeña esperanza. Una cadena de venta de colchones de la zona, que se llamaba algo así como Mattress Matty, aunque no exactamente, había abierto sus tiendas a los hambrientos mojados y, en cualquier caso, desharrapados. Les ofrecía colchones gratis, para ayudar a la gente a volver a ponerse de pie. Entre tanto, Stephen Hawking había escrito una carta al *Telegraph* en la que explicaba que Jeremy Hunt estaba a punto de vender la sanidad pública británica al sector privado, aunque el secretario de Estado lo había desmentido. Aquello cada vez se parecía más al remate final del Brexit, especialmente después del fallido acuerdo comercial con Japón, meter al país en semejante callejón sin salida, convertirlo en un hoyo abyecto al que solo le quedaba venderse la plata del sector público. Si es que quedaba alguna. Sí, pensó Kathy, la escuelas, los parques, las piscinas, quizá la red ferroviaria, el servicio de correos y, por supuesto, la sanidad pública. El oro ya se lo habían

terminado, también la electricidad y otros servicios básicos, la *London Review of Books* había publicado una serie de artículos que Kathy había leído concienzudamente pero que ahora apenas recordaba salvo por un movimiento lento de tripas, una náusea, como si alguien estuviera parcelando el suelo que pisaba. La noche anterior, un tren de vapor había pasado por las vías al final de su jardín, una aparición inesperada, luz dorada en sus ventanas, procedente de unas lámparas anticuadas. Había gente dentro, en aposentos resplandecientes, y abrió la puerta de su estudio y salió al aire de la noche, viéndolos alejarse. Nada quedaba del pasado, si enviabas una carta, tardaba tres días en llegar a su destinatario, se anunciaban cambios sin duda desagradables en tiempos venideros, menos dinero, menos elefantes, por supuesto grifos de los que ya no saldría agua. Kathy esperaba estar muerta para entonces, pero en todo caso habría preferido que la vida más o menos benevolente que había tenido fuera compartida equitativamente por toda la población. Una grulla a lo lejos, el imperativo de reformarlo todo, hacerlo nuevo.

\*

Llovía, el ruido de la lluvia y de los trenes le resultaba muy grato, Kathy tenía una bolsa de agua caliente, su estudio estaba ordenado. Esa mañana había salido con la intención de ir a yoga, pero había cambiado de planes mientras se tomaba un café y había ido al centro, hecho insólito, y se había comprado un par de calcetines de cachemir naranjas. Tenían a gente en casa todo el día, el ruido de la pintura lijada, transportistas que les traían sofás, dos hombres cargando tablas de madera por el callejón. Al final de la calle estaban haciendo lo mismo, todo el mundo reformaba las antiguas casas de los menesterosos Victorianos. Construían en los desvanes y en los jardines, el marido de Kathy tenía tres construcciones en su jardín, una caseta, un estudio y una biblioteca. Y aun así les faltaba espacio, arrancaron una capa de pintura Farrow and Ball para poner otra de la misma marca. Apareció fugazmente un color verde y luego lo taparon. No podían aparcar porque todo estaba lleno de contenedores de obra, se agotaban los recursos del mundo, era demencial, una locura.

Un bot de Tump había confundido una foto de Condoleezza Rice, quien había salido a comprar zapatos mientras el huracán expulsaba a sus

compatriotas de sus hogares, con Michelle Obama. Kathy se estaba obsesionando con la idea de aturdimiento, cómo aquel ciclo de noticias constante la estaba haciendo incapaz de actuar, una ballena soñolienta, varada en la playa. Nadie era capaz de encajar las piezas de nada, ese era el problema. Acababa de leer un artículo en el que se daba cuenta de todos los motivos por los que las mariposas monarcas estaban muriendo para acto seguido transitar sin solución de continuidad a un relato en que la autora explicaba que había cogido un avión para irse a la otra punta de Estados Unidos a animarse un poco viendo mariposas monarca. En el avión, se quejaba de la contaminación atmosférica debida a las emisiones del transporte aéreo y también de los perfumes, porque le provocaban alergias, pero era incapaz de relacionar el discreto vicio de volar miles de millas con la desaparición de las mariposas. Kathy no la culpaba. Las ecuaciones eran demasiado difíciles, conocías intelectualmente las consecuencias, pero nunca las veías de verdad, ya que por lo general afectaban a otras personas más pobres en otros sitios más pobres. Las cosas que se tiran no desaparecen por arte de magia, aquello no funcionaba como axioma si formabas parte de una especie que se empeñaba en fiarlo todo a lo que podían ver sus ojos.

El día siguiente, 31 de agosto de 2,017, fue el cumpleaños del marido de Kathy. Como era la primera vez en su vida que celebraba el cumpleaños de alguien siendo su esposa, se levantó a las seis y media y salió al jardín húmedo y frío, donde le cortó una dalia rosa, una piruleta en un palo. Hizo té y preparó una bandeja con una tarjeta de cumpleaños, un buceador de aguas profundas saludando con la mano, y su regalo, unos calcetines de cachemir abisalmente caros, mucho mejores que los de ella y que intuía que le irían pequeños. Abrió la puerta de su habitación justo en el momento en que su marido había silenciado la radio y volvía a cubrirse la cabeza con el edredón. Un animalito, caliente y susurrante en su madriguera. Se metió en la cama y se acurrucó a su lado. Había que prepararle el té de una forma muy especial que requería la intervención de varios adminículos; Kathy solo necesitaba una bolsita. Se puso contentísimo al ver la bandeja. De los dos, él era el insatisfecho principal, así que estaba bien que le tocara recibir por una vez. Los calcetines le iban pequeños, pero aun así se los llevó a la mejilla. El buceador era él, saludando desesperado: ¡Hola! ¡Hola! ¡Socorro!

Por fortuna, Kathy tenía otras sorpresas guardadas en la manga. Había

reservado mesa en el River Café. Se arreglaron como corresponde, ojos, chaquetas, zapatos mejores. El tren se internó en la luz azul, entre campos dorados, las guirnaldas del otoño se extendían a lado y lado de las vías. Llegando al extrarradio de Londres, el cielo empezó a encapotarse. Se tomaron un café en la Biblioteca Británica, demasiado fuerte. En el metro, una madre joven con una cara maravillosamente expresiva estaba hablando con un niño pequeño. ¿Es de noche? No, solo estamos en bajo tierra. No, no creo que esto sea el túnel de Highgate, creo que lo cerraron. En Paddington, el metro se elevó a las alturas y casi todo el mundo se levantó para bajar.

Después de Ladbroke Grove, miró por la ventanilla y vio el tiznado esqueleto de la Torre Grenfell. Nunca había pensado en la gran cantidad de casas y pisos que había en esa zona, en cuantísimas personas habían visto por fuerza a los niños en las ventanas del rascacielos. Era el aniversario de la muerte de Diana, era el último día del verano, todo el mundo hablaba de lo que estaba haciendo veinte años atrás, así era cómo definíamos nuestras épocas, por las muertes y las amputaciones. Año 2,017, fuego y fascismo, nunca lo olvidaría, la primera temporada de su matrimonio, despertando tan tarde a la vida adulta, justo cuando el mundo cerraba el tenderete.

Quizá no era así, una última rosa aquí y allí, en el paseo del Támesis, las distintas épocas de la vivienda municipal de Londres, con zonas verdes comunes y ventanales curvos estilo déco. Cogió la mano de su marido, Kathy tenía una cartera y la llevaba en su bolso, era una mujer capaz, ambos morirían. Esa era la esencia del cumpleaños, la venidera inevitabilidad de la pérdida, trató de enmascararla, ahí era donde el alcohol resultaba enormemente útil, un amigo digno de toda confianza. Kathy había dejado de beber, pero aquel día hizo una excepción. Les fueron sirviendo la comida, un bellini de melocotón blanco para cada uno, calamares con chile, lubina cruda con pétalos de pensamientos, pappardelle con conejo, buey casi crudo, panna cotta como un seno seccionado, un pastel de avellana, vino blanco, vino tinto, espressos. Volvieron a casa caminando de la mano, besándose junto a los cisnes. Les protegía el dinero, su riqueza y buena fortuna mutuas, que habían llegado de la nada, desde unas condiciones nada halagüeñas. Nadie puede hacerse inmune a la ruina, a la pérdida y el polvo, Kathy lo sabía, pero en ocasiones una tarde se aísla, se convierte en una esfera dorada impenetrable. Al llegar a casa, de pronto le entraron náuseas y se pasó el resto de la tarde

agachada junto a la taza del váter, devolviéndolo todo.

La muerte, la suya y la de todo el mundo, parecía cada vez más probable con el paso de los días. En algún momento de aquel fin de semana, Corea del Norte hizo explotar su sexta bomba nuclear. La gente se enteró porque se sintió una especie de terremoto en Seúl, China, Japón, cuando en realidad era una bomba atómica que había estallado bajo tierra. ¿Cómo se detonaba una bomba bajo tierra? ¿Qué clase de espacio había que preparar? ¿Cómo se conseguía que no lo destruyera todo? Esas bombas eran casi artesanales, apenas unos meses antes todo el mundo creía imposible que el régimen pudiera fabricarlas, pero ahora la secuencia de bombas parecía no tener fin. El *Guardian* planteaba seis posibles escenarios, ninguno de los cuales tenía buena pinta, sobre todo habida cuenta de que ninguno de los dos hombres más propensos a pulsar el botón se mostraba precisamente hablador, precisamente diplomático, precisamente cuerdo. Kathy cayó en la desesperación, no solo por su vida, sino también por todas las criaturas hermosas del planeta, humanos incluidos, y por lo sinceramente bonita que podía ser la vida.

Habían ido al campo. Era una mañana de domingo, estaba leyendo el periódico en edición papel, con un café, junto a la chimenea. Fuera había una reserva de ciervos, quizá un centenar de cervatillos con manchas en los costados, idénticos a Bambi, si no fuera porque estaban infestados de garrapatas y eran reales, se dedicaban a batirse con sus cornamentas, a echar carreras al trote, a arrodillarse para masticar hierba y a toda una variedad de comportamientos cervales interesantísimos. También había robles, un paisaje impecable que debía su existencia a todo tipo de atrocidades coloniales velándolas al mismo tiempo, aparentemente natural pero falso de arriba abajo. En todo caso, era un sitio bonito y ella estaba allí, recién salida de la cama y sin demasiadas ganas de abordar la posible extinción de la vida en el planeta. Aquel año, 2,017, <sup>se</sup> estaba convirtiendo en un año de cuidado, absolutamente delirante, todo iba de culo.

La noche anterior, en el salón del hotel, Kathy había leído tumbada en el sofá *Christopher y su gente* con una jarra de vino tinto al lado. Era uno de sus libros favoritos, le encantaba seguir al pequeño Christopher en sus saltos temporales entre el yo del presente y el Chris de *Soy una cámara* durante los años veinte en Berlín, saltos que aprovechaba para regañar a su yo más joven y, de paso, presentar una imagen mejorada de sí mismo, una persona ocurrente

y de inteligencia penetrante en la madurez. Pero en la sala de al lado había gente conversando y Kathy no lograba concentrarse en la lectura. Le pidió a su marido con un gesto que cerrase la puerta, pero no era cerrable, de forma que se quedaron allí sentados, convertidos en el público involuntario de una obra invisible y desalentadora. Eran dos personas, hombre y mujer. No se conocían de antes, al parecer habían trabado conversación durante la cena. La mujer llevaba la voz cantante.

Era escocesa, él, irlandés, ella dijo que eran almas gemelas. Él se rio un poco y carraspeó, seguramente porque la escocesa tenía el acento inglés más fuerte que Kathy hubiera oído en su vida. Era imposible no escucharla, su voz retumbaba por los distintos espacios del hotel, seguramente se podía oír desde el espacio, por no decir en la reserva de ciervos. La mujer hablaba de Japón, del día en que había ido a un restaurante en Hiroshima, un restaurante solitario metido en una callejuela, ningún turista había puesto los pies allí, toda la carta estaba en japonés y cuando terminaron salió todo el personal de la cocina a despedirse de ellos, fue encantador. Pues había pensado que eras su agente, dijo el hombre. Su lenguaje corporal era tan plano que pensé que teníais una relación de negocios. No, dijo la mujer, evidentemente dolida, no, así son las relaciones entre madres e hijas, por si no lo sabías. No sé si tienes familia (¿ERES GAY? ¿ERES GAY?), no sé si tienes familia, hijos, padres, primos, pero una no siempre es del agrado de sus parientes, creen que eres estúpida y no te queda más remedio que aguantarte. Su hija se llamaba Nadia, su hija no era feliz, no es que quiera entrometerme en su vida pero su hija no era nada feliz, tenía un muy buen trabajo en publicidad, un trabajo estupendísimo, el problema era que en realidad no estaba feliz con su vida.

Kathy se moría de ganas de volver con Christopher, Wystan y Edward, verlos ligar con chavales en Berlín, quería irse con el desgarbado Stephen Spender, con su cara rojo amapola y su pequeña cámara de fotos demoníaca, pero en vez de ello la tristeza de esa mujer la tenía crucificada, era como una fuerza de la naturaleza, quizá no existía forma humana de hacerla callar. Era divertido, pero al mismo tiempo no lo era, así de horrible y tensa era la situación. Fuera, la luna parecía de leche, los ciervos rumiaban sin cesar, la ilusión se mantenía en pie, pero así funcionaba la vida de hombres y mujeres, se tiraban los unos contra los otros y no acertaban o, lo que era igual de malo, chocaban y se quedaban pegados. El destrozo consiguiente era espantoso.

Kathy miró a su marido. No quería volver a insultarlo nunca más, pero casi todos los días lo hacía un par de veces, sobre todo cuando tenía hambre o estaba cansada. ¿Se podía aprender a ser tranquila?

Más tarde, en el coche, hablaron de qué tres deseos pedirían, para pasar el rato, y ella pidió que todo el mundo fuera amable, que en eso consistía haber cumplido los cuarenta, es decir, que una perdía la agresividad, y él le respondió que eso era pedir un imposible. Durante el fin de semana hablaron sobre el Terror y si la violencia podía justificarse en algún caso, él le contó que los republicanos organizaban ahogamientos masivos en los pueblos monárquicos de Francia, la pureza, esa era la gran asesina, había que dejar que la gente viviera a su aire. Sin embargo, Kathy quería conseguirlo de todos modos, quería encontrar pequeños espacios en su interior y abrirlos poco a poco al mundo.

De camino a casa pararon a comprar flores crecidas en las cunetas, amarillas y rosas. Tenían varias bolsas de piezas de porcelana rotas de la época georgiana, envueltas en papel de periódico, adquiridas a un hombre de cabeza tambaleante que había trabajado como restaurador de porcelana en el Victoria & Albert Museum, empleo que le habían ofrecido porque había rescatado a un gato que había quedado atrapado en un zarzal, y el dueño del gato quiso —¿de verdad es posible que sucediera algo así?— expresarle su gratitud y resultó que era el director del museo y por tanto estaba en su mano obsequiarle con un empleo. Había sido un buen fin de semana, de eso se trataba, infinitas playas blancas, infinitos baños azules y verdigrises, habían caminado de la mano, se había relajado, tuvo una sensación de algo tierno y gastado como el cuero. Luego, cuando llegaron a casa, vieron la terraza pintada de un marrón inesperado, y se puso a chillar. Humanos amables, otro sueño triste. Por más veces que hiciera el té, por más jarrones de flores que preparase, le hacía daño a su marido, porque no podía evitar perder los estribos, porque tenía cambios de humor, porque estaba casi zumbada. Nunca había sabido qué quería exactamente, pero aquel día, el 3 de septiembre de 2,017, le pareció que solo podía querer paz. Puso las piezas de porcelana en la repisa. Dejar que las cosas sigan su curso, nada más. No te mueras. Dame tiempo para aprender que el amor va más allá de mí.

\*

El conocimiento es inseguro como una ciénaga. Cuando lo escribió, estaba muy enferma. Había perdido los pechos, tenía cáncer en seis ganglios linfáticos, se los extirparon todos. Estoy de mierda hasta arriba, escribió. Los cuerpos se arrojan al agua. Estoy con una amiga en un edificio de verdad. Quiero hacer algo más que limitarme a mirar. Cuanto más vuelas, más cosas olvidas.

Muerte: había estado en los aposentos de la muerte, que en cierto modo eran también una sucursal del Nat West Bank, y luego vio un espacio vacío, inmenso, bajo tierra. En las cámaras que había a ambos lados, otras chicas, con tierra en la boca. Chicas muertas, chicas de piel blanquísima, chicas que se habían desangrado después de cortarse a cuchilla las plantas de los pies. Kathy había vivido una temporada en un cuento de hadas. No ahora. Ahora habita el éter, donde es doloroso conservar los ánimos. El lenguaje llegará más tarde. Lo ha leído mal. Lenguaje = equipaje, bagaje, la tristeza de la lluvia. Ashbery ha muerto, coma, Ashbery ha muerto.

En el periódico lee algo sobre una cárcel rusa. Es como uno de sus sueños, las mujeres de pie, el frío, les prohíben abrigarse, las obligan a coser etiquetas con sus nombres en sus abrigos, todas vestidas de verde hospital, como las enfermeras de *Eurídice*. Las despiertan antes del amanecer, hacen cola interminablemente en la nieve, esperando su castigo, vigiladas por cámaras, no pueden quedarse dormidas. Todas las mujeres son Eurídice, piensa. El Inframundo está siempre abierto. Una de las mujeres del artículo apenas se tiene en pie. Se le están pudriendo las piernas.

Es, o más bien era, adicta al krokodil, una droga inventada después de que Kathy tuviera su primer contacto personal con las drogas. Un líquido amarillento y turbio que imita los efectos de la heroína. Pero los adictos pagan muy caro el viaje barato de krokodil. Da lo mismo dónde se inyecte el consumidor, los vasos sanguíneos explotan, el tejido adyacente muere y a veces se desprende de los huesos en pedazos enteros. A veces la gente le dice a Kathy que no es una escritora realista, que cae en efectismos gratuitos, pero no puede dejar de pensar que los demás están caminando con los ojos cerrados. Ella no se inventó las chicas muertas. Ni tampoco las cárceles.

\*

La era de la piscina privada ha llegado a su fin. Kathy ha regresado a la

república democrática de la verruga, la tirita mojada del Pato Lucas en el vestuario. Como Kathy, siendo feliz, también es gorda, ha decidido que le conviene redescubrir el ejercicio físico. Siempre ha sido una pasión suya, la transformación física. Ha probado muchas modalidades, dieta del hambre, culturismo, se ha puesto cachas, se ha quedado esquelética, ha esculpido sus músculos, se le han hinchado. Tener los huesos prominentes le había ayudado de joven, pero ahora lo que le gustaría es transmitir una impresión de salud total. La muerte está pasada de moda, hay tanta muerte en el ambiente que preferiría apestar a bienestar. En la piscina, que es una cavernosa caja de cristal tirada en el cruce entre dos calles, camina por un suelo de baldosas resbaladizas estudiando los carriles. Le vale con el carril normal. Es un día normal, de un septiembre normalmente húmedo. Las bombas son un poco más probables, pero las ha apartado de su pensamiento. Baja la escalera, decidida. Según su experiencia, siempre hay un hombre en la piscina y el hombre esperará siempre hasta que hayas llegado prácticamente a su altura, ajustándose las gafas y con la mirada vacía, y entonces se lanzará, pateando con fuerza el agua, llenándose los ojos de cloro y de pies, y avanzará por el carril nadando a crol de forma errática, sin dejarte pasar. Hay excepciones, claro. Hoy, cada vez que sale el hombre, entra otro hombre. Se cruzan en la escalera mientras ella chapotea decidida, encadenando largos, abriendo un surco en el agua, ladeándose a la izquierda patada tras patada porque no coordina bien las piernas. Aprieta los abdominales, se convierte en una línea que vuela, mira el reloj, se obliga a continuar. Lluve en la calle, pero en realidad no está en ninguna parte, pierde la conciencia de sí misma a través de las repeticiones, del trabajo muscular. Nada un kilómetro y sale, sin jadear en absoluto, aunque ese misma mañana casi tuvo un ataque de asma después de subir dos pisos de escaleras. Tal vez nadar no sea en realidad un ejercicio físico. Son los cuerpos de los chicos lo que le gusta, los macizos en gafas de natación, con sus piernas largas y espaldas triangulares. Avanza ociosa, un tiburón desafecto.

De vuelta a casa, Kathy cruza varias carreteras, esperando cuando pasa algún coche, corriendo si hay un hueco. A medio cruzar, descubre asustada que un coche, en vez de frenar ligeramente para dejarla pasar, ha acelerado. Corre, pero el coche sigue avanzando, girando directamente hacia ella. Por un instante cruzan sus miradas. Un hombre blanco, cincuenta y tantos años, gafas.

Gilipollas, le grita. Otro hombre le dice algo, pero ya se ha alejado diez pasos antes de entender que le decía que cogiera el número de la matrícula, y entonces ya es demasiado tarde. El marido de Kathy está en la calle cuando llega a casa, pero no parece interesado en su historia, no se muestra solícito y asustado como ella habría esperado. Había planeado quitarle hierro al asunto, pero, como a su marido parece darle igual, termina recalcándole el peligro en el que se ha visto y el intercambio resulta insatisfactorio para ambos. Sospecha que se está quedando sordo, pero él lo niega, está total y absolutamente convencido de que es imposible que la oiga a través de la pared / con el grifo abierto / con la secadora en marcha / con la lavadora puesta, y de todos modos ¿es que no sabe que habla muy bajito y deprisa? ¿Qué?, dice ella y le tapa los oídos con las manos. No te oigo, ¿qué has dicho?

Se había olvidado las gafas en casa, de modo que tuvo que nadar con el cuello tieso y ahora le duele. Causa y efecto, tan sencillo como eso. A la gente le dijeron que el Brexit sería bueno y por eso votaron a favor del Brexit y ahora iban a mandar a casa a todos los ciudadanos de la Unión Europea, según un documento filtrado a la prensa. Por lo visto, Jakob Rees-Mogg sería el próximo primer ministro, lo entrevistaron en *Good Morning Britain* y declaró en tono cordial que consideraba que el aborto debería ser ilegal incluso en caso de violación y que le gustaría prohibir el matrimonio gay. Kathy estaba harta de todo, le entraba dolor de cabeza con solo tomarse un par de cafés, no podía tolerar que unos hombres sonrientes controlasen los cuerpos de las mujeres, que unos hombres sonrientes deportasen a los inmigrantes, que unos hombres sonrientes contasen mentiras sonrientes en la programación matinal de la televisión, todo era tan sórdido, el rencor infinito de nuestra educada derecha. Le dolía la espalda, le dolía la columna. Ese fin de semana iría a una fiesta con gente que había alabado abiertamente a Enoch Powell, ese fin de semana iría a una fiesta con gente que decía de los refugiados que hacían la travesía a Grecia: es ridículo, deberían hundirles los barcos y punto. Fue entonces cuando supo que Trump iba a ganar, fue entonces cuando supo que el país votaría por la salida de la Unión Europea. Le iba a estallar la cabeza, se acostó, se levantó, empezó a vomitarlo todo y finalmente se sumió en un sueño tranquilo e inesperado.

Las jaquecas duraron semanas. Era como si la parte izquierda de su cuerpo estuviera separada de la derecha, quizá se le había activado un tumor en el

cerebro. Lo que sí sabía sobre la enfermedad era que normalmente se desarrollaba por debajo de la línea de flotación, no sabías el alcance del estropicio hasta que era demasiado tarde. El interior de su pelvis era un enredo de cicatrices, por su sistema linfático podía circular cualquier cosa, acumulándose, fusionándose, empecinada en llevar a cabo su obra maligna. A pesar de todo, fue a Londres, con náuseas y desfallecida. No había podido encontrar sus gafas de sol y tuvo que enfrentarse al mundo con los ojos desnudos. Los calcetines naranjas eran una compensación, la hacían sentirse segura. En King's Cross, cogió la Metropolitan Line hasta el Barbican, de la oscuridad a la luz, bajo un chubasco disperso, y cruzó por el paso subterráneo hasta llegar al cine.

Había quedado fuera con un agente inmobiliario que llevaba una camisa tejana, unas playeras caras y una melenita castaña despeinada. En realidad no soy agente inmobiliario, le dijo. Estudié geografía. De nuestra agencia, cinco estudiaron historia del arte en Courtauld. Aquí donde me ves soy un obseso del Barbican. Kathy también era una obsesa del Barbican. Le encantaba ese edificio. Esa arquitectura entrelazaba el futuro y el pasado. No podía permitirse el apartamento, pensándolo bien, pero sabía que le estaba destinado. Era un tercer piso, subieron en ascensor, no olía a meados, todo hormigón y estupendo, ni relamido ni degradado, solo transmitía una presencia amigable e impenetrable. El piso estaba perfecto, una maravilla. Un solo ambiente, con un gran ventanal que daba a un balcón de hormigón lleno de plantas. Había una escuela más allá, el primer día, tal vez el segundo, después de las vacaciones, los niños corrían en círculos y gritaban. Kathy podría soportarlo, también las pistas de baloncesto y las torres, era muy fan de una vida en el espacio público bien segmentada y densa. Había una discreta cama en un rincón, vale, y una cocina que daba toda la impresión de no haberse tocado desde el día que los albañiles terminaron la obra. Apartamento tipo F2A, decía el pliego de la inmobiliaria, con una cocina original de la constructora naval Brooke Marine, adecuada para un yate. Todo náutico, con los múltiples placeres de lo imprescindible y compacto. Había armarios junto a la puerta de entrada, abrías uno y encontrabas el correo, abrías el otro y depositabas la bolsa de basura, que se llevaban prontamente.

Kathy siempre había querido vivir en una casa como las que dibujaba Heath Robinson, repleta de artilugios, la quería a toda costa, incluso los grifos

eran adorables y preciosos, como orejitas de conejo de acero inoxidable.

Se pasó el resto del día haciendo cálculos mentales. No podían permitírselo, o sí podían, pero no si ocurría algo inesperado, como una subida de los tipos de interés, una enfermedad o unas vacaciones irrenunciables. En cualquier caso, temía perturbar la felicidad que ambos habían construido, abrir una vía de agua en su alegría, hundir el navío perfectamente suficiente de la casa en la que ambos solían dormir todas las noches. ¿Sería extraño separarse tan pronto? Kathy siempre había dicho que quería una casa, pero en realidad tenía una obsesión, una auténtica adicción, a dividir su vida entre dos espacios, no podía evitarlo, así estaba construida ella. Un ave migratoria, obligada a volar entre ciudad y ciudad, arrastrando una maleta de ruedas, echando siempre de menos algún aparato indispensable, un cargador, una chaqueta, un paraguas, una bufanda.

De vuelta a casa quedó con Charlie en la Biblioteca Británica para tomar un té. Justo antes de que él llegara —dios mío, llegó 127 segundos tarde—, una ligera brisa levantó el pliego de la inmobiliaria y se lo llevó por la plaza. Un paseante lo atrapó de forma admirable entre sus rodillas. Acabo de ver todo el espectáculo, dijo Charlie, antes de darle un beso en una nube de perfume de pachulí. El pachulí de Charlie lo fabricaban unas monjas y era muy exclusivo. Junto con su marido y Joseph, era el hombre que mejor olía de todos sus conocidos, nadie más se les acercaba. Además, Charlie era dueño de un paraguas muy codiciado, naranja y con el mango de bambú. Cuando finalmente llegó a casa unas horas más tarde, Kathy descubrió que su marido tenía el mismo modelo, pero en negro, camuflado como un espía invisible en el paragüero del recibidor. Su teléfono, que nunca sonaba, había sonado unas cien veces. Mercurio debía de estar acelerado, pensó, porque gente de la que no había tenido noticias en meses de pronto se moría de ganas por saber de ella. Así que te has casado, preguntó Lili. Eres una picarona, dijo Stuart. Les habló a todos del piso. El hijo de Lili quería unas zapatillas para su cumpleaños, le encantaban las Vans, prometió conseguirle unas muy especiales en Dover Street Market. Estaba viviendo uno de sus recurrentes arrebatos amorosos en los que de pronto se sentía saciada tanto en lo neurologico como en lo sentimental, y las sinapsis de su cerebro estaban saturadas por una cantidad suficiente y no excesiva de información placentera. Kathy en el otoño, Kathy a la mitad del camino, Kathy que ha llegado a casa, que tiene

suficiente para seguir tirando y que ahora ha de decidir cómo pasar los días triviales que le restan.

\*

Era una fiesta. Día 9 de septiembre de 2017, diez y media de la noche, en la periferia del mapa. Temas debatidos: añadas toscanas extraordinarias, noches de vino, la vida en la ciudad en los ochenta y los noventa, bodas. No era su clase de gente. Sonaba una molesta música de fondo, llevaba unas medias de rejilla, Patti Smith cantó «Because the Night», poco probable. Kathy no podía comer, pero aceptó todas las copas que le ofrecieron, motivo por el que a las nueve de la mañana del día siguiente tenía una resaca de oportó y casi no podía abrir los ojos. Su marido se quejó de que tenía la boca muy seca y luego se sacó unos hilillos azules y mojados de la boca y pareció sorprendido. A saber qué les había ocurrido mientras estaban dormidos, entreabiertos, indefensos. Estaban en una habitación de hotel de una fealdad tan monumental que parecía hecha a posta. El cuarto de baño relucía, los marcos de los espejos eran de plástico moldeado, como un Versailles de juguete barato. Debajo de su habitación había un bar llamado «La cabaña de madera», a cuya puerta unos jóvenes habían estado gritando hasta altas horas. A las cinco de la madrugada, los ladridos de un perro despertaron a todo el hotel.

¿Qué estaban haciendo allí? Dejarse llevar, abrazar su destino, no decir no, decir sí.

El otro tema principal de conversación fue la guerra nuclear. ¿Por qué Estados Unidos no le dice al Kim-Ing ese, el Kim-eh-Jin, que ya puede sentarse a la mesa de los mayores, te lo has ganado, es evidente que eso es lo que quiere. Lo que no entiendo es porque no lo borran del mapa con un par de bombas. No saben dónde tiene las bombas nucleares, dijo Kathy en una voz de mujer que, como en tantas otras circunstancias, resultó inaudible. No te he reconocido, dijo un hombre al que hacía décadas que conocía. Voy maquillada, respondió Kathy.

Lo que estaba bien eran las colinas, los valles hondos, de bosques frondosos, con riachuelos de aguas tranquilas y poco profundas, con un amplio surtido de vacas y ovejas. Lo que estaba bien era el aire limpio, hollado de vez en cuando por chubascos, los verdes cambiantes, veloces. Paraban en

iglesias, aparcaban cuando veían tiendas de antigüedades y revolvían cajas repletas de cerámicas mugrientas Spode y ediciones en tapa dura amarillentas del penúltimo siglo. El pasado pesaba en el ambiente, lo inspiraron, era bueno experimentar la densidad del tiempo. Todo estaba reventado, destrozado o por los aires, los últimos vencejos volando raudos por encima de los tejados de pizarra, los robles tan atenazados por sus sombras que parecían piezas de ajedrez, de la torre al rey.

En casa, varias autopistas después, Kathy cogió un libro y leyó unas cuantas páginas del principio y luego pasó al final. Había una lista interminable de muertes, entre ellas: descubrieron que sabía leer y me llevaron a rastras al granero y me sacaron los ojos antes de apalearme. La oleada de crueldad se cernía sobre el mundo, era imposible hacer como si no pasara nada. Las aguas crecían en Miami, Tampa, Naples. Era imposible quedarse en casa, pero la policía había comunicado que si tenías una orden de captura te detendría en el refugio. La gente parecía recibir con los brazos abiertos ese tipo de crueldad, pensaban que era mano dura, les gustaba. Kathy auguró un futuro liderado por hombres fuertes, vio los países más pobres del mundo arrasados por el cambio climático, vio la democracia liberal en la que se había criado revelar una fragilidad más allá de lo imaginable, un experimento efímero en la historia sangrienta del hombre. En esto no se llevaba a engaño, siempre había pensado que era un barniz cuya supervivencia dependía de la comida barata, el plástico, el petróleo y los aviones. No estaba atónita, pero sí asustada. Le costaba dormir, tenía jaquecas perpetuas, sabía que no le convenía leer el periódico, pero desde que el mismo momento en que se despertaba lo miraba a escondidas. Qué estaba haciendo Putin, qué está pasando en China, en Corea del Norte, en Estados Unidos. Cómo se desarrolla el choque de trenes del Brexit, cómo llevan lo de cambiar todas las leyes del país en secreto, cuánto odiamos hoy a los extranjeros, quién está ganando. Kathy por fin se sentía cómoda, Kathy se sentía casi tan segura como el que más, y aun así la desesperación la desgarraba. En la Cámara de los Comunes, los diputados abuchearon a Caroline Lucas por preguntar, durante la crisis del Irma, cuándo íbamos a abordar de una vez el problema del cambio climático. El caso es que le gritaron: ¡Qué vergüenza! Así es como estamos, caminando de espaldas hacia el desastre, rebuznando durante el trayecto.

Kathy siempre hacía esquemas de sus sueños. Hacía esquemas de las casas

de los muertos, llevaba años haciéndolo. Sacó su cuaderno, escribió: Sus paredes estaban pintadas de estiércol, yo éralo único humano ahí dentro. Escribía sobre habitaciones que estaban inundadas de mierda, escribía sobre casas abandonadas, escribía sobre niños enterrados bajo suelo. Ciénagas, callejones, caminos muertos, hojas muertas, saliva y mierda. Pozos de petróleo incendiados a lo lejos, un banco cerca de la Tottenham Court Road que se negaba a darle dinero si no llevaba el pasaporte, pero no podía encontrar su pasaporte. Soñó que moría en México, soñó que no tenía seguro médico. Soñó que había muchos cuerpos pudriéndose bajo el agua, soñó la densidad del olor.

Se despertó ahogada, con un dolor en el vientre. La doctora le dijo tenemos que hacerte un análisis de heces, le dio una bolsa de plástico. Teléfonos destacados. Cuando soñó su propia muerte, se vio como una niña, se hacía llamar Janey. Le gustaría que le dieran el biberón, es sumisa, es un bebé, está en el filo de un vacío, y no le habla a ese vacío ni lo hace hacia fuera. Aquí no hay nada salvo lluvia. Se pasa todo un día viendo abrigos. Quiere encontrar un lenguaje que refuerce su ser frente a las modulaciones de la esperanza. En el sueño pasa por habitaciones sin puertas, la escalera conduce al océano, Mark está allí, tiene que llamar pero la tienda ha cambiado de número de teléfono. La sensación de esfuerzo, pero sin un objetivo. En su sueño, antes de morir, está muy drogada. Pasa un día entero en la cama. Es tiempo perdido, pero qué tiempo no lo es.

Cada mañana espera en la playa para ver qué le ha traído la marea. El retorno de la tortura en el aplastamiento de la oposición turca, el rescate de la soberanía británica después del Brexit, facilitado por el laborista Dennis Skinner, una decepción. El linchamiento de un niño mestizo de ocho años en New Hampshire. Según la abuela de la víctima, Lorrie Slattery, su nieto estaba jugando con un grupo de niños y adolescentes cuando empezaron a chingarle con insultos racistas y a tirarle palos y piedras. Uno de ellos se subió a una mesa de picnic y los otros le ataron al cuello una cuerda que sacaron de un columpio y entonces lo tiraron de la mesa. El niño se balanceó tres o cuatro veces antes de poder liberarse. Ninguno de los adolescentes intentó ayudarlo. Una fotografía acompañaba el artículo, ronchas moradas en un cuellecito. Mientras tanto, Kathy estaba sentada a la mesa. Delante de ella, dos cuencos vacíos de muesli, un jarrón de dalias, casi muertas, una pulsera, varias

revistas, fuentes de fruta, bombillas y libros. Fuera, el jardín en otoño, destrozado, flores marchitas, largas y cómodas sombras. Un tren que pasaba. Todos los días notaba la cercanía cada vez mayor de algo. Si a alguien le estaba ocurriendo eso, y con eso se refería precisamente a esa violencia innombrable, ¿cómo podía estar feliz ella? Esa era la auténtica pregunta de la existencia. El conocimiento era una astilla clavada en su propia corporalidad. ¿Recordaría este momento más adelante, malograda en un callejón o encerrada en una celda? Algo se cernía. No podía calmarse. Lo sabía. Lo sabía.

Quizá lo que le convenía era sentarse en un sofá, con un cachorrito nuevo. El perro nuevo al que Kathy podía tener acceso era un labrador de ocho semanas, color chocolate, así que le llamaría Rufus. Fue a tomar el té a la casa del perro, para conocerlo, luego repitió al cabo de unos días. En ambas ocasiones el perro se pasó un minuto entero muerto de miedo en la cocina, evitando mirarla, antes de retomar sus actividades cachorriles. Era regordete y tenía unas patas enormes, como unas pantuflas, con las que se tropezaba a cada paso. Era demasiado pequeño para subir una escalera, tenía el tamaño perfecto para llevarlo en brazos, y parecía arrogante y encantador, tumbado junto a un *plaid* de Missoni, un perro de pedigrí, soportando estoicamente una sesión de fotos con Bruce Weber.

La noche anterior había caído una tormenta y Kathy se despertó en la oscuridad al oír el estrépito. Se puso a caminar de un lado a otro, no podía calmarse, cambió de almohada cinco veces. Por la mañana, le dolía la mandíbula, como si se hubiera pasado varias horas apretando los dientes. La casa apestaba a pintura, con solo sentarte un rato en la cocina podías terminar con una intoxicación leve. Los muebles seguían desapareciendo, el jardín estaba desapareciendo bajo un manto de hojas secas, mojadas, verdes, herrumbrosas, imprevistas. Había decidido vender su piso, una supuesta inversión, otra vez. Había decidido comprarse uno nuevo, otra vez. Quería un perro, de largas patas, largo hocico, quería un abrigo nuevo, una silueta nueva, nuevos alicientes. Pies que fueran a alguna parte, el buen dormir de los exhaustos.

Le asqueaba su propia indolencia, tenía un dolor de garganta perpetuo, Kathy nunca dejaba de agitarse pensando en el futuro. Quería tener la vida de otra persona, idealmente la de un arquitecto llamado Ben Pentreath, cuya rectoría alquilada en Dorset le provocaba una envidia insoportable. Kathy

pasó varias horas mirando las fotos de la casa del arquitecto, sus parterres de dalias, el haya, el perifollo verde, el cementerio, la consola georgiana en el recibidor, las velas verde oliva, las láminas de Ravilious, la porcelana antigua, los tulipanes color melocotón, rosa encarnado y de franjas amarillas y rojas, y sintió que la avaricia le oprimía el pecho. Cosas, cada vez le gustaban más las cosas. Cosas viejas, dispuestas caprichosamente, como las manzanas caídas de un árbol, así de informal, así de señorial. Quería tener bojés podados en forma de bola y un huerto de frutales, quizá un lago, quería robles y losas frías. Quizá las propiedades eran como la belleza, te volvían impermeable. Kathy despreciaba la permeabilidad, quería estar chapada en oro, como todo el mundo, claro. El problema de abrir de par en par su corazón era que de pronto la sensación de pérdida aparecía por todas partes, en los arriates llenos de geranios en las ventanas de Kingston Street, en las castañas de indias que reposaban brillantes en un contenedor de escombros. A la mierda septiembre, con sus aires fúnebres. Kathy quería meterse en la cama junto a una lumbre y no salir de casa hasta marzo, pero en diez días volaba a Estados Unidos. Transmisión de la propiedad, tarjeta de embarque, corregir trabajos, reservas en hoteles de Virginia y Washington. Se notaba vacío un pequeño pozo, era extraño. Sin duda Kathy había estado antes así de cansada, pero quizá nunca tan asustada.

# TRABAJOS Y PINTURAS

**B** IEN, un nuevo día. Se despertó varias veces de noche, hirviendo, y tiró las sábanas a un lado. El colchón ardía, cuñas de luz, anaranjadas a las dos y azules a las cuatro, se filtraban al interior de la habitación. Cuando amaneció de verdad, salió un poco a la superficie, descansando entre sueños y la radio, bamboleándose como una nasa para capturar langostas. Misiles, Corea, Japón. Ese mismo día, encontraron una bomba en un vagón de metro. Circularon por la red varias fotos de la bomba, un cubo de plástico lleno de cables en una bolsa del LIDL, todavía ardiendo. Cuando vio la foto, estaba escribiendo su testamento, era una forma de prepararse para el futuro. Mientras caminaba por la acera, se le pasó por la cabeza que la gente que tenía hijos seguramente estaba más asustada y de repente se sintió avergonzada por su egoísmo. Nunca le había gustado la gente que se reproducía reclamando unos supuestos derechos sobre el futuro, como si hubieran hecho una inversión importante, aunque a decir verdad sí la hacían. Las inversiones de futuro de Kathy se limitaban a unos bulbos de tulipán, unos pocos libros y ahora su marido, su querida y arrugada mejilla. Sé que tengo que estar vivo hasta el miércoles a las doce, dijo él al salir de casa. Esa era la fecha en la que firmarían el testamento. Sí, dijo ella, pero en diez décadas.

Esa semana, el 14 de septiembre de 2,017, Kathy había participado en el jurado de una exposición de arte queer. Vio múltiples retratos de Grindr a lápiz, tinta y pastel, vio múltiples máscaras antigás, múltiples nalgas y anos. ¿De verdad es tan transgresor? ¿No se está volviendo un poco repetitivo, un poco cargante? A Kathy le gustó el retrato de un chico en escorzo y desnudo

como el Cristo de Holbein, y una foto que representaba la muerte de una drag queen llamada Tracey Ermine, flotando frente a las costas del condado de Kent, con sus pantuflas color rubí que sobresalían de unas aguas calmas y azules. A Kathy le gustaba decir SÍ y NO, le gustaba tomar café e ir pasando imágenes jpeg. Más tarde, dio un paseo por Notting Hill en la oscuridad, las enormes casas elegantes. Un chico trajeado, gritándole a su móvil, estaba tendido en el andén de Landbroke Grove. Berreaba: LO QUE ME PASA ES QUE ESTOY CANSADÍSIMO. Kathy iba con su marido. Ya en el metro, un hombre que chapurreaba inglés les preguntó si tenía que hacer transbordo en Edgware Road. No, le dijeron, pero luego le dijeron que sí. Se bajaron juntos. Tenía un rostro bonito y preocupado, y llevaba una gran maleta, era de Hamburgo. No viene de muy lejos, le dijo su marido. Pero todas las distancias habían aumentado en ese último año. La sensación de foraneidad se había extendido por el vagón. A Kathy le cayó bien aquel hombre, le sonrió cuando se fueron. Estableces divisorias entre personas, países, razas y por esos resquicios asoman las cabezas nucleares. Era así de simple, estaba ocurriendo ante sus propios ojos.

Esa noche, en el piso de arriba, le escribió en un email a su abogado: Quiero que me incineren. Tecleó esas palabras y luego bajó y rompió a llorar. No quiero que me incineren, le dijo a su marido, casi berreando. No quiero morir. Estaban preparando todas las puertas para que cerraran bien cuando se fueran. Resultaba caro pensar tan íntimamente en tu propia desaparición.

Entre tanto, la puerta también se estaba cerrando a una variedad de iniciativas humanas, sustituidas por alternativas automatizadas. Todo el mundo estaba muy cabreado con una cosa llamada Bodega, que sustituía la necesidad de ir a una bodega de verdad, para comprar Tampax, cerveza Blue Moon, Häagen-Dazs, pretzels, ibuprofeno o cualquier cosa que necesitaras para sobrevivir ese día, por una suerte de kiosco automatizado y conectado a internet que contenía todos esos productos básicos y no te obligaba a caminar, hablar o rebuscar en los bolsillos algo de suelto para pagar. Luego también se había armado un buen escándalo por el software de reconocimiento facial, que en realidad se debía a dos noticias distintas, una sobre el nuevo iPhone, lo cual me trae sin cuidado, pensó Kathy, y otra sobre un estudio científico que quería averiguar si se podía saber si alguien era gay basándose en su cara. Solo tienes una cara, solía decir su amigo Tom. Tienes infinitas contraseñas,

diez dedos, una sola cara. No parece muy sensato emplear la cara como contraseña para el móvil, por no hablar de lo que las dictaduras podrían hacer con sus gays.

En ese ambiente resultaba cada vez más difícil sentirse real. Día a día Kathy se sentía cada vez más como un globo de helio, desanclada, prácticamente abandonada a su suerte. Justo antes de dar una charla, se quedó sin aire y se le durmió todo un lado del cuerpo. Tuvo que salir a la calle a respirar un poco en un portal. No estaba nerviosa, sencillamente no se sentía real. Esa sensación no la abandonaba ni un momento, aunque la notaba más cuando estaba con otras personas y se le hacían ajenos los movimientos de su propio rostro al hablar. Volvió a cortarse el pelo con unas tijeras casi romas, ¿por qué? Estás horrorosa, le dijo su marido, te pareces a Enrique V, y Kathy se sintió como si la hubieran hundido en la miseria. La historia de las tijeras, sí, era un poco autolesivo, pero también era una forma de conseguir que las cosas se movieran un poco, de controlar por lo menos un aspecto de la realidad tangible. Habría podido arar la tierra del jardín, pero le daba pereza, estaba curándose una gripe intermitente que se manifestaba sobre todo en un agotamiento al mediodía y fiebres muy altas entre la medianoche y la una de la madrugada. Ambos tenían pesadillas, ambos estaban migrañosos y con el estómago revuelto, comían mucho pastel de naranja y luego experimentaban un leve remordimiento.

Tenía que arreglarse el pelo. Arreglarlo precisaba ir a un sitio con espejos y Kathy era incapaz de mirarse a un espejo mientras otra persona la observaba, tal vez ahí residía el origen de su problema con esos cortes que se infligía, pero también podía ser una manifestación más de la sensación de irrealidad en la que se hallaba. No quería volver a Estados Unidos, de eso se trataba. A sus ojos, Estados Unidos se había convertido en la muerte, un paso que no quería dar. ¿Y si un ataque con misiles aniquilaba todo el país o solo la Costa Este? ¿Cómo volvería entonces a casa? Soñaban que perdían el equipaje, que los trenes hacían paradas lejos de las estaciones programadas. He soñado que me torturaban, decía su marido, y no daba más explicaciones.

Día 18 de septiembre de 2,017. A las tres fue al estudio de Chantal, metro Northern Line hasta la parada de Angel, caminó junto al canal bajo la lluvia, el agua muy verde, en la que se reflejaban las hojas de los sauces y los bloques de apartamentos indiscriminadamente. Sus pies pisaban fuerte bajo el puente,

sus pasos sonaban con fuerza. Chantal vestía una chaqueta de angora azul, cubierta de pintura, y llevaba el pelo recogido en un moño apresurado. El estudio estaba lleno de obras, dos enormes lienzos en un rincón, Chantal en pantalones con su hija, un suelo color verde manzana como en los cuadros de Degas, sus ojos inyectados en sangre. En el suelo había un montón de lienzos de viajeros del metro, toda una población de siluetas perfiladas sobre fondos de colores planos. El que más les gustaba a las dos era el hombre al final de todo, en sandalias y kurta, saliendo a un día radiante. El verde manzana aparecía por todas partes, también en pequeñas muescas debajo de los ojos de la gente retratada. Hacía que todo pareciera espectral y moderno, como si la electricidad o internet se hubiera infiltrado en el aire, convertida en el sustento de nuestra respiración, el auténtico telón de fondo de nuestras vidas. A Kathy le encantaban esas personas recortadas sobre el fondo del lienzo, pintadas con trazos gruesos, acurrucadas en óvalos, sus miembros contenidos en el espacio. Lo sabía, dijo Chantal refiriéndose a Van Gogh. Estuvo bien. Hablaron de sus nuevos trabajos, de lo que ocurre cuando a nadie le gustan, qué clase de conclusión deberías extraer o no. Chantal sacó varios libros, una serie de diminutas pinturas de torres de agua, describió cuadros de hombres en pantalones y cuadros de hombres meando, sacó a colación los cuadros de zapatos de Guston y habló también de Paula Modersohn-Becker. Juntas miraron un Renoir de Julie Manet de niña, su cara al esbozar una sonrisa que se abría de lado, de hecho muy parecida al gato que sostenía entre sus brazos. Hablaron del uso que hacía Vermeer de una capa de pintura inferior, de cómo conseguía que la luz se filtrara en sus cuadros, hablaron de una manga amarilla. Mientras conversaban se comieron muy deprisa unas madalenas de la Hummingbird Bakery. Ambas coincidieron en que habían zampado como niñas pequeñas. Kathy rebañaba con el dedo unos restos de glaseado rosa y se los metía en la boca. Ese mismo día, un poco más tarde, Marie-Kay diría: De niña mi madre me decía que era como un buitre. ¿Una urraca?, dijo Andy. No, no, nunca fui una urraca para ella. Siempre fui un buitre.

Después de la visita al estudio, Kathy caminó por la ciudad hasta casi llegar al Barbican, entonces dobló a la derecha por Clerkenwell y bajó por Saint John Street hasta Farringdon Road. Subió a continuación por Rosebery Avenue y Gray's Inn Road y se pasó de largo, por lo que tuvo que desandar el camino pasando por Mecklenburgh Square. Su marido la esperaba en la

esquina de Rugby Street con su gabardina y su sombrero. Un hombre se me ha acercado para preguntarme dónde me había comprado la chaqueta, dijo. Estaba muy orgulloso. Kathy le hizo entrar en la tienda Folk, se probó un abrigo, una chaqueta, un jersey, el abrigo era lo que mejor le sentaba, era de la mejor calidad y formal, pero también calentito. Les sobraba un poco de tiempo, así que comieron unas alitas de pollo y bebieron vino blanco mientras hablaban sobre la idea de plagio, si de verdad tenía importancia o no un plagio, Kathy creía que no. A ver, las palabras son como la pintura, son como un suelo verde manzana de Degas. Vas recogiendo lo que te encuentras, todo son materiales, en fin, ¿qué es el arte sino una forma de plagiar el mundo?

La charla era a las siete, estaban todos. Había un montón de novedades corriendo de boca en boca por la sala. Charlie y Rich se casaban, estupenda noticia. Mitzi llevaba el abrigo más bonito, amarillo mostaza Colman's, sujeto con un precioso cinturón de cuero viejo. Vieron a Claire y Steph, también a una cría con una carita remilgada a lo Jane Eyre y el pelo aplastado hacia atrás que Kathy reconoció de unas fotografías. Kathy escuchaba la charla, mientras bebía vino barato, pero también estaba pensando en los dibujos del estudio de Chantal. A los marchantes no les gustan los niños pequeños, una descomunal espalda blanca como el costado de una ballena.

\*

El tema de la semana era el arte, no a propósito, sino sencillamente porque había resultado así. La exposición de Basquiat había llegado al Barbican. Rich apareció mientras ella hacía cola para comprarse un agua. ¿Estuvo bien la exposición? Me ha parecido un poco sosa, como si tuvieras todo el rato la sensación de que en otra sala estuviera ocurriendo algo mejor, más abierto. ¿Podía ser por esto, por los techos tan bajos? Era como si los cuadros se estuvieran ahogando, como si fueran inmateriales. Lo que sí le gustó fue una serie de fotografías de Andy Warhol, allí sí que había algo humano, una muestra pública de afecto como mínimo. Basquiat acercando la nariz al hocico de un perro viejo, Basquiat colgándose con la mano de una farola, la cara de Basquiat escondida detrás de una máscara veneciana quizá de papel de aluminio o quizá de pan de oro. Con una pareja de mujeres a las que no conocían de nada, estuvieron un rato tratando de identificar a la gente que salía en una colección de Polaroids. Debbie Harry, Klaus Nomi, Madonna, Grace

Jones, seguro que ese es Keith Haring. Rich encontró a Anjelica Huston, se la veía muy esbelta y arrogante. Madonna era una niña con una peluca color lavanda. En 1981 yo vivía en Nueva York, les dijo la mujer que tenían al lado. Llevaba un peinado bob y ropa negra aparatosa, la clase de aspecto que te hacía sospechar que quizá era famosa, aunque después Kathy se informó sobre ella y no encontró casi nada. La exposición no era lo bastante estupenda, de eso se trataba. Aunque sí le resultó hipnótico ver cómo la cámara hacía un paneo por debajo de la West Side Highway mientras Basquiat escribía algo sobre el algodón encima de una valla publicitaria junto a una fábrica de azúcar. Kathy coleccionaba palabras, armadillo, avenida A, guerra, Wall Street, también coleccionaba partes del cuerpo humano, le gustaban los trocitos tomados por separado, pero no las caras que coronaban los torsos.

Fuera, el agua de la piscina era verde y los balcones tenía el mismo aspecto exuberante de siempre, envueltos en vegetación, resplandecientes de geranios, quizá también begonias. Kathy llegaba tarde, tenía que ir a otra galería, caminaba a grandes trancos, con las gafas de sol puestas, tratando de llegar puntual por una vez a algún sitio. El compromiso se suponía que era sobre arte, pero en realidad no se hizo otra cosa que chismorrear, era algo que ocurría a menudo, y seguramente no solo a ella. Se comió una galleta reblandecida y se bebió su séptimo vaso de agua con gas. Historias sobre hermanos, sobrinos, marchantes, coleccionistas, historias sobre gente que se adelantaba a su tiempo, gente que lo pasaba mal estando fuera de juego y trataba de meterse en el círculo, para luego descubrir que moverse en los márgenes era más chic. Esa era también la opinión de Kathy, y también que daba igual dónde te situaras toda vez que la centrifugadora de la historia te arrancaría de tu terreno y te dejaría en un sitio distinto. Ahora, lo que estaba de moda era coger a gente de la periferia, los feos del baile, por así decir, y tratar de observar lo que ocurría desde su punto de vista. A nadie le despertaban el menor interés figuras como Napoleón o Darwin, era más interesante ser un personaje oscuro, del que casi nadie había oído hablar, un fracasado, un colgado integral.

En el metro, Kathy seguía echando ojeadas a los periódicos que leía la gente: Cerrad las webs que inciten al odio en dos horas o ateneos a las consecuencias, un terremoto en México, una intentona de golpe que de momento no había pasado a mayores en España. Leyó un reportaje sobre la

demencia en su iPad. ¿Era eso lo que la asustaba, que su marido se perdiera en los callejones ciegos de la desmemoria? Era veintinueve años mayor que ella, estaba obsesionada con los coágulos de sangre, el cáncer colorrectal, el infarto, una caída repentina. Su marido tenía cinco aneurismas, en cualquier instante podía reventarle uno y matarlo, así por las buenas. Ya le habían operado de uno, le había visto después de la cirugía, inconsciente e intubado, su carita blanca totalmente chupada. Había pasado varias semanas en el dique seco, postrado en la cama, después renqueando y valiente. Tenía apnea de sueño, eso también podía ser fatal. Carrie Fischer había muerto así. Le despertaba por la noche para comprobar que estuviera respirando, solo quería conservarlo a su lado todo el tiempo posible. El mundo, con él viviendo sobre su faz, era un buen lugar, terrible, espantoso, sí, pero también seguro. Subió corriendo por la calle para volver con él. Aunque Kathy no hablara demasiado o a veces se le cruzaran los cables, disfrutaba teniéndolo a su lado, le encantaba su docilidad, el empeño que ponía en complacerla, su hermosa boca, los pelitos recios que le crecían cerca de la oreja. Cuando llegó a casa vio que había pintado la terraza, doblando la cintura porque su prótesis de rodilla no le permitía agacharse. Estaba muy cansado, se fue a la cama casi inmediatamente, eran solo las cinco, y ella subió sola a su estudio y se sentó, no infeliz, moviendo los dedos, contemplando la luz turbia y amarilla, las hojas doradas. Nunca he sabido decir adiós, escribió. No se puede, ¿no? Di «adiós» y ya está.

Escribiendo, puede ser cualquiera. En la página el yo se disuelve, se vuelve amorfo, prolifera sin control. Kathy adopta máscaras cada vez más absurdas, afloja el nudo de su despreciable identidad. Le eché una mirada de odio al viejo. No voy a follar contigo, soy tu enemiga. Sé que mi abuela odia a mi padre. Yo quiero a mamá. Sé que se coloca con Romilar. Todavía no me asusté. Yo, por mi parte, nunca cometo asesinatos, siempre estoy borracha, nunca pierdo la esperanza. Soy tan normal como cualquier persona con sentido de la moral. En cuanto volví a estar limpia, empecé a colarme en tiendas de ropa. Crecí salvaje, quiero seguir siendo salvaje. Me puse contentísima cuando el enorme sombrero de mi hermana, yendo las dos en coche, salió volando. Yo, que habría sido y aún me gustaría ser un pirata, no puedo. Yo, que vivo en mi mente que es mi imaginación como tantas cosas distintas —nómada, aventurera, luchadora, comandante en jefe de las Fuerzas Aliadas—,

no soy nada en estos tiempos. La pena colma sus palabras, no puede atajarla, escribe sobre carne podrida y violaciones, aguas negras, escribe sobre madres, padres y niñas pequeñas, escribe: Golpeo mi cabeza mi cabeza contra una pared.

\*

Era su penúltimo día en Inglaterra, 21 de septiembre de 2017, y su marido era candidato a un premio. Se fue cruzado y nervioso a la cama y se despertó cruzado y nervioso. El interiorista había vuelto. ¿Saben que tienen una multa de aparcamiento?, les dijo desde la puerta. Su marido estaba lívido. Había aparcado en doble línea amarilla, comentó ella juiciosamente, pero a él no le pareció que aquel comentario fuera juicioso en absoluto, vivo EN ESTA CALLE, gritó. ES MI CALLE. Y además no había aparcamiento desde aquí hasta Saint Philip's Road. No conseguía cerrar el sobre de la multa y todavía se cruzó más. No quería ir a Londres ni tampoco leer ante el público, no quería el chasco de no haber ganado un premio que no había pedido que le dieran. Le dio pena su marido, sus púas y espinas, que eran mucho menos pronunciadas que las de Kathy, eran casi invisibles, limadas por el paso de los años.

Abrió el correo electrónico y se enfadó con todos los mensajes. Bajó al jardín y cortó las últimas dalias, con saña. El césped estaba lleno de pequeñas espirales de barro. Humus de lombriz. Lo consultó en el estudio. Las lombrices de tierra son animales hermafroditas que se aparean para intercambiar semen. Depositán los huevos en el suelo, dentro de unos sacos parecidos a limones. No parecía mala vida la de esos gusanos, una orgía periódica en el césped. Ella, por su parte, no haría nada para impedirselo.

Su marido estaba encorvado en su butaca, sacando la cabeza como una tortuga. Estás inundando la casa con tus nervios, le dijo Kathy. Estás construyendo una compleja arquitectura de angustia y miedo. Estaba muy inquieto, ambos lo estaban. Quería que ganara el premio y también pensaba, como él, que los premios eran un horror, que las comparaciones no tenían cabida en el terreno artístico. Aun así, perseveraron. Se fue antes que ella, con las manos sudadas y vestido de pana. Kathy no sabía qué ponerse, era uno de esos días en los que le parecía tener la piel y el pelo cubiertos de una fina capa de grasa, en los que nada le quedaba bien. Sus calcetines tenían tomates,

estupendo. Le amaba, ese era su vestido, cada elemento del amor una lentejuela. Se durmió en el tren, se despertó en Embankment y cruzó el puente a pie, deteniéndose un momento a inspeccionar una camiseta mojada enganchada a la barandilla. Se encontraron en un Eat y luego se lo llevó a un italiano en el South Bank y lo empapuzó de boloñesa. La sensación de hallarse ante una ocasión señalada se fue apoderando de ellos lentamente. Muchachas en vestidos de seda y tacones entraban en los ascensores.

Había largas colas en las mesas donde repartían las acreditaciones de prensa. Su marido centraba su nerviosismo en unas fuentes de fruta que había visto en la antesala, que iban a retirar a las seis en punto según les habían dicho. Tenían piña y melón, le dijo él con un punto de tristeza. Kathy le dio un último empujón y se puso a hacer cola sola.

El foyer se fue llenando de gente. Alex estaba en la barra, también vio a Rebecca. Jack estaba en el edificio, no le había visto desde que frecuentaban el mismo café en Nueva York. Amy, Katherine, quizá Chris. Estaba demasiado acelerada para hablar con nadie, llevaba el móvil en la mano como coartada y bajó a escondidas al bar del segundo piso para zamparse una cerveza en secreto. Su entrada decía C9. La megafonía pidió a los asistentes que se dieran prisa en sentarse. Entonces apareció alguien en el escenario llorando la muerte de un poeta, no la de Ashbery, y de pronto lo vio, vio a su marido en su vieja chaqueta, gastada de tantos lavados, y le pareció que estaba contento, aunque muy tímido. Leyó en último lugar y, cuando llegó a un verso en el que se mencionaba «todo un cuenco», a Kathy se le cortó el aliento. Todas las palabras salieron limpias. Somos una pareja de cuervos monstruosos, entregados a un ser singular.

Los poetas salieron del escenario de uno en uno. Una falda verde de seda, un vestido mostaza, captaron su atención. ¡Pero había ganado! Era su nombre. Cuando subía de nuevo al escenario, un hombre detrás de ella dijo: Pues tiene una cara bonita. Antes, ese mismo hombre había estado hablando de Times Square, disculpándose porque había siempre demasiada gente. Pues sí, había demasiada gente y su marido tenía un rostro fantástico. No se había preparado el discurso, obviamente. Gracias, dijo. Gracias a todos. Tardó una eternidad en llegar a él y cuando por fin lo consiguió había gente cruzándose por delante y también en los lados. Peter, dijo él, me llamo Peter. Sé que eres Peter, dijo ella tranquilizándole. Estuvieron esperando un buen rato a que les sirvieran

una copa y luego se la bebieron demasiado rápido, su marido estaba hablando con un exalumno y estaba tan contento que, sinceramente, apenas podía articular palabra. Por suerte, Kathy sabía el sitio más rápido donde encontrar un taxi que los llevara al tren. Arrancadas y frenazos constantes en el taxi, desde Waterloo Bridge a Euston Road, hablando sobre la pedofilia, inexplicablemente. Luego no pudieron dormir, estaban demasiado eufóricos, se susurraban cosas en la cama e inventaban canciones, te quiero, dijo ella, y se puso entera entre sus brazos.

El día siguiente era el equinoccio, el día siguiente era su último día en Inglaterra. Cielos totalmente serenos, del azul de las banderas y los marineros. La noche había dejado una espesa capa de rocío, Kathy tenía una inoportuna migraña que le atravesaba el ojo izquierdo llegándole a la base del cráneo, una barra metálica con pinchos. Tenía que ir a cambiar dinero y hacer las maletas, tenía que empaquetar su vida y zarpar en su pequeño navío, ese mismo que tanto desprecio le inspiraba ahora. No quería estar sola, estaba harta de soledad, eso era cosa del pasado y, sin duda, lo sería también del futuro. Voy a vomitar, dijo, y subió corriendo y lo hizo. El dolor era atroz, Kathy se mecía debajo del edredón, murmurando y llorando. Luego remitió lo suficiente para echar un vistazo a sus emails, mientras él estaba tumbado a su lado canturreándole. Ahora vivimos aquí y cuando vuelvas celebraremos nuestras primeras ocho semanas de casados, y un ocho tumbado significa el infinito, así que a partir de ese día seremos permanentes, lo cual no era cierto, pero era bonito de pensar.

Se le pasó la jaqueca, se hizo cada vez más pequeña hasta que se olvidó de ella. Intentó hacer el check-in, pero había un error en su billete, alguien había tecleado mal su fecha de nacimiento, reduciendo su edad a treinta y ocho años. Llamó a American Airlines y le dieron una complicada lista de cosas que tenía que hacer si quería volar. Las hizo, pero por lo visto le habían dado una lista equivocada. Después de múltiples conversaciones, un hombre de voz hermosa le dijo que no se preocupara. ¿Tiene la autorización de entrada a Estados Unidos? ¿Tiene un pasaporte en regla? No se preocupe. Una hora antes, esa misma tarde azul, había ido a la oficina de correos a recoger su dinero y tuvo que esperar detrás de una mujer que estaba intentando enviar un paquete a California. La próxima vez tendrá que cumplimentar un formulario aduanero, le dijo el director de la oficina. A veces se ponen un poco

quisquillosos en la aduana. Le dijo algo más y la mujer, cuando ya salía por la puerta, le gritó: No soy japonesa. Pensaba que era japonesa, dijo el hombre, sorprendido y evidentemente un poco dolido. Igual es coreana. Parecía japonesa. Contó entonces el dinero de Kathy poniendo mucha atención, tenía una almohadilla para humedecerse los dedos, pero no le bastaba. Encontró un botellín de agua agazapado detrás de la caja registradora y mojó la almohadilla. ¿Ye cómo lo hago?, le preguntó a Kathy. Es para ir más deprisa. Cincuenta, cincuenta, veinte, veinte, diez, cinco, uno. La cola era larga, no es fácil marcharse.

Esa noche se cambió de cama tres veces, se despertaba a cada rato pensando que había alguien en la cocina. Entró a verle a la una y media y la mano de su marido la buscó a tientas y no se despegó de ella. Escuchó su respiración, las largas pausas apneicas. No era la primera persona en hacer algo así, ni siquiera era la primera persona en poner por escrito cómo lo vivía. Estaba ahogada de amor por él, por ese tibio animal dormido, sus ojos dorados que se abrían y la observaban con afecto. Pip, dijo él. Mi Pip.

Su marido la despertó a las siete y media con un té. A esa hora Kathy ya volvía a estar en su cama. Día 23 de septiembre de 2017. Se juntaron. Aquel viaje no tenía precedentes. Nunca antes había dejado a un marido. Iba a llevarla en coche al aeropuerto. Claro que sí, no se hable más, aunque ella ya hubiera comprado un billete de tren, aunque se muriese de miedo pensando que podía matarse en un accidente de coche a la vuelta. Las maletas estaban preparadas, las cerraron juntos, todos los cargadores estaban alineados entre calcetines y braguitas, nadie podría cuestionar que no lo tuviera todo listo, salvo los mocasines de Gucci que no cabían y que durante semanas se arrepentiría de no haber llevado. Estuvieron callados en el coche, agarrándose de la mano y subiendo y bajando el aire acondicionado, los árboles eran pequeñas antorchas amarillas, a veces veían alguno que había ascendido a bengala granate. Allí estaba Inglaterra, la echaría de menos, por más que se hubiera vuelto irreconocible, oficialmente racista. La agobiaba pensar que pudiera haber algún problema con el check-in, encontraron retenciones en la M40, Kathy contaba los minutos y se tiraba del labio. Pero todo saldría bien, Pip, todo saldrá bien, aparcaron y tiraron de las maletas, tenía tiempo de sobra.

En facturación, un joven que bostezaba le pidió el pasaporte. Pareces

cansado, le dijo ella. Lo estoy, pero también se me ha metido algo en el ojo. Se lo frotó como un niño pequeño, mientras la interrogaba sobre sus planes, los días consecutivos que dedicaría a hacer esto o lo otro. Kathy quería acabar de una vez y volar a casa, el joven le selló el billete, podía pasar. Tenían tiempo para tomar un café, nadie podía impedirselo, tenían un océano de minutos antes de que su marido tuviera que marcharse. Está muy aguado, dijo él y luego, mientras mordía un brownie: esto contiene esencia de naranja. Nunca antes había amado a nadie, no de verdad. Nunca había sabido hacerlo, cómo abrirse, como hacerle sitio a otra persona, cómo ser generosa. Miró a su marido, su cara vieja y querida, su cara nueva y querida, solo para ella. El la besó con fuerza tres veces y entró en un ascensor, y ella no apartó la vista hasta que la puerta lo borró.

Y ya está, se había quedado sola, con su maleta de ruedas y su bolsa de lona, su abrigo viejo, hecho polvo. Iba enseñando su pasaporte a quien se lo pidiera. Era pequeña, andaba suelta, estaba cien por cien casada. Pasó los controles de seguridad, que la dejaron dónde. En la zona intersticial, entre las tiendas de Dixon y de Ted Baker, mientras un altavoz daba a todo volumen las mismas canciones de siempre: deseo, amor y demuéstrelame.

Encontró descanso junto a la puerta del oratorio multiconfesional, la gente entraba por parejas o tríos arrastrando los pies. Su vuelo despegaba a las dos y media, pero ella ya se sentía en el aire. Le amaba, le amaba. Nick le envió un privado. ¿Cuántos plastas con pene tuvieron que quitarse de encima para acertar con la decisión?, preguntaba. El mundo no se había parado. Todo seguiría igual, con ella o sin ella. Kim Jong-un había llamado viejo chocho a Trump, quizá terminarían todos hechos picadillo. Aun así, las hormigas seguirían a lo suyo, construyendo sus ciudades infinitas, robando miel de los armarios. Se aferró a su bolsa. Esperó su vuelo. Le amaba, le amaba. El amor es el mundo, el dolor es el mundo. Ahora estaba en el mundo, estaba embarcando, no había dónde esconderse.

# PRÉSTAMOS

p. 17 «Los deseos llegan tan hondo que no hay forma de sacarlos del cuerpo». Kathy Acker, *Great Expectations* (Grove Weidenfeld, 1982.), p 127. [Existe edición en español: *Grandes esperanzas*, trad, de Matías Fleischmann, Santiago de Chile, Los Libros de la mujer rota, 2018.]

p. 19 «(más delicada que mi coño)»: Kathy Acker, postal a Jonathan Miles, 20 de diciembre de 1982, en Chris Kraus, *After Kathy Acker* (Allen Lane, 2017), p. 204.

p. 38 «soy un monstruo absolutamente abominable. Soy demasiado fea para mostrarme al mundo»: Kathy Acker, *The Adult Life of Toulouse Lautrec* [1975], en *Portrait of an Eye: Three Novels* (Pantheon, 1992), p. 194.

p. 38 «pensaba que no me habías visto porque soy superinvisible»: Kathy Acker, *Translations of the Diaries of Laure the Schoolgirl* [1983], en *Eurydice in the Underworld* (Arcadia, 1997) p. 107.

p. 38 «Nazco pobre en Saint Helens, en la Isla de Wight. 1790. De niña, casi no tengo de qué comer»: Kathy Acker, *The Childlike Life of the Black Tarantula* [1973], en *Portrait of an Eye*, p. 10.

p. 43 «Nunca había visto a nadie tan asustado como aquel grupo de jóvenes que habían escapado de Mosul y esperaban a que las fuerzas iraquíes los interrogaran para comprobar que no fueran excombatientes de Estado Islámico. Dos hombres en edad militar entraron en una tienda para someterse al interrogatorio. Dos horas más tarde, se los llevaban ensangrentados al hospital del campamento en sendas

camillas»: Patrick Cockburn, «End Times in Mosul», *London Review of Books*, Vol. 39, n. 17, 17 de agosto de 2017, pp. 25-26.

p. 45 «Nazco loca en el Barbican»: Kathy Acker, *The Childlike Life of the Black Tarantula*, en *Portrait of an Eye*, p. 23.

p. 45 «Estoy loca como una cabra»: Kathy Acker, carta a Jackson Mac Low, 7 de julio de 1973, citado en Chris Kraus, *After Kathy Acker*; p. 84.

p. 45 «Podría llevar mejor mi doble vida sexual en San Francisco, etc.»: Kathy Acker, carta a Jackson Mac Low, julio de 1973, citado en Chris Kraus, *After Kathy Acker*, p. 85.

p. 45 «un árbol que es el mundo que es su espalda»: Kathy Acker, *Blood and Cuts in High School* (Pan Books, 1984), p. 47. [Existe edición en español: *Aborto en la escuela*^ Barcelona, Anagrama, 1987).]

p. 47 «Mi primera orden como presidente fue renovar y modernizar nuestro arsenal nuclear. Ahora es más fuerte y poderoso que nunca antes Esperamos no tener que utilizar nunca esta fuerza, pero ¡siempre seremos el país más poderoso del mundo!»: @realDonaldTrump, Twitter, 9 de agosto de 2017.

p. 49 «La ciudad entra en pánico. ¡Los terroristas van a tomar el control!»: *The Adult Life of Toulouse Lautrec*, in *Portrait of an Eye*, p. 205.

p. 49 «Quizá te estás muriendo y ya todo te da igual. No tienes nada más que decir. En la nada, en lo gris, las islas casi desaparecen bajo el agua»: Kathy Acker, *Florida*, en *Literal Madness* (Grove Press, 1987), p. 397.

p. 53 y 54 «la piel del dorso de sus manos estaba flácida como trozos de periódico mojado»; «la mayoría de los cadáveres estaban boca abajo, desnudos, con la piel carbonizada»; «unas bolas negras en la arena»; «una niña intentó sacar leche de los pechos de su madre muerta»: Kathy Acker, *My Death My Life By Paolo Pasolini* [1984], en *Literal Madness*, p. 315.

p. 54 «lo único que quiero es una guerra sin cuartel»: Kathy Acker, *ibid.*, p. 233.

p. 56 «Se decía que el Holocausto ocurrió en la década de 1940,

cuando tener acceso a la información era exactamente seis millones de veces más difícil que ahora. Además, todas las “pruebas” eran inaccesibles porque estaban al otro lado del Telón de Acero, así que nadie pudo investigar los lugares donde supuestamente había ocurrido hasta la década de 1990»: Andrew Anglin, *Daily Stormer*; 12 de agosto de 2017.

p. 62 «Tengo que contaros algo que quizá no sepáis: en Ruanda, después del genocidio, se encontraron alijos de armas por todo el país. Lo que ocurrió no fue por la estatua de ese general confederado, sino un ensayo para la toma del poder en una ciudad pequeña por parte de un grupo de paramilitares. Lamento traerlo a colación esta noche, pero están trabajando con proyectos de mayor alcance. Por favor, no lo dudéis. No deis nada por sentado»: @kristinrawls, Twitter, 16 de agosto de 2017.

p. 69 «Quizá necesitamos un monumento que enumere los nombres de todos los esclavos que podamos identificar, en la tradición del Memorial a la Guerra de Vietnam»: @sarahschulman3, Twitter, 19 de agosto de 2017.

p. 72 «Tres cuartas partes de esos vagabundos son negros o puertorriqueños. El hormigón huele a meados mucho más que las calles vecinas»: Kathy Acker, *Bodies of Work* (Serpent's Tail, 1997), p. 107.

p. 72 «¿Cómo empezó América? Para derrotar a América tenía que averiguar primero quién era América»; «un factor minúsculo en la naturaleza, ya no existía»; «¿Cuáles son los mitos originales de América?»; «el afán de intolerancia religiosa creó América o la Libertad»; Kathy Acker, *Don Quixote* (Paladín, 1986), p. 117. [Existe edición en español: *Don Quijote que fue un sueño*, Barcelona, Anagrama, 1987).]

p. 74 «Me acerqué a las figuras que pretendían representar a los negros en su más profundo oprobio y me fijé en que no había figuras que pretendieran representar a los amos o amas de la plantación»: Rachel Kaadzi Ghansah, «A Most American Terrorist: The Making of Dylann Roof», *GQ*, 21 de agosto de 2017.

p. 75 «el papel A4 multiusos, sin ácidos, en el que el discurso del entorno laboral se inscribe sin piedad»: Lucy Ivés, «Sodom, LLC: The

Marquis de Sade and the office novel», *Lapham's Quarterly*, vol. IX, n. 4, otoño de 2016.

p. 83 «Precipitaciones HISTÓRICAS en Houston y en todo Texas. Inundaciones nunca vistas, y llega más lluvia. La valentía de la gente es increíble. ¡Gracias! También voy a ir a otro estado maravilloso, Misuri, donde arrasé en 16. La demócrata C.M. se opone a grandes bajadas de impuestos. ¡Los republicanos ganaremos seguro!»: @realDonaldTrump, Twitter, 27 de agosto de 2017.

p. 91 «El conocimiento es inseguro como una ciénaga»; «Estoy de mierda hasta arriba»; «Los cuerpos se arrojan al agua»; «Estoy con una amiga en un edificio de verdad»; «Quiero hacer algo más que limitarme a mirar»; «Cuanto más vuelas, más cosas olvidas»: Kathy Acker, *Eurydice in the Underwork?*, p. 15.

p. 92 «Un líquido amarillento y turbio que imita los efectos de la heroína. Pero los adictos pagan muy caro el viaje barato de krokodil. Da lo mismo dónde se inyecte el consumidor, los vasos sanguíneos explotan, el tejido adyacente muere y a veces se desprende de los huesos en pedazos enteros»: Simon Shuster, «The World's Deadliest Drug: Inside a Krokodil Cookhouse», *Time*, 5 de diciembre de 2013.

p. 98 «descubrieron que sabía leer y me llevaron a rastras al granero y me sacaron los ojos antes de apalearme»: Jesmyn Ward, *Sing; Unburied, Sing* (Bloomsbury, 2017), p. 282.

p. 99 «Sus paredes estaban pintadas de estiércol, yo era lo único humano ahí dentro»: Dodie Bellamy, *Pink Steam* (Suspect Thoughts Press, 2004), P. 137.

p. 111«Nunca he sabido decir adiós, escribí. No se puede, ¿no? Di “adiós” y ya está»: Kathy Acker, *Blood and Guts in High School*, p. 31.

p. 111«Le eché una mirada de odio al viejo»: Kathy Acker, *Florida*, in *Literal Madness*, p. 401.

p. ni «No voy a follar contigo, soy tu enemiga»: Kathy Acker, *Florida*, in *Literal Madness*, p. 401.

p. 111«Sé que mi abuela odia a mi padre»: Kathy Acker, *Great Expectations*, p. 14.

p. 111«Yo quiero a mamá. Sé que se coloca con Romilar»: Kathy

Acker, *Great Expectations*, p. 15.

p. 111 «Todavía no me asusté»: Kathy Acker, *Florida*, in *Literal Madness*, p. 400.

p. 111 «Yo, por mi parte, nunca cometo asesinatos, siempre estoy borracha, nunca pierdo la esperanza»: Kathy Acker, *The Childlike Life of the Black Tarantula*, en *Portrait of an Eye*, pp. 25-27.

p. 111 «Soy tan normal como cualquier persona con sentido de la moral»: Kathy Acker, *Pussy, King of the Pirates* (Grove Press, 1996), p. 84.

p. 111 «En cuanto volví a estar limpia, empecé a colarme en tiendas de ropa»: Kathy Acker, *Pussy, King of the Pirates*, p. 88.

p. 111 «Crecí salvaje, quiero seguir siendo salvaje»: Kathy Acker, *Blood and Guts in High School*, p. 97.

p. 111 «Me puse contentísima cuando el enorme sombrero de mi hermana, yendo las dos en coche, salió volando»: Kathy Acker, *Empire of the Senseless* (Picador, 1988), p. 30.

p. 111 «Yo, que habría sido y aún me gustaría ser un pirata, no puedo. Yo, que vivo en mi mente que es mi imaginación como tantas cosas distintas —nómada, aventurera, luchadora, comandante en jefe de las Fuerzas Aliadas—, no soy nada en estos tiempos»: Kathy Acker, *Empire of the Senseless*, p. 26.

p. 117 «el dolor es el mundo»: Kathy Acker, *Blood and Guts in High School*, p. 125.

# GRACIAS

A REBECCA Carter y PJ Mark, agentes ideales.

A toda la gente de Picador, especialmente Paul Baggaley, Kish Widyaratna y Paul Martinovic.

A toda la gente de Norton, especialmente Jill Bialosky y Elizabeth Drew Weitman.

A mis primeros lectores: Joseph Keckler, Kitty Laing, David Adjmi, Jean Hannah Edelstein, Sarah Wood, Ali Smith, Elizabeth Day, Jon Day, Chantal Joffe, Rich Dodwell, Charlie Porter, Lauren Kassell, David Dernie, Tom de Grunwald, Matt Wolf, Jenny Lord, Francesca Segal.

A Wolfgang Tillmans y Maureen Paley <3

A Chris Kraus, por haber plantado la semilla; a Kathy Acker, por haber abierto unas posibilidades tan radicales; a Matias Viegner, por tu generosidad.

A Denise Laing, siempre.

Y a Ian Patterson, por todo.

# Créditos

© 2,018, Olivia Laing

Todos los derechos reservados, incluidos los derechos de reproducción total o parcial en cualquier formato.

© de la traducción: Albert Fuentes Sánchez

© 2019 Ediciones Alpha Decay, S.A.

Gran Vía Caries III, 94 – 08028 Barcelona

[www.alphadecay.org](http://www.alphadecay.org)

Primera edición: enero de 2,019

Bic: FA ISBN: 978-84-948210-9-7

Depósito Legal: b 51-2019

# Contraportada

**K**ATHY tiene cuarenta años y su vida está a punto de cambiar para siempre: se acerca el día de su boda, el día en que dejará atrás definitivamente su pasado excéntrico y desordenado para entregarse al compromiso, el amor y los planes de futuro. Ahora bien, ¿qué futuro? ¿Acaso cabe esperar algo bueno, a la vista de lo que está sucediendo en el mundo? Mientras Kathy nos explica con minuciosidad obsesiva los preparativos de su enlace desde un enclave idílico en plena Toscana, se ve importunada por pensamientos delirantes, a veces oscuros, que basculan entre el escepticismo y la paranoia. En la Casa Blanca hay un loco que puede desencadenar una guerra nuclear con solo pulsar un botón rojo, y el mundo parece estar entrando en una fase de histeria colectiva de la que sucesos como el Brexit son mucho más que un síntoma preocupante. Este trasfondo nubla el día feliz de Kathy. Sin quererlo, le asaltará la duda constante de si está realmente haciendo lo correcto: dado que todo podría irse por el desagüe en cualquier momento, ¿por qué seguir?

En su debut en la novela, Olivia Laing logra capturar el estado de sobreexcitación, neurosis e incertidumbre que rige en Occidente a través de una heroína atípica: una versión contemporánea de la escritora feminista, contracultural y posmoderna Kathy Acker. Así, *Crudo* se revela como un afilado y feroz diagnóstico del que podría ser el verdadero mal del siglo XXI: la aversión al compromiso, la incapacidad de pensar a largo plazo con seriedad, y el miedo a un futuro que, si pinta negro, es en buena medida porque nada hacemos realmente para cambiarlo.

*Crudo* forma parte de la lista de los 100 mejores libros de 2018 según The

New York Times.

«Nunca olvidaré el día que pasé leyendo Crudo. Era incapaz de soltar el libro, y me impresionó de tal manera que, cuando lo acabé, tuve que volver a abrirlo y empezar de nuevo. Es una novela hermosa, extraña e inteligente.»

SALLY ROONEY, autora de Conversaciones entre amigos

«Me lo leí de una sentada, perdí la noción del tiempo flotando en su ritmo.

Estoy segura de que a Kathy Acker le hubiera encantado.» VIV  
ALBERTINE

# Solapa interior



**O**LIVIA LAING (Reino Unido, 1977) es una aclamada crítica literaria y escritora. Colabora regularmente en *The Guardian*, *New Statesman* y la revista de arte y cultura contemporánea *Frieze*. Previamente a *Crudo*, su primera incursión en la novela, ha publicado los ensayos *To the river*, *El viaje a Echo Spring* -sobre la relación entre el alcohol y la literatura- y *La ciudad solitaria* (*Capitán Swing*, 2017), una meditación sobre la soledad en el siglo XXI reconocida con el premio Windham-Campbell 2018 a la mejor obra de no ficción.